



# VALORACIÓN DEL RIESGO EN ADOLESCENTES INFRACTORES

**(VRAI)**

José Antonio Gómez-Fraguela

Olalla Cutrín

Lorena Maneiro

COORDINADORES

andavira  
editora



# VALORACIÓN DEL RIESGO EN ADOLESCENTES INFRACTORES (VRAI)

EVALUACIÓN ESTRUCTURADA PARA  
LA GESTIÓN DEL RIESGO

1.ª edición: Santiago de Compostela, 2019

© Andavira Editora, S. L.  
Vía de Edison, 33-35 (Polígono do Tambre)  
15890 Santiago de Compostela (A Coruña)  
www.andavira.com · info@andavira.com

© polo texto: os autores

Deseño de cuberta: Dixital 21, S. L.  
Impresión: Tórculo Comunicación Gráfica, S. A.

Impreso en España · *Printed in Spain*

Reservados todos os dereitos. Non se permite a reprodución total ou parcial desta obra, nin a súa incorporación a un sistema informático, nin a súa transmisión en calquera forma ou por calquera medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación ou outros) sen autorización previa e por escrito dos titulares do copyright. A infracción dos ditos dereitos pode constituír un delito contra a propiedade intelectual.

Dirixase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) se necesita fotocopiar ou escanear algún fragmento desta obra. Pode contactar con CEDRO a través da web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) ou por teléfono no 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Andavira, no seu desexo de mellorar as súas publicacións, agradecerá calquera suxerencia que os lectores fagan ao departamento editorial por correo electrónico: [info@andavira.com](mailto:info@andavira.com).

Depósito legal: C 812-2019  
ISBN: 978-84-120260-5-4

# VALORACIÓN DEL RIESGO EN ADOLESCENTES INFRACTORES (VRAI)

EVALUACIÓN ESTRUCTURADA PARA  
LA GESTIÓN DEL RIESGO

COORDINADORES

José Antonio Gómez-Fraguela

Olalla Cutrín

Lorena Maneiro

AUTORES

José Antonio Gómez-Fraguela

Olalla Cutrín

Lorena Maneiro

M.<sup>a</sup> Ángeles Luengo

Paula Villar

Estrella Romero

Laura López-Romero

Jorge Sobral



# ÍNDICE

PRESENTACIÓN.....	9
<b>Justicia de menores</b> .....	9
FUNDAMENTOS DE LA VALORACIÓN DEL RIESGO .....	13
<b>Evolución y desarrollo de la valoración del riesgo</b> .....	13
<b>Enfoques teórico-prácticos de la valoración del riesgo</b> .....	16
<b>Instrumentos de valoración del riesgo en población juvenil..</b>	19
PROTOCOLO VRAI.....	23
<b>Proceso de elaboración</b> .....	23
<b>Estructura general</b> .....	28
<b>Componentes y factores integrados</b> .....	32
Factores de riesgo históricos.....	32
<i>H1-H2. Historia previa de actos antisociales (violentos y no violentos).....</i>	32
<i>H3. Inicio precoz de la violencia</i> .....	34
<i>H4. Fracaso en intervenciones previas</i> .....	36
<i>H5. Historia de violencia en el hogar</i> .....	37
<i>H6. Maltrato infantil</i> .....	39
<i>H7. Historia delictiva de padres o cuidadores</i> .....	41
<i>H8. Separación temprana de padres o cuidadores</i> .....	43
<i>H9. Bajo rendimiento escolar</i> .....	45
<i>H10. Rechazo del grupo de iguales normativo</i> .....	47
Factores de riesgo psicosociales .....	49
<i>PS11. Delincuencia en el grupo de iguales</i> .....	49
<i>PS12. Escasas habilidades parentales</i> .....	51
<i>PS13. Falta de apoyo social</i> .....	55

<i>PS14. Entorno marginal</i> .....	57
Factores de riesgo individuales .....	59
<i>I15. Actitudes violentas</i> .....	59
<i>I16. Problemas de consumo de sustancias</i> .....	61
<i>I17. Ira/hostilidad y Agresión reactiva-proactiva</i> .....	63
<i>I18. Asunción de riesgos/impulsividad</i> .....	65
<i>I19. Falta de empatía/dureza emocional</i> .....	67
<i>I20. Narcisismo</i> .....	69
<i>I21. Problemas de concentración/hiperactividad</i> .....	71
<i>I22. Baja colaboración en la intervención</i> .....	73
<i>I23. Bajo interés o compromiso escolar/laboral</i> .....	74
<i>I24. Intereses de ocio no estructurado</i> .....	76
Factores de protección .....	79
<i>P25. Comportamiento prosocial</i> .....	79
<i>P26. Amistades prosociales</i> .....	80
<i>P27. Habilidades de afrontamiento</i> .....	82
Otros factores relevantes .....	85
<i>O28. Ideación suicidal/intentos de suicidio</i> .....	85
<i>O29. Falta de expectativas de futuro</i> .....	87
<i>O30. Deseabilidad social</i> .....	88
 CONCLUSIONES.....	 91
 REFERENCIAS.....	 93
 APÉNDICE.....	 119

## PRESENTACIÓN

### **Justicia de menores**

La concepción de una justicia penal de menores diferenciada de la que se aplica a los adultos surge en los países occidentales a finales del siglo XIX. El primer tribunal de menores se constituyó en Chicago en 1899 y rápidamente comenzaron a aparecer iniciativas similares en otros países occidentales. En España, la creación de este tipo de tribunales empezó a debatirse seriamente en torno a 1910, aunque no fue hasta 1918 cuando D. Avelino Montero Ríos presentó el proyecto para la instauración de los Tribunales para menores. El citado proyecto daría lugar a la Ley de Organización y Atribuciones de los Tribunales para niños, promulgada en noviembre de 1918, siendo Bilbao la primera ciudad donde se creó este tribunal en 1920 (Fernández-González, 1999).

Los avatares políticos posteriores dificultaron la extensión de estos tribunales así como las normas que los regulaban, no siendo hasta 1948 cuando se aprobó el texto refundido de la ley de Tribunales Tutelares de Menores. Esta norma tenía una concepción eminentemente paternalista, con un énfasis en la reeducación del menor y una escasa consideración por el respeto de sus derechos. Además, las decisiones tomadas por estos tribunales abarcaban un amplio margen de discrecionalidad, cuyas competencias eran atribuidas tanto en casos de delitos o faltas como en casos de conductas que podían ser consideradas irregulares, tales como *prostituirse, ser licenciosos, vagos y vagabundos* (art. 9.1.C) e, incluso, ante situaciones de desprotección

infantil. Esta ley, con modificaciones menores, estuvo vigente hasta bien entrada la democracia, siendo declarada inconstitucional en 1991. Todo ello favoreció la formulación de un nuevo modelo de justicia penal de menores plenamente constitucional y en sintonía con las normas internacionales modernas.

El marco normativo actual viene establecido por la Ley Orgánica 5/2000, de 12 de enero, reguladora de la responsabilidad penal de los menores. Esta ley define la naturaleza de la intervención penal con menores como sancionadora-educativa, en la que se reconocen y garantizan todos los derechos constitucionales de los menores. Para ello, se propone un amplio abanico de alternativas que deben ser aplicadas atendiendo al interés superior del menor. Desde este planteamiento, se refuerza el papel de los profesionales y especialistas que componen el equipo técnico y que son, en definitiva, los responsables de la valoración de las circunstancias personales, sociales y educativas del menor.

Para los investigadores y los profesionales del ámbito jurídico, disponer de herramientas válidas que permitan realizar de forma justa y precisa la evaluación de los menores supone un avance cualitativo en cuestión de eficiencia profesional. La situación actual en este campo de conocimiento abarca un amplio número de investigaciones sobre la evaluación del riesgo de reincidencia en poblaciones adultas, lo cual ha permitido, a su vez, el desarrollo de guías de valoración, algunas de ellas ya adaptadas en nuestro país (véase Andrés-Pueyo y Redondo, 2007). Sin embargo, los hallazgos con adultos no son directamente generalizables a otros períodos del desarrollo y, por tanto, cobra especial relevancia el interés por la adaptación de estas guías al ámbito juvenil.

La evaluación del riesgo de delincuencia y violencia es una tarea importante que contribuye a la prevención de la reincidencia en el sistema de justicia juvenil. Por un lado, favorece la toma de decisiones en cuanto a la determinación del nivel de intervención adecuado en cada caso. En esta línea, los individuos identificados de alto riesgo

deberían ser objeto de medidas de internamiento, mientras que las intervenciones con menores de riesgo bajo deberían estar centradas en otro tipo de medidas alternativas, como la libertad vigilada, las prestaciones en beneficio de la comunidad u otra similar. Por otra parte, la identificación de los factores de riesgo específicos presentes en cada caso orienta la necesaria individualización de la intervención, contribuyendo de esta forma al desarrollo de programas de intervención más eficaces a la hora de favorecer la reinserción de los menores infractores.

A pesar de los avances en el campo de investigación sobre los factores implicados en el desarrollo de la conducta antisocial juvenil, todavía queda un largo camino por recorrer. Así, entre los objetivos prioritarios se destaca: la determinación de los factores de riesgo de conducta antisocial y delincuencia más relevantes en relación a los diferentes períodos evolutivos; las estrategias más efectivas para la reducción de su impacto; y las consecuencias que podrían tener para el menor la modificación de dichos factores. La disponibilidad de herramientas de valoración, validadas y fáciles de aplicar, representa un aspecto esencial para llevar a buen término cualquier iniciativa de intervención. Los resultados extraídos de un instrumento de estas características permitirían identificar aquellos factores sobre los que es conveniente centrar las actuaciones durante el periodo de ejecución de las medidas judiciales, así como desarrollar estrategias de intervención capaces de favorecer el desistimiento delictivo de los adolescentes infractores.

Bajo esta premisa, el grupo de investigación UDIPRE (Unidad de Investigación en Prevención y Tratamiento de los Problemas de Conducta) de la Universidad de Santiago de Compostela (USC), actualmente grupo UNDERISK (Unidad de Investigación de las Conductas de Riesgo y los Trastornos del Desarrollo), ha desarrollado el protocolo de Valoración del Riesgo en Adolescentes Infractores (VRAI). El VRAI es un protocolo estructurado e informatizado de valoración del riesgo de reincidencia que pretende servir de guía a los agentes dentro del sistema de justicia de menores. Este protocolo

está diseñado para favorecer la toma de decisiones en relación a las medidas a considerar, además de facilitar el desarrollo de las actuaciones reeducativas. Basado en la revisión sistemática de la validez predictiva de las escalas elaboradas previamente y los resultados de la investigación empírica, el Protocolo VRAI permite objetivar y precisar la información necesaria para la valoración de los factores de predicción del riesgo. Este protocolo ha mostrado que puede ser útil como herramienta de valoración de los menores que acceden al sistema de justicia para:

- Favorecer la toma de decisiones de los técnicos sobre las medidas a tomar con los menores infractores, ya que tiene en cuenta datos de relevancia contrastada en relación a diferentes factores de riesgo y protección, tanto estáticos como dinámicos.
- Identificar los objetivos de la intervención y actuación educativa y, en consecuencia, favorecer el desarrollo de estrategias adaptadas de intervención y tratamiento que favorezcan la integración de los menores infractores.
- Facilitar la valoración de los progresos de cada individuo a lo largo de la intervención.
- Evaluar los resultados de la intervención y orientar su seguimiento posterior.

# FUNDAMENTOS DE LA VALORACIÓN DEL RIESGO

## **Evolución y desarrollo de la valoración del riesgo**

El interés por el estudio de la predicción de la reincidencia y las conductas violentas se remonta hasta comienzos del siglo pasado (ver Loinaz, 2017). Los primeros intentos por establecer un método que permitiese determinar la probabilidad de reincidencia se fundamentaban en el uso de técnicas estadísticas con poblaciones de delincuentes y criminales (e.g., Burgess, 1928; Hart, 1923). Hasta la década de los 60, estas investigaciones se centraban básicamente en la predicción de la peligrosidad asociada a la probabilidad de comisión de autor delictivas o criminales (Harris, Rice, Quinsey y Cormier, 2015). El interés generado era evidente ya que, tanto en el ámbito clínico como en el contexto judicial, la preocupación se centraba en el mantenimiento de la seguridad pública. Por tanto la detección de aquellos casos con alto riesgo de realizar conductas dañinas para terceras personas constituía un objetivo fundamental. Sin embargo, tal como destacaba Monahan (1981), la evaluación de la peligrosidad requería una serie de consideraciones sobre el contexto desencadenante de la violencia, las características sociodemográficas o las predisposiciones cognitivas y afectivas, que hasta ese momento no eran tenidas en cuenta.

Uno de los elementos que contribuyó al cambio en esta tendencia fue la superación de la idea de que nada funciona en la rehabilitación del delincuente, asentada en los años 70 (Martinson, 1974). El

polémico trabajo de Martinson en 1974 dio lugar a la puesta en marcha de numerosos estudios de evaluación con un mayor rigor metodológico, en los que se empezaron a observar resultados positivos de algunas intervenciones (Gendreau y Ross, 1987; Lipsey, 1995; Lösel, 1995). La nueva evidencia trajo consigo un renovado impulso a la idea de la reinserción como meta de intervención con los delincuentes y, paralelamente, la necesidad de reorientar la evaluación desde la valoración de la peligrosidad hacia la valoración y gestión del riesgo. Todo ello sentó las bases para lo que actualmente se conoce como valoración del riesgo.

El enfoque actual de la valoración del riesgo surgió en Canadá hace aproximadamente cuatro décadas como respuesta a la necesidad de una reforma profunda del sistema criminal y penitenciario. Esta perspectiva rehabilitadora iba un paso más allá de la predicción de la criminalidad y abogaba por la eficacia de los tratamientos para la reducción de la reincidencia, todo ello como alternativa al método punitivo, incuestionable hasta ese momento (Andrews y Bonta, 2010a). El auge de la Psicología Criminal impulsó el desarrollo de la valoración del riesgo bajo la asunción de que la conducta criminal se aprende en cierto modo dentro de un contexto social (Andrews y Bonta, 2010b). Desde este enfoque, se plantea la interacción entre una constelación de diferentes factores con la propia historia del individuo para conformar la personalidad antisocial, favoreciendo la aparición de conductas antisociales o criminales (Andrews y Bonta, 2010b).

Hacia finales de la década de los 80 comenzaba a adquirir relevancia la efectividad de los tratamientos para la reducción de la reincidencia, aunque todavía era incierto el papel de los diferentes tratamientos y por qué algunos eran más efectivos que otros (Bonta y Andrews, 2017). Andrews, Bonta y Hoge (1990) llevaron a cabo una revisión sobre la literatura al respecto y observaron una serie de patrones que parecían asociarse con la efectividad de los programas de tratamiento. Partiendo de los resultados observados, estos autores formularon tres principios básicos de las intervenciones efectivas

que son el núcleo de su modelo R-N-R: el *principio de riesgo*, que propone que la intensidad de las intervenciones debe estar adaptada al nivel de riesgo de cada individuo; de este modo, las estrategias de intervención más intensas deberán centrarse en los individuos de riesgo moderado o alto. El *principio de necesidad*, según el cual todo tratamiento debe estar dirigido a la modificación de las necesidades criminógenas, es decir, aquellos factores de riesgo dinámicos que son susceptibles de modificación y que se relacionan fuertemente con la probabilidad de reincidencia. Por último, el *principio de receptividad*, el cual plantea que toda intervención debe adecuarse a las capacidades y al estilo de aprendizaje de cada individuo para favorecer una respuesta positiva hacia el tratamiento. Estos principios centrales fueron posteriormente ampliados para conformar un total de quince principios que componen el modelo R-N-R de evaluación y tratamiento de los delincuentes (ver Andrews y Bonta, 2010b; Bonta y Andrews, 2017).

Diversos estudios han mostrado una mayor reducción en la probabilidad de reincidencia en aquellos programas de justicia restaurativa adheridos a los principios R-N-R (e.g., Andrews, Bonta y Wormith, 2011; Nelson y Vincent, 2018), incluso con delincuentes y criminales de naturaleza sexual (e.g., Hanson, Bourgon, Helmus y Hodgson, 2009). El diseño y elaboración de estrategias de intervención efectivas se fundamenta en una evaluación exhaustiva acorde con los principios de riesgo, necesidad y receptividad. Para ello, es necesario contar con instrumentos que permitan obtener una valoración lo más precisa posible del nivel de riesgo y las características específicas de cada individuo. Los instrumentos estructurados de valoración del riesgo pretenden, por tanto, proporcionar información acerca de dos aspectos generales: por un lado, la probabilidad de que un individuo cometa un nuevo acto delictivo o antisocial y, por otro lado, los factores de riesgo y de protección asociados a ese índice de riesgo (Spanjaard, van der Knaap, van der Put y Stams, 2016). De este modo, los instrumentos de valoración del riesgo contribuyen al establecimiento de un retrato global tanto del individuo como de su entorno.

## **Enfoques teórico-prácticos de la valoración del riesgo**

La valoración del riesgo ha evolucionado paralelamente al desarrollo de instrumentos y herramientas que tratan de proporcionar una visión lo más precisa posible del perfil de riesgo de los individuos. Estos instrumentos pretenden identificar aquellos factores de riesgo relevantes en cada caso y, en función de ello, estimar la probabilidad de llevar a cabo conductas antisociales o delictivas (Scurich, 2016). Por factor de riesgo se entiende toda aquella variable que correlaciona positivamente con una determinada consecuencia o resultado (Andrews y Bonta, 2010b). Los factores de riesgo pueden clasificarse en factores estáticos (factores históricos y, por tanto, no modificables) y factores dinámicos (susceptibles de cambios significativos a lo largo del tiempo) (Andrews y Bonta, 2010b).

Una vez seleccionados e identificados, los factores de riesgo deben ser combinados para generar una estimación del riesgo del individuo (Scurich, 2016). Sin embargo, el debate acerca de la efectividad de los diferentes métodos de valoración del riesgo ha estado presente a lo largo de los últimos años, dando lugar a nuevos enfoques y perspectivas de evaluación (Yang, Wong y Coid, 2010). Según la información proporcionada por los diferentes instrumentos, los objetivos planteados y la metodología empleada para su consecución, Andrews, Bonta y Wormith (2006) identificaron cuatro generaciones dentro del campo de la valoración de riesgo.

Durante la primera generación de valoración del riesgo, la toma de decisiones se basaba en juicios clínicos no estructurados, asistemáticos y subjetivos, en base a la información obtenida por el evaluador a través de historias clínicas, entrevistas y tests. La recogida de información no se regía por procesos estandarizados, sino por el propio juicio discrecional del evaluador, condicionado, a su vez, por el tipo y nivel de formación así como por sus propias características personales y hábitos profesionales (Andrés-Pueyo y Echeburúa, 2010). Este enfoque carecía de instrumentos estandarizados de evaluación y ha sido ampliamente criticado por sus bajos niveles de acuerdo entre

jueces, su escasa validez predictiva y su débil justificación teórica (Borum, 1996; Grove, Zald, Lebow, Snitz y Nelson, 2000).

Estas limitaciones dieron paso a una segunda generación de la valoración del riesgo, caracterizada por un enfoque de evaluación actuarial. El enfoque actuarial parte de la premisa de que la probabilidad de ocurrencia de una determinada conducta puede ser estimada a partir de una serie de datos estadísticos (Heilbrum, Yasuhara y Shah, 2010). Se trata de un enfoque formal y estructurado que cuenta con herramientas diseñadas para predecir la reincidencia a través de la combinación de una serie de factores, los cuales pueden ser cuantificados o evaluados en cierta medida (Yang et al., 2010). El debate acerca de la eficacia del método actuarial, en detrimento del método de juicio clínico, ha generado numerosas investigaciones con el fin de dilucidar el papel de cada uno de ellos en la predicción de la reincidencia.

Diversos meta-análisis y revisiones sistemáticas han señalado que el método actuarial proporciona una mayor precisión en la predicción, en comparación con el método de juicio clínico no estructurado (e.g., Ægisdóttir et al., 2006; Andrews et al., 2006; Hanson y Morton-Bourgon, 2009; Singh y Fazel, 2010). No obstante, los instrumentos actuariales pertenecientes a la segunda generación están mayoritariamente compuestos por factores de riesgo estáticos, ligados al desarrollo evolutivo del sujeto (sexo, edad, historia de abandono o maltrato, etc.) y a su historia delictiva pasada (infracciones y delitos previos) y, por tanto, no pueden ser modificados. Si bien se ha constatado empíricamente que la historia delictiva es uno de los predictores más robustos de la violencia futura y la reincidencia general, las escalas basadas en estos predictores han recibido duras críticas. Una de las principales críticas se centra precisamente en la ausencia de factores dinámicos y la imposibilidad de cuantificar los cambios temporales en el nivel de riesgo, cuestión fundamental para su tratamiento (e.g., Hanson y Thornton, 2000).

Las críticas a los instrumentos de evaluación del riesgo puramente actuariales han llevado al desarrollo de una tercera generación de la valoración del riesgo. Esta generación de instrumentos trata de superar dichas limitaciones con el propósito de obtener información para el manejo del riesgo y la planificación de las intervenciones. Los instrumentos incluyen factores de riesgo basados en evidencia empírica, que contribuyen al establecimiento de modelos de predicción, e incorporan, además, los factores de riesgo dinámicos (Andrews y Bonta, 2010b). Estos factores adquieren relevancia cuando el objetivo de la evaluación no es estrictamente la predicción, sino la gestión del riesgo a través del desarrollo de intervenciones que contribuyan a la reducción de dicho riesgo y a la prevención de la reincidencia (Gendreau, Little y Goggin, 1996). Tal como algunos autores han planteado, los factores estáticos tienen una mayor utilidad en la evaluación del nivel de riesgo global, mientras que la evaluación de los factores dinámicos contribuye a la identificación de objetivos de intervención, además de proporcionar una estimación del nivel de cambio en los índices de riesgo (por ejemplo, tras finalizar la intervención) (Spanjaard et al., 2016).

Este tipo de instrumentos parecen especialmente adecuados para ser utilizados en contextos en los que el objetivo de reinserción prime sobre otros objetivos (como la seguridad ciudadana o el castigo). Este es el caso de España, donde la Constitución Española en su artículo 25.2 establece que “las penas privativas de libertad y las medidas de seguridad estarán orientadas hacia la reeducación y la reinserción social...”. Esta orientación es, si cabe, más relevante en el campo de intervención con menores, pues la Ley Orgánica 5/2000 de responsabilidad penal del menor, siguiendo las directrices internacionales del buen trato a los menores, establece el interés superior del menor como principio rector que debe guiar cualquier intervención en la que se vean involucrados.

Aun así, una cuarta generación del riesgo ha surgido tratando de combinar los enfoques clínico y actuarial para dar lugar a un enfoque basado en el juicio clínico estructurado (Andrés-Pueyo y Echeburúa,

2010). Los instrumentos pertenecientes a esta generación están diseñados para integrar el proceso de gestión del riesgo y servir de guía para el establecimiento de los objetivos del tratamiento y el desarrollo de la intervención. Como señalan Andrews et al. (2006), la principal meta de los instrumentos de la cuarta generación es poner de manifiesto la necesidad de utilizar tratamientos eficaces y facilitar la supervisión clínica, de forma que las medidas que se tomen con los infractores sirvan, realmente, para prevenir la reincidencia. Para ello, se combinan aspectos de juicio clínico como la realización de entrevistas, uso de datos de archivo u otras fuentes, con información obtenida a través de las guías estructuradas de valoración del riesgo, características del enfoque actuarial (Heilbrum et al., 2010; Yang et al., 2010). Por tanto, la toma de decisiones es llevada a cabo a través de la evaluación estructurada de los factores de riesgo, que se complementa con el juicio clínico del evaluador (Andrews y Bonta, 2010a).

No obstante, a pesar de las ventajas que presumiblemente plantea el método de juicio clínico estructurado con respecto al juicio clínico no estructurado y a los métodos actuariales, la complejidad del proceso y la falta de formación de los evaluadores en el campo han dado lugar a resultados inciertos (Fazel, Singh, Doll y Grann, 2012), y en ocasiones no ha supuesto una mejora en la predicción (Andrews et al., 2006; Hanson y Morton-Bourgon, 2009; Singh y Fazel, 2010). Incluso en ese caso, el juicio clínico estructurado, además de proporcionar una valoración del riesgo, proporciona información útil para el desarrollo de estrategias de intervención y tratamiento (Singh, Grann y Fazel, 2011).

### **Instrumentos de valoración del riesgo en población juvenil**

A pesar de que el enfoque de la valoración del riesgo surgió inicialmente para su aplicación en adultos internos en instituciones penitenciarias y psiquiátricas, rápidamente su uso fue considerado en poblaciones de infractores de menor edad, principalmente adolescentes en el sistema de justicia juvenil (Howell, 2003; Schwalbe, 2007).

La adolescencia es un período de cambios que afectan a diversas áreas a nivel cognitivo, físico, psicosocial y emocional (e.g., Cauffman y Steinberg, 2012). Estos cambios en el desarrollo están, a su vez, estrechamente ligados a los patrones conductuales emergentes durante el período adolescente, incluyendo una mayor propensión hacia la asunción de riesgos, agresión y violencia (e.g., Borum, 2017; Steinberg, 2008). Desde la perspectiva de la valoración del riesgo, se plantea que estas conductas problemáticas o antisociales pueden ser predichas en cierta medida en función de la consideración de diversos factores estáticos y dinámicos (Bonta y Andrews, 2017). Teniendo en cuenta los cambios en el desarrollo acontecidos en la etapa adolescente, diferentes instrumentos de valoración del riesgo han sido desarrollados con el fin de adaptar las estrategias de intervención a esta población (Spanjaard et al., 2016).

Desde una perspectiva evolutiva, se propone que el impacto de los diferentes factores dinámicos varía a lo largo del desarrollo y, por tanto, es probable que estos factores ejerzan un efecto diferencial en función de la edad del individuo. Por tanto, a la hora de desarrollar los instrumentos de valoración del riesgo es importante tener en cuenta aquellos dominios, factores o características que son relevantes según la etapa del desarrollo de la población objetivo (Spanjaard et al., 2016). Diversas revisiones y meta-análisis han identificado tres instrumentos de evaluación de riesgo como los que mejores indicios de validez predictiva poseen con muestras de población adolescente (SAVRY, PCL-YV e YLS/CMI) (e.g., Fazel et al., 2012; Hilterman, Nicholls y van Nieuwenhuizen, 2014; Olver, Stockdale y Wormith, 2009).

El *Structured Assessment of Violence Risk for Youth* (SAVRY; Borum, Bartel y Forth, 2002) [Evaluación estructurada de riesgo de violencia en jóvenes], traducido al castellano por Hilterman y Andrés Pueyo (2008), constituye uno de los primeros protocolos de estimación del riesgo de violencia en adolescentes de entre 12 y 18 años. Este instrumento sigue el formato de una de las primeras guías de valoración del riesgo desarrolladas para su implementación en adultos, el HCR-20. La concepción de riesgo del SAVRY destaca por la importancia

de los factores de riesgo dinámicos y la consideración de diversos factores de protección, así como las interacciones recíprocas entre los diferentes factores a lo largo del período de desarrollo (Borum, Lodewijks, Bartel y Forth, 2010; Borum y Verhaagen, 2006). Este protocolo está compuesto por un total de 24 ítems referentes a los factores de riesgo que se dividen en tres categorías (i.e., históricos, individuales y sociales o contextuales), además de 6 factores de protección. Cada uno de los factores es evaluado en base a un rango de puntuaciones entre 0 y 2 en función del grado de presencia y/o adecuación a cada individuo. Por tanto, la presencia de un mayor cúmulo de factores contribuye a un mayor nivel de riesgo de violencia en el/la menor, que se codifica como alto, medio o bajo según la puntuación obtenida. El SAVRY incluye un manual que recoge las especificaciones que deben ser consideradas a la hora de valorar la presencia de cada factor de riesgo y protección, así como ciertas indicaciones que guían la aplicación de las puntuaciones. Todo ello contribuye a la determinación del nivel de riesgo, realizada por el examinador en base a su juicio clínico y a la información obtenida sobre los diferentes factores.

El *Psychopathy Checklist: Youth Version* (PCL:YV; Forth, Kosson y Hare, 2003) [Inventario de Psicopatía: Versión para jóvenes] es la versión para adolescentes de uno de los instrumentos más utilizados y de mayor validez en la predicción de la violencia, el PCL-R (Hare, 1991). Al igual que su homónimo para adultos, este instrumento consta de 20 ítems que deben ser puntuados en función de la información obtenida a partir de una entrevista semiestructurada y de los datos de archivo. En función de las descripciones y especificaciones proporcionadas, el evaluador establece una puntuación en una escala de 0 a 2 para cada uno de los rasgos según su grado de adecuación al individuo. A pesar de que la versión juvenil de la escala no proporciona un punto de corte para el diagnóstico clínico, siguiendo los criterios de población adulta, una puntuación en la PCL: YV mayor o igual a 30 sería indicadora de psicopatía. Este instrumento mide una agrupación de rasgos que podría dividirse en dos grandes conglomerados o factores. El primer factor —definido

por egocentrismo, insensibilidad y falta de remordimiento— describe una constelación de rasgos de personalidad característicos de la faceta afectiva de la psicopatía. El segundo factor —etiquetado como “Estilo de vida crónicamente inestable y antisocial”— hace referencia a diversos descriptores conductuales caracterizados por una propensión al aburrimiento y baja tolerancia a la frustración, problemas de conducta en la infancia, falta de planificación a largo plazo, comportamiento irresponsable y antisocial, etc. No obstante, para garantizar la efectividad de este instrumento, el PCL: YV debe ser aplicado por un evaluador experto, ya que requiere un conocimiento profundo de la concepción de los diferentes rasgos que componen el constructo.

El *Level of Service/Case Management Inventory* (YLS/CMI; Hoge y Andrews, 2002) es la versión para jóvenes del *Level of Service Inventory-Revised* (LSI-R; Andrews y Bonta, 1995, 2003). Al igual que su homólogo, este instrumento está compuesto por un total de 42 ítems, agrupados en 8 dominios (historia delictiva, familia/estilos educativos, educación/empleo, relaciones con los compañeros, abuso de sustancias, ocio/diversión, personalidad/conducta y actitudes), que el evaluador responde en función del grado en que cada uno de ellos describe al joven. El YLS/CMI fue diseñado inicialmente para ayudar a los profesionales en la evaluación del riesgo y las necesidades de los jóvenes delincuentes, con el fin de contribuir a la estimación del riesgo de reincidencia y a la planificación de la intervención. La principal diferencia entre el YLS/CMI y otros instrumentos de características similares es que las valoraciones proporcionadas están explícitamente relacionadas con la toma de decisiones. Para ello, el manual incorpora información sobre la valoración de las puntuaciones o rangos específicos que deberían guiar la intensidad y la naturaleza del tratamiento en cada caso. El *Inventario de Gestión e Intervención con Jóvenes* (IGI-J) es la versión en español del YLS/CMI (Garrido, López y Silva, 2006). Este instrumento permite establecer una clasificación de los jóvenes en tres niveles en función de su riesgo de reincidencia en cada uno de los ocho factores (bajo, medio y alto), y proporciona además una puntuación de reincidencia general según el nivel de riesgo (bajo, medio, alto y muy alto).

# PROTOCOLO VRAI

## **Proceso de elaboración**

El Protocolo VRAI ha sido diseñado como un protocolo estructurado, y actualmente informatizado, de valoración del riesgo de reincidencia. Este protocolo pretende servir de guía a los profesionales encargados de la evaluación e intervención con jóvenes infractores, además de favorecer la toma de decisiones por parte de los agentes pertenecientes al sistema de justicia de menores, tanto en relación a las medidas a considerar como en el desarrollo y adaptación de las actuaciones reeducativas. Por tanto, además de contribuir a la evaluación de los diferentes factores de riesgo, el Protocolo VRAI constituye una herramienta útil para la toma de decisiones en cuanto a objetivos, diseño, implementación y evaluación de las intervenciones educativas de mayor efectividad con menores infractores.

La investigación que dio lugar al desarrollo del actual Protocolo VRAI se remonta al año 2008. En ese año se estableció un convenio de colaboración entre tres entidades: el grupo de investigación UDIPRE (USC), la Vicepresidencia de Igualdad y Bienestar (Xunta de Galicia) y la Fundación Camiña Social, dedicada a la gestión de centros y programas destinados a la atención, tratamiento y reinserción de menores en conflicto social en la Comunidad Autónoma de Galicia (España). En el marco de este convenio, el grupo UDIPRE llevó a cabo el primer estudio piloto. Para ello, se seleccionaron tres instrumentos ya existentes (el SAVRY, el IGI-J y el PCL-YV) y se elaboró un cuestionario específico para los técnicos. Este cuestionario

estaba compuesto por un total de 81 preguntas referidas a 17 factores de riesgo relacionados con la conducta antisocial y la probabilidad de reincidencia (e.g., características del vecindario, relaciones familiares, grupo de amigos, consumo de drogas, etc.). Además, se elaboró un cuestionario de autoinforme dirigido a los adolescentes compuesto por escalas breves, algunas existentes y previamente validadas y otras elaboradas *ad hoc* en función de los objetivos.

El primer estudio piloto contó con una muestra constituida por 85 menores con medidas judiciales de distinta naturaleza en la Comunidad Autónoma de Galicia. Del total de jóvenes, 47 contaban con medidas de internamiento y 38 se encontraban en cumplimiento de medidas de libertad vigilada. Complementariamente, un grupo de 202 estudiantes de último ciclo de secundaria fue evaluado utilizando las diferentes escalas de autoinforme.

Este primer estudio piloto dio lugar a la elaboración del Protocolo VRAIG (Valoración de Riesgo en Adolescentes Infractores Gallegos) (véase Villar, Luengo, Gómez-Fraguela, Sobral y Romero, 2010). El Protocolo VRAIG se desarrolló como una herramienta de recogida sistemática de información siguiendo a su vez las directrices de los instrumentos SAVRY, PCL-YV e IGI-J. Para su elaboración, se tuvieron en consideración diferentes factores de riesgo y protección relevantes en la predicción de la conducta antisocial, lo cual permitió objetivar y precisar la información necesaria para la valoración de dichos factores. El análisis de la validez retrospectiva de los factores de riesgo evaluados con el VRAIG evidenció índices de validez adecuados, sugiriendo que el protocolo podría considerarse una herramienta válida para: a) registrar y puntuar los factores más importantes en la predicción del riesgo y b) conocer los factores dinámicos más relevantes para el diseño de intervenciones que favorezcan la integración de los menores en riesgo (Villar et al., 2010).

El Protocolo VRAIG constituyó la base para la elaboración de un protocolo más actualizado, sistematizado y adaptado a las Tecnologías de la Información y la Comunicación: el Protocolo VRAI

(Protocolo de la Valoración del Riesgo en Adolescentes Infractores) (véase Luengo, Cutrín y Maneiro, 2015). La elaboración del Protocolo VRAI se enmarca dentro del proyecto de investigación “Validación de un protocolo informatizado de valoración y gestión del riesgo en menores infractores” (financiado por la DGICYT, Ministerio de Economía y Competitividad, 2012-2014). Este proyecto, coordinado entre tres universidades españolas (USC, Universidad de Valencia y Universidad de Castilla la Mancha), planteaba como objetivo principal el desarrollo de un protocolo informatizado que pudiera ser incorporado a la práctica profesional, tanto en el ámbito del sistema de justicia como en el de protección de menores.

La muestra utilizada en esta fase del estudio procedió de dos Comunidades Autónomas de España (Galicia y Andalucía) e incluía menores en cumplimiento de medidas en centros de justicia juvenil y en centros de acogimiento residencial de protección a la infancia y adolescencia. Además, se contó con una muestra de estudiantes de educación secundaria que fue evaluada en la parte autoinformada del Protocolo VRAI. La muestra definitiva estuvo constituida por 340 menores de centros de justicia juvenil, 150 menores en centros de acogimiento residencial y 656 adolescentes en centros de educación secundaria.

En este marco, el Protocolo VRAI se desarrolló como un instrumento informatizado que permitiese la sistematización de la recogida y la valoración de los datos y, por tanto, la gestión del riesgo. Asimismo, el VRAI como instrumento informatizado supuso una iniciativa que respondía al creciente interés por la utilización de herramientas informáticas en la evaluación psicológica. Al respecto, se ha constatado que tal informatización aumentar la eficiencia en el manejo de los datos e incluso mejora la validez de las medidas cuando se pregunta por contenidos sensibles para el evaluado (Feigelson y Dwight, 2000). En los últimos años, la evidencia ha destacado los beneficios de la informatización en aquellos campos en los que la emisión de juicios y la toma de decisiones es una parte fundamental de la labor profesional (Lichtenberger, 2006).

De forma complementaria al trabajo realizado en España, un proyecto internacional permitió la adaptación de la versión original del Protocolo VRAI para su utilización en Latinoamérica, específicamente en el Perú. El proyecto de investigación “Ampliación de las oportunidades de reinserción social de adolescentes que cumplen medidas judiciales en el Perú” (financiado por la D.G. de Relaciones Exteriores y con Unión Europea de la Xunta de Galicia, 2014) surgió de la colaboración entre el grupo UDIPRE y la Fundación COMETA (Compromiso desde la infancia y la adolescencia en el Perú). Los objetivos fundamentales de este proyecto estaban enfocados hacia la formación de los agentes del sistema de justicia juvenil peruano en el ámbito de la valoración del riesgo, así como la adaptación de un protocolo de evaluación y gestión del riesgo de reincidencia a diferentes regiones del Perú. Finalmente este proyecto dio lugar a la versión VRAI-P (Luengo et al., 2014). Este estudio contó con una muestra total de 750 menores que se encontraban cumpliendo medidas judiciales en 9 centros del Perú, 708 de los cuales cumplían medidas de internamiento y 42 cumplían medidas en medio abierto.

Desde el año 2014, en el que finalizó la financiación activa para la elaboración del protocolo informatizado, el VRAI ha sido revisado y actualizado en base a diversos estudios piloto que han proporcionado información valiosa para la puesta a punto de una herramienta útil y práctica en el ámbito de la valoración y gestión del riesgo. Tanto en su versión española como peruana, el Protocolo VRAI se ha diseñado para valorar el riesgo de reincidencia en la delincuencia, especialmente delincuencia violenta, en jóvenes infractores que cumplen alguna medida reeducativa impuesta por el sistema de justicia juvenil.

En este sentido, el Protocolo VRAI se enmarca dentro de la cuarta generación de instrumentos de valoración del riesgo. Así pues, como ha sido explicado previamente, el profesional o evaluador puede utilizar esta herramienta para llevar a cabo una valoración sistemática del riesgo a partir de la codificación de una serie de factores que, según la evidencia empírica, tienen mayor poder a la hora de

predecir el riesgo de reincidencia en actos delictivos. Siguiendo esta conceptualización, el Protocolo VRAI parte de su antecesor, el Protocolo VRAIG, recogiendo y considerando los factores de riesgo y de protección más relevantes en relación a la conducta antisocial de los jóvenes. Para su desarrollo, se han seguido específicamente los hallazgos de la investigación en materia de predicción de la violencia juvenil en adolescentes en situación de conflicto social.

Dentro de los factores empíricamente relacionados con la conducta antisocial y delincuencia juvenil, el Protocolo VRAI incluye factores de riesgo históricos o estáticos, así como factores de riesgo dinámicos. Si bien los antecedentes históricos son factores indispensables en la predicción del riesgo (e.g., la conducta previa de un sujeto es uno de los predictores más potentes de la conducta futura; Bonta y Andrews, 2017), los factores de riesgo dinámicos, debido a su carácter alterable, son esenciales en la gestión de dicho riesgo. Teniendo en cuenta que el Protocolo VRAI ha sido elaborado para ser aplicado con adolescentes, debe prestarse especial atención a aquellos factores de naturaleza dinámica que pueden ser modificables a través de intervenciones psicoeducativas eficaces en esta población.

Por tanto, reconocer la relevancia para la valoración y gestión del riesgo de este tipo de factores, más próximos a la realidad individual y social de los adolescentes, resulta beneficioso a todos los niveles: tanto para los propios jóvenes (quienes podrán beneficiarse de intervenciones dirigidas específicamente a modificar las variables de su persona y su entorno asociadas a un mayor riesgo de involucrarse en conductas delictivas), como para los sistemas de justicia y actuación profesional (quienes mejorarán su efectividad en la reducción activa de la reincidencia y violencia futura entre los jóvenes en conflicto social).

Finalmente, el Protocolo VRAI ha sido elaborado con el objetivo de servir como instrumento útil durante todo el proceso de valoración y gestión del joven en conflicto con la ley. Por ello, se considera que los protocolos estructurados pueden y deben formar parte, a su

vez, de los datos de archivo depositados para cada uno de los sujetos evaluados. De este modo, la información recogida a través del Protocolo VRAI puede apoyar el seguimiento de la evolución a lo largo del cumplimiento de la medida, asistir a nuevos técnicos y profesionales que entren en contacto con el menor, así como basar la toma de decisiones en relación al presente o futuro inmediato del joven.

### **Estructura general**

El Protocolo VRAI es un protocolo informatizado que permite evaluar la presencia de 24 factores de riesgo, tres factores de protección y otras tres variables relevantes a considerar. Los factores de riesgo evaluados comprenden factores históricos (e.g., historia de violencia previa, historia de maltrato infantil, rechazo del grupo de iguales), factores psicosociales (e.g., prácticas parentales inadecuadas, delincuencia en el grupo de iguales, falta de apoyo social) y factores individuales (e.g., impulsividad, dureza emocional, actitudes favorables a la violencia). Los factores de protección evaluados, por su parte, se circunscriben a factores psicosociales (i.e., implicación en conductas prosociales, amigos prosociales) y factores individuales (i.e., habilidades de afrontamiento). Las otras variables (i.e., ideación suicida, deseabilidad social, falta de expectativas de futuro) se evalúan en el marco del Protocolo VRAI por considerarse de especial interés en el contexto de la valoración del riesgo de conductas delictivas en población adolescente.

Una de las principales aportaciones que presenta este protocolo es la evaluación de los factores de riesgo y de protección y las otras variables relevantes en base a los datos aportados por dos fuentes de información complementarias: los técnicos de los centros de menores y los propios adolescentes. Por tanto, el Protocolo VRAI incluye dos versiones diferenciadas que se cumplimentan a través de una aplicación virtual: la versión para técnicos y la versión para jóvenes.

Tanto la versión para técnicos como la versión para jóvenes del VRAI presentan, en primer lugar, un apartado para cubrir datos

sociodemográficos y, a continuación, las cuestiones relativas a los factores de riesgo y de protección. En la versión de técnicos, se utilizan ítems elaborados específicamente *ad hoc* para su inclusión en este protocolo. En la versión para jóvenes, todas las escalas de autoinforme presentadas para la evaluación de los factores son escalas validadas o previamente utilizadas en este ámbito de investigación. Las variables específicas de las que informan técnicos y menores se especifican a continuación (para una visión esquematizada, ver Tabla 1). Técnicos y jóvenes deben utilizar una clave personalizada asociada a cada menor que permite mantener su anonimato y la confidencialidad de los datos.

Una vez cumplimentadas ambas versiones del Protocolo VRAI, la aplicación informática genera, a petición del técnico, un informe tipo resumen para cada caso particular (ver ejemplo en Apéndice 1). El informe tipo resumen codifica todos los factores evaluados en el VRAI, no únicamente en función de su presencia o ausencia, sino señalando además los niveles de riesgo asociados a cada factor en tres rangos diferenciados: riesgo bajo, riesgo moderado y riesgo alto. En el caso de determinados factores (e.g., apoyo social, colaboración en la intervención) se añade un cuarto rango de codificación para indicar que las puntuaciones extremadamente altas no sólo no son indicativas de un bajo riesgo, sino que implican la presencia de una posible área de protección ante la implicación en comportamientos delictivos o reincidentes. La codificación de estos cuatro rangos de valoración: factor protector, bajo riesgo, moderado riesgo y alto riesgo, se realiza automáticamente en base a baremos tipificados de la población de referencia para cada uno de los factores de forma independiente.

Tabla 1. Variables integradas en el protocolo VRAI y fuentes de información

<b>Técnicos</b>		<b>Jóvenes</b>	
<i>FACTORES HISTÓRICOS</i>			
Historia previa de actos antisociales violentos	X	X	Historia previa de actos antisociales violentos
Historia previa de actos antisociales no violentos	X	X	Historia previa de actos antisociales no violentos
Inicio precoz de la violencia	X		
Fracaso en intervenciones previas	X		
Historia de violencia en el hogar	X	X	Historia de violencia en el hogar
Maltrato infantil	X	X	Maltrato infantil
Historia delictiva de padres o cuidadores	X		
Separación temprana de los padres o cuidadores	X		
Bajo rendimiento escolar	X	X	Bajo rendimiento escolar
Rechazo del grupo de iguales normativo	X	X	Rechazo del grupo de iguales normativo
<i>FACTORES PSICOSOCIALES</i>			
Delincuencia en el grupo de iguales	X	X	Delincuencia en el grupo de iguales
Escasas habilidades parentales	X	X	Conflicto familiar
		X	Conocimiento parental
		X	Apoyo familiar
Falta de apoyo social	X	X	Falta de apoyo social
Entorno marginal	X		
<i>FACTORES INDIVIDUALES</i>			
		X	Actitudes antisociales
Problemas de consumo de sustancias	X	X	Problemas de consumo de sustancias
		X	Ira / Hostilidad
Asunción de riesgos / impulsividad	X	X	Asunción de riesgos / impulsividad
Falta de empatía	X	X	Falta de empatía

<b>Técnicos</b>		<b>Jóvenes</b>
<i>FACTORES INDIVIDUALES (cont.)</i>		
		X Narcisismo
Problemas de concentración / hiperactividad	X	X Problemas de concentración / hiperactividad
Baja colaboración con la intervención	X	
Bajo interés o compromiso escolar / laboral	X	X Bajo interés o compromiso escolar / laboral
Intereses de ocio no estructurado	X	
<i>FACTORES DE PROTECCIÓN</i>		
		X Comportamiento prosocial
Amistades prosociales	X	X Amistades prosociales
Habilidades de afrontamiento	X	X Habilidades de afrontamiento
<i>OTROS FACTORES RELEVANTES</i>		
Ideación suicida / intentos de suicidio	X	X Ideación suicida / intentos de suicidio
Falta de expectativas de futuro	X	X Falta de expectativas de futuro
		X Deseabilidad social

De este modo y al presentar un formato informático, el Protocolo VRAI facilita la recogida de información y evita la pérdida de ficheros. Además, permite realizar al momento la codificación y análisis de los datos proporcionados por los sujetos. Por último, el informe resumen que genera la aplicación informática permite al técnico visualizar al instante y de forma automática aquellas facetas del menor o de su entorno asociadas a un menor o mayor riesgo en el desarrollo y mantenimiento de problemas de conducta. En última instancia, esta información adicional que el Protocolo VRAI aporta al técnico permite dirigir los esfuerzos preventivos a un nivel más específico, facilitando la labor de elaboración e implementación de intervenciones y programas preventivos eficaces.

## Componentes y factores integrados

### Factores de riesgo históricos

- *H1-H2. Historia previa de actos antisociales (violentos y no violentos)*

La manifestación de actos antisociales en el pasado es uno de los predictores más robustos de la conducta antisocial y delictiva (Andrews y Bonta, 2010b; Borum y Verhaagen, 2006; Herrenkohl, Lee y Hawkins, 2012). Una amplia evidencia ha demostrado que la existencia de conductas antisociales previas se relaciona de forma positiva con la implicación del joven en actividades antisociales y delictivas en un futuro. Así, la implicación en diversas conductas antisociales, como el robo, la venta de drogas o las expulsiones de la escuela, se relaciona fuertemente de forma positiva con la manifestación posterior de conductas violentas y no violentas (Hemphill, Toumbourou, Herrenkohl, McMorris y Catalano, 2006; Mulder, Brand, Bullens y van Marle, 2010). Asimismo, evidencia previa ha encontrado que la versatilidad delictiva, o en otras palabras la implicación en una variedad de conductas delictivas, se asocia con una mayor probabilidad de reincidencia (Schubert, Mulvey y Pitzer, 2016).

No obstante, otros estudios no han encontrado relación entre la manifestación de conductas antisociales no violentas, como el consumo de sustancias, y la comisión de conductas violentas posteriores (Derzon, 2001). Este resultado refleja la existencia de distintas vías y/o manifestaciones de la conducta antisocial. Es decir, el comportamiento no violento o encubierto (e.g., hurto, absentismo escolar, consumo de sustancias) y el comportamiento violento o manifiesto (e.g., robo con intimidación, agresión física, agresión verbal) parecen mostrar trayectorias distintas de desarrollo y cronificación (Burt, 2012; Loeber, Burke y Pardini, 2009).

Generalmente se ha propuesto que la presencia de conductas violentas predice la implicación en conductas antisociales y delictivas más graves y persistentes, mientras que las conductas antisociales no

violentas se han relacionado con conductas antisociales futuras de menor gravedad (Derzon, 2001; Herrenkohl, Catalano, Hemphill y Toumbourou, 2009; Monahan, Steinberg, Cauffman y Mulvey, 2009). No obstante, también se ha propuesto que las conductas antisociales encubiertas pueden cronificarse progresando hacia patrones conductuales más violentos y agresivos (Farrington y Ttofi, 2015; Loeber et al., 2009), especialmente si comienzan a edades tempranas. En suma, la conducta antisocial previa constituye un potente factor de riesgo de la conducta antisocial posterior, especialmente en el caso de la conducta violenta previa ya que ésta se asocia a mayores niveles de severidad de los actos delictivos, persistencia temporal, estabilidad contextual y versatilidad delictiva posterior.

### **Codificación**

En el VRAI se valoran separadamente la historia de violencia previa y la historia de actos previos no violentos, a través de información proporcionada por los técnicos de los centros y por los propios menores mediante autoinforme.

### ***Técnicos***

Para la evaluación de la historia de violencia previa se utilizan 8 ítems: 5 ítems relativos a conductas delictivas violentas (e.g., agresión/violencia física) y 3 ítems relativos a otras conductas antisociales violentas (e.g., peleas con iguales). En cuanto a la historia de actos no violentos, se utilizan 10 ítems: 6 ítems relativos a conductas delictivas no violentas (e.g., hurto) y 4 ítems relativos a otras conductas antisociales no violentas (e.g., escaparse de casa sin permiso). En ambos factores, historia de actos violentos e historia de actos no violentos, se utiliza la misma codificación. Para codificar los actos constitutivos de delito, los técnicos valoran los ítems en función de la comisión de los actos y la gravedad de los mismos (*no - sí, menos grave - sí, grave*). Para la codificación de las conductas antisociales no constitutivas de delito, los técnicos valoran de forma dicotómica la comisión de dichas conductas (*no - sí*).

## **Jóvenes**

Los adolescentes informan de la comisión previa de conductas anti-sociales violentas y no violentas en los últimos 12 meses a través de la versión reducida del Cuestionario de Conducta Antisocial (CCA; dos Santos, Luengo, Gómez-Fraguela, Holanda y Meneses, 2019; Luengo, Otero, Romero, Gómez-Fraguela y Tavares-Filho, 1999). La historia de violencia previa se evalúa a través de la escala de conductas agresivas (6 ítems; e.g., “Pelearse con otra persona a golpes”). La historia de actos no violentos se evalúa a través de la escala de conducta contra normas (6 ítems; e.g., “Pasar la noche fuera de casa sin permiso”), la escala de robo (6 ítems; e.g., “Coger algo de clase sin permiso y con la intención de robarlo”) y la escala de vandalismo (6 ítems; e.g., “Prender fuego a algo: una papelera, una mesa, un coche, etc.”). Todas las escalas presentan ítems con cuatro alternativas de respuesta en los que los adolescentes especifican la frecuencia con que han emitido ciertas conductas (*nunca - 1 o 2 veces - algunas veces - bastantes veces*). Estas alternativas de respuesta se codifican, respectivamente, de 0 a 3.

- **H3. Inicio precoz de la violencia**

La manifestación de conductas agresivas y violentas en la infancia se ha asociado con una mayor disposición a desarrollar conductas antisociales en la adolescencia y la adultez temprana; del mismo modo que la implicación temprana en actividades delictivas se ha presentado como un importante predictor de la delincuencia posterior (Andrews y Bonta, 2010b; Assink et al., 2015). La evidencia demuestra que solo un pequeño porcentaje de los individuos que presentan conductas antisociales en la infancia llegan a ser delincuentes en la edad adulta (Moffitt, 2018). No obstante, la mayoría de los adultos implicados en actividades delictivas, especialmente si son conductas graves o violentas, han tenido un inicio temprano en comportamientos antisociales. En este sentido, los individuos que manifiestan un inicio precoz de conductas agresivas presentan una trayectoria característica de desarrollo de la conducta antisocial. A diferencia de los jóvenes que inician su carrera antisocial en la adolescencia, los

niños con trayectorias antisociales de inicio temprano presentan en su comportamiento antisocial mayor continuidad temporal, mayor estabilidad contextual y mayor variabilidad en su repertorio conductual (Bonta y Andrews, 2017; Dodge y Pettit, 2003; Moffitt, 2006).

Se ha comprobado, además, que la severidad, persistencia y cronificación en la conducta antisocial y delictiva es mayor cuando se manifiestan conductas agresivas y violentas a edades tempranas (Broidy et al., 2003; Lacourse et al., 2002; Tibbetts, 2009). Por tanto, el inicio precoz de la conducta antisocial y violenta se ha asociado fuertemente a carreras delictivas más crónicas y persistentes, mayor versatilidad delictiva, la comisión de delitos más graves y violentos, y mayores niveles de reincidencia (López-Romero, Romero y Andershed, 2015; Stouthamer-Loeber, Loeber, Wei, Farrington y Wikström, 2002). Además, estos sujetos presentan mayor desadaptación social general y más problemas conductuales en la edad adulta, como problemas psicológicos, financieros o laborales (Huesmann, Dubow y Boxer, 2009; Moffitt, Caspi, Harrington y Milne, 2002; Sentse, Kretschmer, Haan y Prinzie, 2017).

### **Codificación**

En el VRAI se evalúa el factor inicio precoz de la violencia a través de información proporcionada por los técnicos de los centros.

#### ***Técnicos***

Los técnicos deben informar de la edad a la que los menores han cometido las conductas antisociales registradas con anterioridad, ya sean violentas o no violentas. Estas edades se codifican según las conductas se presenten: antes de los 10 años, entre los 10 y los 12 años, y después de los 12 años. Además, los técnicos valoran la presencia de conductas problemáticas en la infancia a través de dos ítems (“¿Alguna de estas conductas se presentó antes de los 10 años?” y “¿Ha tenido problemas de conducta en la infancia en el contexto familiar o escolar?”) que se codifican de forma dicotómica (*no - sí*).

- **H4. Fracaso en intervenciones previas**

El fracaso en intervenciones previas, entendido como el incumplimiento de una sentencia judicial o la falta de adherencia a intervenciones de tratamiento, se ha relacionado con un peor pronóstico en el desistimiento de la conducta antisocial (Borum et al., 2006). El meta-análisis de Landenberger y Lipsey (2005) ha constatado que la existencia de intentos previos de tratamiento se relaciona significativamente con la reducción de la reincidencia delictiva. No obstante, esta relación se ve reducida si los fracasos y abandonos en dichos intentos previos se tienen en cuenta. Además, se ha comprobado que uno de los predictores más fuertes de la reincidencia grave y violenta es la manifestación de conductas antisociales durante la intervención o tratamiento asignado al joven infractor (Mulder et al., 2010).

Asimismo, la presencia de actitudes negativas hacia la autoridad se ha relacionado con una mayor implicación en conductas antisociales (Beerthuisen, Brugman y Basinger, 2013; Tarry y Emler, 2007). Otros estudios han mostrado de forma similar que la presencia de actitudes negativas hacia la autoridad está asociada con la implicación en conductas delictivas más graves y violentas, como la vinculación a una banda criminal (Alleyne y Wood, 2010; Alleyne, Wood, Mozova y James, 2016). Además, la ausencia de actitudes y creencias con respecto a la legitimidad de la ley se asocia con una mayor probabilidad de reincidencia (Schubert et al., 2016).

### **Codificación**

En el VRAI se evalúa el factor de fracaso en intervenciones previas a través de información proporcionada por los técnicos de los centros.

#### ***Técnicos***

Para la evaluación del fracaso o incumplimiento del menor en las intervenciones previas, los técnicos han de responder a dos ítems. A través del ítem “¿El/la joven ha incumplido alguna de las medidas o sentencias judiciales que le han sido impuestas?”, los técnicos valoran la presencia de incumplimientos en medidas previas de forma dicotómica (*no - sí*). A través del ítem “¿Ha mostrado falta

de colaboración en intervenciones de tratamiento previas? (tanto las de régimen cerrado como intervenciones ambulatorias o en medio abierto)”, los técnicos valoran la falta de colaboración en intervenciones previas utilizando tres alternativas de respuesta (*no consta - no - sí*).

- *H5. Historia de violencia en el hogar*

La familia es uno de los contextos más destacados en las clasificaciones internacionales sobre factores de riesgo de conducta antisocial en población adolescente (e.g., Bonta y Andrews, 2017; Farrington, 2005). El microsistema familiar constituye el primer agente socializador en la vida de las personas, de ahí que los procesos implicados en las interacciones entre los miembros de la familia afecten necesariamente al desarrollo psicosocial de los adolescentes (e.g., Bronfenbrenner y Morris, 2006; Collins y Steinberg, 2008). Los factores de riesgo familiares engloban no solo los estilos de crianza o las relaciones filio-parentales, sino también todas aquellas interacciones agresivas o violentas que tengan lugar entre los miembros de la familia, así como determinados acontecimientos relacionados con la delincuencia o el abuso de sustancias por parte de los progenitores o cuidadores.

Las relaciones agresivas o violentas entre los miembros de una familia, tanto entre los progenitores o cuidadores como de éstos hacia otro miembro de la familia, tienen un impacto negativo en los menores expuestos. La conceptualización de la violencia familiar hace referencia a cualquier “acto u omisión por parte de personas que conviven juntas como familia y que ocasiona graves perjuicios a otros miembros de la misma. Estos perjuicios pueden implicar daños físicos o emocionales, así como la violación de los derechos o libertades de otros miembros de la familia” (Wallace y Roberson, 2015, p.4). Dentro el ámbito de la predicción del riesgo en adolescentes, las tipologías de violencia en el entorno familiar que mayor atención han recibido han sido la exposición a violencia doméstica y el maltrato infantil (Kassis, Artz, Scambor, Scambor y Moldenhauer, 2013).

La exposición a la violencia doméstica ocurre no solo cuando los niños presencian directamente la violencia, sino también cuando intervienen, son conscientes de ella o experimentan las consecuencias de abuso físico o sexual que ocurre entre sus figuras parentales (Edleson, 1999). Así, se ha observado que los jóvenes que han sido expuestos a episodios violentos entre sus figuras parentales en la infancia presentan más problemas de conducta, agresividad, conducta antisocial, delincuencia y consumo de sustancias en la adolescencia (e.g., Howell, Barnes, Miller y Graham-Bermann, 2016; Huang, Vikse, Lu y Yi, 2015; Maneiro, Gómez-Fraguela y Sobral, 2016), resultados que han sido corroborados por diferentes revisiones sistemáticas (Evans, Davies y DiLillo, 2008; Kitzmann, Gaylord, Holt y Kenny, 2003; Wolfe, Crooks, Lee, McIntyre-Smith y Jaffe, 2003). A su vez, se ha planteado la hipótesis de una posible transmisión intergeneracional de la violencia, la cual refiere un incremento de la violencia de pareja en aquellos jóvenes que han sido expuestos a violencia doméstica entre sus figuras parentales (e.g., Cui, Durtschi, Donnellan, Lorenz y Conger, 2010; Narayan, Englund, Carlson y Egeland, 2014).

### **Codificación**

En el VRAI se evalúa la presencia de violencia en el hogar a través de información proporcionada por los técnicos de los centros y por los propios menores mediante autoinforme.

### ***Técnicos***

Para la evaluación de la presencia de violencia en el hogar se presentan 3 ítems: “¿Ha presenciado el menor malos tratos en la familia (entre los padres o de éstos hacia alguno de los hermanos del/de la joven)?”, “¿Ha presenciado el/la adolescente algún tipo de insultos, humillaciones o amenazas en la familia (entre los padres o de éstos hacia alguno de los hermanos del/de la joven)?”, y “Debido a esos episodios violentos ¿Ha necesitado alguno de los progenitores (o los hermanos) algún tipo de atención médica, intervención policial o acogimiento en un centro de protección?”. Los técnicos deben valorar mediante cuatro alternativas de respuesta la presencia y la

frecuencia de la violencia familiar (*nunca - 1 o 2 veces - algunas veces - muchas veces*) que se codifican de 0 a 3, respectivamente.

### **Jóvenes**

Los adolescentes informan de la presencia de violencia en el hogar a través de la escala de violencia familiar del *Adverse Childhood Experiences International Questionnaire* (ACE-IQ; Organización Mundial de la Salud). Los adolescentes deben valorar la presencia y la frecuencia de la violencia en el hogar a través de 3 ítems [“Se gritaban e insultaban entre ellos”, “Se pegaban entre ellos (agresiones físicas, golpes, patadas, etc.)”, “Se agredían entre ellos con objetos (palos, botellas, cuchillos...)”] utilizando cuatro alternativas de respuesta (*casi nunca - pocas veces - bastantes veces - muchas veces*). Estas alternativas se codifican de 0 a 3, respectivamente.

- **H6. Maltrato infantil**

El maltrato infantil se define como toda forma de violencia que se perpetra contra un menor de edad, (Centro Reina Sofía, 2011). Según la Organización Mundial de la Salud (OMS) el maltrato infantil incluye todas las actuaciones que directamente causen o puedan incrementar el riesgo de daño para la salud, desarrollo o dignidad del niño, o que puedan poner en peligro su supervivencia, y que tienen lugar dentro del contexto de una relación de responsabilidad, confianza o poder.

Dentro de la categoría de maltrato infantil se incluyen cuatro tipos de maltrato: el maltrato físico, definido como el uso intencional de la fuerza física contra un menor (e.g., cortes, patadas, puñetazos) (Norman et al., 2012); el maltrato psicológico o emocional, referente a todas aquellas actitudes o actuaciones por parte de las figuras parentales que amenazan la seguridad emocional, la aceptación o autonomía del menor (Manly, Cichetti y Barnett, 1994); la negligencia, tanto la falta de supervisión y la carencia en proporcionar un adecuado apoyo emocional, como la incapacidad para satisfacer las necesidades básicas del menor así como los cuidados médicos y educativos (Logan-Greene y Jones, 2015); y, por último, el abuso sexual,

considerado como todo aquel acto que involucra al menor en alguna actividad sexual no consentida (Norman et al., 2012).

El maltrato infantil constituye una de las amenazas contextuales de mayor riesgo para el desarrollo psicosocial de los menores (Cicchetti, 2013). La victimización de maltrato en la infancia se ha relacionado con una gran variedad de consecuencias negativas, incluyendo conducta antisocial, delincuencia, violencia y consumo de sustancias (e.g., Braga, Gonçalves, Basto-Pereira y Maia, 2017; Fitton, Yu y Fazel, 2018; Malvaso, Delfabbro y Day, 2015). Además, se ha observado una elevada prevalencia de jóvenes en el sistema de justicia juvenil que habían sido víctimas de maltrato en la infancia (e.g., Silva, Graña y González-Cieza, 2014; Vidal et al., 2017; Widom, 2014).

A pesar de que gran parte de las investigaciones ha centrado su interés fundamentalmente en el estudio de los efectos del maltrato físico (Fitton et al., 2018), la evidencia empírica ha destacado efectos perjudiciales de la totalidad de las tipologías de maltrato. Específicamente, los hallazgos muestran índices elevados de conductas de tipo externalizante, delincuencia, conducta antisocial y consumo de sustancias en aquellos jóvenes que habían sido víctimas de maltrato físico (e.g., McGrath, Nilsen y Kerley, 2011; Widom y Wilson, 2015), maltrato emocional (e.g., Silva et al., 2014), negligencia (e.g., Logan-Greene y Jones, 2015; Ryan, Williams y Courtney, 2013) o abuso sexual en la infancia (e.g., Braga et al., 2017; Watts y McNulthy, 2013). Algunos autores han sugerido además un posible efecto acumulativo de las diferentes tipologías de maltrato que contribuye al incremento del riesgo de conductas antisociales y delictivas (e.g., Baglivio et al., 2016; Logan-Greene, Nurius, Hooven y Thompson, 2015).

### **Codificación**

En el VRAI se evalúa la presencia de maltrato en la infancia a través de información proporcionada por los técnicos de los centros y por los propios menores mediante autoinforme.

### **Técnicos**

Para la evaluación del factor relativo al maltrato infantil los técnicos deben responder a 4 ítems (e.g., “¿Ha sufrido el adolescente algún tipo de maltrato físico durante su infancia?”) acerca de la presencia de maltrato físico, maltrato psicológico, abuso sexual o trato negligente al menor durante su infancia. A través de estos ítems los técnicos valoran la presencia y la gravedad de dichos actos mediante cuatro alternativas de respuesta (*no - sí, con gravedad baja - sí, con gravedad media - sí, con gravedad alta*), que se codifican de 0 a 3, respectivamente.

### **Jóvenes**

Los menores pueden informar de haber sufrido malos tratos en su infancia a través las escalas integradas en el *Childhood Trauma Questionnaire* (Bernstein et al., 2003). Mediante 4 escalas los adolescentes pueden informar de la presencia en su infancia de: negligencia física (4 ítems; e.g., “Se aseguraban de que fueras al colegio”), negligencia afectiva (2 ítems; e.g., “Sentías que te querían”), abuso emocional (3 ítems; e.g., “Sentías que te odiaban”) y abuso físico (3 ítems; e.g., “Te castigaban con un cinturón, palos u otros objetos duros”). Estos ítems presentan una escala de respuesta de 4 alternativas (*casi nunca - pocas veces - bastantes veces - muchas veces*), que se codifica de 0 a 3, respectivamente. Las escalas de negligencia se codifican de forma inversa.

- **H7. Historia delictiva de padres o cuidadores**

Entre los factores relacionados con la familia de origen que pueden incrementar el riesgo de conductas antisociales o delictivas en la adolescencia se encuentra la delincuencia familiar. Al respecto, existe evidencia que demuestra una cierta transmisión intergeneracional de la delincuencia; es decir, la probabilidad de llevar a cabo actos antisociales o delictivos se incrementa en aquellos individuos procedentes de familias en las que algún miembro ha llevado a cabo previamente actos violentos o criminales (e.g., Farrington, 2011; Frisell, Lichtenstein y Långström, 2010). Estos hallazgos contribuyen a

una elevada concentración de delitos en un número reducido de familias (Farrington, Jolliffe, Loeber, Stouthamer-Loeber y Kalb, 2001; Loeber y Stouthamer-Loeber, 1986). En este sentido, Moffitt (2005) sugiere que más del 50% de los delitos son llevados a cabo por individuos que pertenecen a menos del 10% de las familias, y atribuye la diferencia entre ambos a factores epigenéticos. Por su parte, Farrington et al. (2001) encontraron que el 8% de las familias de su estudio representaban el 43% de detenciones, con un promedio de cinco personas por familia.

Uno de los factores que mayor influencia ha mostrado sobre la aparición de conductas antisociales en los adolescentes ha sido la presencia de condenas en prisión de los progenitores o cuidadores (Besemer y Farrington, 2012; Kjellstrand, Yu, Eddy y Martinez, 2018; van de Rakt, Murray y Nieuwbeerta, 2012), resultados que han sido confirmados en diversas revisiones sistemáticas (Farrington, Ttofi y Piquero, 2016; Jolliffe, Farrington, Piquero, Loeber y Hill, 2017; Murray, Farrington y Sekol, 2012). Rowe y Farrington (1997) observaron diferencias en función del género, es decir, los chicos incrementaban el riesgo de conducta antisocial en el caso de que el padre fuera condenado, mientras que las chicas incrementaban el riesgo en el caso de que fuese condenada la madre. Por el contrario, algunos autores han planteado que la presencia de condenas parentales en prisión no afecta necesariamente al desarrollo de conductas antisociales en los hijos e hijas. En este sentido, se ha sugerido que la presencia de otras variables, como el número de condenas del padre o la madre o incluso la edad del menor cuando la condena es ejecutada, son las que incrementan la probabilidad de implicación en actos antisociales o delictivos en la adolescencia (Besemer, 2014; van de Rakt et al., 2012).

Por otro lado, la propia conducta antisocial de los progenitores o cuidadores, aún cuando no se hayan implicado directamente en el sistema de justicia ni hayan tenido contacto policial, incrementa el riesgo de conductas antisociales o delictivas en los descendientes (e.g., Farrington, Coid y Murray, 2009; Lipsey y Derzon, 1998).

Además, se han observado relaciones significativas entre la criminalidad familiar y la delincuencia juvenil con respecto a otros miembros de la familia como abuelos, tíos o hermanos (e.g., Farrington et al., 2016; van de Rakt, Nieuwbeerta y Apel, 2009).

### **Codificación**

En el VRAI se evalúa la historia delictiva de los padres o cuidadores a través de información proporcionada por los técnicos de los centros.

#### *Técnicos*

Para la evaluación de la historia delictiva familiar los técnicos han de responder a 4 ítems relacionados con las actividades delictivas cometidas por los padres y/o los hermanos del menor. Tres de los ítems valoran las conductas delictivas registradas por el sistema judicial, así como la gravedad y/o la reiteración delictiva a través de los años totales de condenas en padres/madres/hermanos/as [e.g., “¿Ha estado en prisión el padre? (Indique el número de años sumando todas las condenas)”]. Los técnicos deben puntuar estos ítems de la siguiente manera: “*no me consta - no - menos de 1 año - entre 1 y 4 - más de 4 años*”, codificándose de 0 a 3, respectivamente. A través del cuarto ítem (“Le consta que alguno de los padres o hermanos haya estado implicado en conductas ilegales que no han dado como resultado una condena”), los técnicos evalúan de forma dicotómica (*no - sí*) la presencia de conductas delictivas de los familiares no detectadas por el sistema judicial o no condenadas.

- *H8. Separación temprana de los padres o cuidadores*

La separación temporal o permanente del menor de sus progenitores o cuidadores afecta en gran medida al desarrollo psicosocial de los jóvenes. Así, la asociación entre la separación de los cuidadores en la infancia y la conducta criminal adolescente ha sido confirmada en diferentes estudios (e.g., Haas, Farrington, Killias y Sattar, 2004). Bowlby (2012) justifica la influencia de la separación temprana de los padres sobre los problemas de ajuste adolescente a partir de su Teoría del apego. Según esta teoría, los niños establecen vínculos afectivos

con sus progenitores desde el nacimiento, resultando en una proximidad física y emocional que, en caso de romperse, puede generar en el menor un sentimiento de ansiedad y frustración que influirá en su ajuste psicosocial.

Algunos meta-análisis y revisiones sistemáticas mostraron un efecto significativo del apego inseguro o desorganizado sobre el incremento en el riesgo de delincuencia y consumo de sustancias en jóvenes (Fairbairn et al., 2018; Hovee et al., 2012). Un apego inseguro puede ser consecuencia del encarcelamiento de alguno de los progenitores o cuidadores, que supone no solo la separación física de éstos, sino la vivencia de elevados niveles de estrés derivados de todo el proceso que incrementan el riesgo psicosocial en los jóvenes (Murray y Murray, 2010). La separación familiar debida al ingreso en prisión de alguno de los padres o cuidadores también ha sido considerada en el estudio de la conducta antisocial de los adolescentes. Algunos estudios han evidenciado efectos positivos significativos de la separación debida al encarcelamiento parental sobre diferentes tipos de conductas antisociales y delictivas en los adolescentes, incluso tras controlar el efecto de las condenas de los padres y otros factores de riesgo (Murray y Farrington, 2005; van de Rakt et al., 2012).

La relación entre la separación temprana de los cuidadores y la posterior conducta antisocial en los jóvenes ha sido objeto de estudio en el campo de investigación. En esta línea, los hallazgos han evidenciado efectos significativos de la separación temprana sobre la aparición de conductas antisociales y violentas en la adolescencia, principalmente si esta separación se producía antes de los diez años (e.g., Farrington et al., 2016; Hawkins et al., 1998). De un modo similar, la ausencia del padre en el hogar ha contribuido a la aparición de problemas de conducta en los adolescentes, incluyendo delincuencia y encarcelamiento (e.g., Harper y McLanahan, 2004).

## Codificación

En el VRAI se evalúa la separación temprana de los padres o cuidadores a través de información proporcionada por los técnicos de los centros.

### *Técnicos*

Para la evaluación de la separación temprana de los padres y/o cuidadores, los técnicos han de responder a 2 ítems. Mediante el ítem “¿Ha estado separado en algún momento de sus padres o tutores durante la infancia? Si lo sabe, ¿qué duración han tenido esas separaciones?”, los técnicos valoran la presencia y la duración de las separaciones mediante cuatro alternativas de respuesta [“*no - 1 o 2 periodos breves (menos de un año) - más de 2 periodos breves - periodos grandes (más de 1 año)*”]. Estas alternativas de respuesta se codifican de 0 a 3, respectivamente. A través del segundo ítem (“Por estos u otros motivos, ¿Cuenta el menor con algún expediente en el servicio de protección/tutela del Estado de menores?”), los técnicos evalúan el conocimiento de la situación por parte de instituciones estatales de forma dicotómica (*no - sí*).

- *H9. Bajo rendimiento escolar*

El nivel de rendimiento escolar se ha considerado un factor de riesgo de la conducta antisocial asociándose al desarrollo de diversas conductas problemáticas (Payne y Welch, 2015; Welsh y Harding, 2015). Así, los estudiantes que tienen problemas emocionales o conductuales presentan significativamente mayores niveles de déficits en el rendimiento académico que los estudiantes sin problemas de conducta (Reid, González, Nordness, Trout y Epstein, 2004; Trout, Nordness, Pierce y Epstein, 2003). Diversos estudios han encontrado una relación significativa entre un bajo rendimiento académico y la manifestación de conductas antisociales y agresivas en la adolescencia (Andrews y Bonta, 2010b; Farrington, Ttofi y Coid, 2009).

Asimismo, se ha propuesto que la presencia de bajos niveles de éxito académico al inicio de la adolescencia se relaciona con un mayor

riesgo de involucrarse en conductas violentas en la adolescencia tardía (Herrenkohl et al., 2012). Además, la presencia de bajos niveles de éxito académico a los 15 años se ha asociado con un mayor riesgo de ser condenado en la adolescencia tardía (17-19 años) (Savolainen et al., 2012). Otros estudios han encontrado que el bajo rendimiento escolar y logro académico se ha asociado con la presencia de conductas antisociales no violentas, como el consumo de sustancias ilegales (Drapela, 2006; Latvala et al., 2014). El meta-análisis de Savage, Ferguson y Flores (2017) ha confirmado estos resultados, encontrando que la presencia de bajos niveles de rendimiento escolar está relacionada con niveles más altos de delincuencia, violenta y no violenta. Además, este estudio ha demostrado que, en comparación con los delincuentes no violentos, los delincuentes violentos presentan significativamente puntuaciones más bajas en rendimiento escolar. Por tanto, la presencia de diversos problemas en el ámbito escolar, ya sea a nivel de rendimiento, de éxito o de habilidades y capacidades en diversas materias, se ha relacionado consistentemente tanto con trayectorias persistentes de conducta antisocial como con trayectorias limitadas a la adolescencia (Jolliffe et al., 2017).

### **Codificación**

En el VRAI se evalúa el nivel de rendimiento escolar a través de información proporcionada por los técnicos de los centros y por los propios menores mediante autoinforme. Los valores bajos en esta variable son indicativos de presencia de riesgo.

### ***Técnicos***

Para la valoración del nivel de rendimiento de los jóvenes en los estudios, los técnicos han de informar acerca del nivel de escolarización alcanzado por los menores (*primaria - secundaria - formación profesional - bachillerato*), codificando estos niveles de 1 a 4, respectivamente. Además, los técnicos informan del nivel de rendimiento que los jóvenes han tenido en la escuela (*bajo - medio - alto*), codificando los niveles de 1 a 3. Por último, los técnicos deben informar de la existencia de repeticiones de cursos escolares (“¿Ha repetido curso

alguna vez?”) de forma dicotómica (*no - sí*) y, en ese caso, informar de “¿cuántas veces ha repetido?”.

### *Jóvenes*

Los adolescentes informan de su nivel de rendimiento escolar a través del ítem “En caso de estar estudiando, ¿cuál es tu nota media aproximada?” valorando sus calificaciones en continuo de “*deficiente - regular - bueno - muy bueno*”. Estas alternativas se codifican de 1 a 4, respectivamente.

- *H10. Rechazo del grupo de iguales normativo*

La evidencia empírica ha relacionado el rechazo del grupo de iguales convencional con el desarrollo de conductas problemáticas en la infancia y la adolescencia (Dishion y Tipsord, 2011; Granic y Patterson, 2006; Laird, Pettit, Dodge y Bates, 2005). Esta relación parece producirse dentro un proceso cíclico y complejo que comienza con la manifestación de conductas disruptivas en la infancia. Se ha planteado que las experiencias de rechazo por parte de los iguales a edades tempranas se relacionan con la manifestación de conductas agresivas en el niño a edades posteriores (Dodge et al., 2003; Trentacosta y Shaw, 2009). De hecho, se ha comprobado que una única experiencia de rechazo por parte de los iguales parece suficiente para facilitar del desarrollo de problemas conductuales de externalización (Laird, Jordan, Dodge, Pettit y Bates, 2001).

Por otra parte, estudios previos han mostrado que los iguales normativos suelen rechazar a los iguales que presentan conductas disruptivas (Pedersen, Vitaro, Barker y Borge, 2007; Vitaro, Pedersen y Brendgen, 2007), facilitándose así la carencia de experiencias socializadoras normativas. Un reciente meta-análisis ha demostrado que ambas relaciones son significativas indicando que la presencia de conductas disruptivas es antecedente y, a su vez, consecuente de las experiencias de rechazo de los iguales (Reijntjes et al., 2011).

Asimismo, el incremento de la propia conducta disruptiva facilita la tendencia a vincularse con iguales problemáticos (Lacourse et al.,

2006; Light y Dishion, 2007). El proceso de asociación con iguales delinquentes ha llegado a describirse como el segundo paso en una secuencia que empieza con el rechazo del grupo de iguales. De este modo, se ha relacionado el rechazo de los iguales en la infancia con la posterior vinculación del adolescente con amigos antisociales, lo que, a su vez, se relaciona con la manifestación de conductas antisociales y consumo de sustancias (Chen, Drabick y Burgers, 2015). No obstante, se ha encontrado que si bien el rechazo de los iguales y la agresividad en la infancia son ambos predictores de un pobre ajuste en la adolescencia, la agresividad es el predictor más consistente de problemas de externalización, mientras que el rechazo de los iguales está más relacionado con problemas de internalización (Coie, Lochman, Terry y Hyman, 1992; Pedersen et al., 2007).

### **Codificación**

En el VRAI se evalúa el rechazo de los iguales en la infancia a través de información proporcionada por los técnicos de los centros y por los propios menores mediante autoinforme.

#### ***Técnicos***

Para la evaluación del rechazo de los iguales se utilizan 2 ítems: “¿Sabe si el/la menor ha sido rechazado en la infancia por sus iguales?” y “¿Ha sido marginado por sus compañeros?”. Los técnicos informan de la existencia de conductas de rechazo en la infancia mediante tres alternativas de respuesta (*no me consta - no - sí*).

#### ***Jóvenes***

Los adolescentes informan del rechazo sufrido en la infancia por sus iguales a través de una versión de la escala de problemas con los iguales del *Strengths and Difficulties Questionnaire* (SDQ), validado en población adolescente española (Ortuño-Sierra, Chocarro, Fonseca-Pedrero, Riba y Muñiz, 2015). Mediante esta escala de 5 ítems (e.g., “En mi infancia era una persona solitaria”, “En mi infancia otra gente de mi edad se metía conmigo o se burlaba de mí”) los adolescentes informan de haber sufrido rechazo social en la infancia utilizando 4

alternativas (*casi nunca - pocas veces - bastantes veces - muchas veces*), que se codifican de 0 a 3, respectivamente. Dos de los ítems se codifican de forma inversa (i.e., “En mi infancia tuve algún/a buen/a amigo/a” y “Por lo general en mi infancia caía bien a la otra gente de mi edad”).

## Factores de riesgo psicosociales

- *PS11. Delincuencia en el grupo de iguales*

La influencia que el grupo de iguales antisocial ejerce sobre la conducta de los jóvenes es uno de los factores de riesgo más fuertemente relacionado con la implicación en conductas antisociales en la adolescencia (Bonta y Andrews, 2017; Farrington, Ttofi et al., 2009; Monahan, Steinberg y Cauffman, 2009). Se ha sugerido que la influencia del grupo de iguales sobre la conducta antisocial adolescente está determinada por varios factores como la intensidad y la estabilidad de la asociación con los iguales o la proporción de amigos desviados integrados en el grupo (Eassey y Buchanan, 2015; Kreager, Rulison y Moody, 2011; Laursen, Hafen, Kerr y Stattin, 2012).

La evidencia ha constatado que las conductas desviadas y delictivas del grupo de amigos influyen directamente sobre la implicación de los adolescentes en una amplia diversidad de conductas antisociales. Así, el comportamiento antisocial dentro de los grupos de iguales se ha asociado directa y fuertemente con la frecuencia de conductas antisociales no violentas y consumo de sustancias (e.g., Burt y Klump, 2009; Cutrín, Maneiro, Sobral y Gómez-Fraguela, 2019a; Snyder, Schrepferman, Bullard, McEachern y Patterson, 2012), así como con conductas violentas más severas (e.g., Dishion, Véronneau y Myers, 2010; Farrington, Ttofi et al., 2009; Herrenkohl et al., 2012).

Los iguales antisociales desempeñan un papel importante con respecto a la cronificación de la trayectoria antisocial de los adolescentes. Diversos estudios han indicado que los adolescentes vinculados a iguales antisociales presentan mayores probabilidades de mostrar

conductas antisociales y delictivas con mayor frecuencia y cada vez más severas (e.g., Henry, Tolan, Gorman-Smith y Schoeny, 2012; van Ryzin y Dishion, 2013). Por otra parte, se ha encontrado que el consumo de sustancias en el grupo de iguales se asocia con el consumo de sustancias en los adolescentes en mayor medida que con otros tipos de comportamiento problemático (e.g., Luengo et al., 2008; Monahan, Rhew, Hawkins y Brown, 2014; Tompsett, Domoff y Toro, 2013).

Asimismo, se ha propuesto que la vinculación del joven con un grupo antisocial puede aumentar la probabilidad de verse involucrado en conductas poco saludables, como mantener relaciones sexuales de riesgo o la maternidad prematura (Dishion, Ha y Véronneau, 2012; Lansford, Dodge, Fontaine, Bates y Pettit, 2014). No obstante, esta influencia antisocial no es unidireccional sino que existe una relación recíproca entre la conducta problemática y la elección del tipo de amigos. Así, la asociación con iguales desviados parece reforzar la conducta problemática aumentando la implicación en conductas delictivas, a la vez que la propia manifestación de conductas disruptivas y la participación en actividades delictivas parece relacionarse con una mayor tendencia a seleccionar amistades antisociales (Brook, Brook, Rubenstone, Zhang y Saar, 2011; Burk, van der Vorst, Kerr y Stattin, 2012; Dishion et al., 2010).

### **Codificación**

En el VRAI se evalúan las actividades delictivas realizadas por el grupo de iguales a través de información proporcionada por los técnicos de los centros y por los propios menores mediante autoinforme.

### ***Técnicos***

Para la evaluación de la delincuencia en el grupo de iguales de los jóvenes, los técnicos responden al ítem “¿Sale a menudo con amigos que estén implicados en actividades delictivas?” de forma dicotómica (*no - sí*). Además, los técnicos valoran el grado en que el menor establece relación con amistades antisociales indicando cuántos de sus amigos son delincuentes (*ninguno - casi ninguno - algunos - la*

*mitad - bastantes - casi todos - todos*). Estas alternativas se codifican de 0 a 6, respectivamente.

### ***Jóvenes***

Los adolescentes informan de la presencia de conductas antisociales en su grupo de iguales a través de la subescala de conducta antisocial integrada en la Escala de Amigos Desviados (Cutrín, Maneiro, Sobral y Gómez-Fraguela, 2019c). Los adolescentes valoran la frecuencia con la que sus mejores amigos presentan conductas antisociales o se involucran en actividades delictivas mediante 8 ítems (e.g., “Tienen problemas con sus padres/madres por no obedecer”, “Se meten en peleas o pegan a otros chicos/as”). Estos ítems presentan cuatro alternativas de respuesta (*nada - algo - bastante - mucho*) que se codifican de 0 a 3, respectivamente.

- *PS12. Escasas habilidades parentales*

### *Conflicto familiar*

Los resultados encontrados en diversas investigaciones muestran que un elevado nivel de conflicto familiar o conflicto filio-parental se asocia de forma significativa con el incremento de conductas antisociales y delictivas de los adolescentes (Derzon, 2010; Hoeve et al., 2009; Pardini, Waller y Hawes, 2015). El aumento del nivel de conflictividad en las relaciones familiares es común durante la pre-adolescencia, volviendo a niveles previos según avanza la adolescencia (Collins y Laursen, 2004; Collins y Steinberg, 2008). Sin embargo, cuando la conflictividad aumenta por encima de los niveles considerados normativos, las relaciones conflictivas podrían influir en la idoneidad y la eficacia de las prácticas parentales (Krishnakumar y Buehler, 2000; Simons-Morton, Chen, Hand y Haynie, 2008), llevando a una resolución de problemas inadecuada y a un incremento problemático del conflicto familiar.

De esta manera la evidencia ha demostrado que un excesivo conflicto familiar está significativamente relacionado con el aumento de la

manifestación de conductas antisociales en los jóvenes (Burt, McGue, Krueger y Iacono, 2005; Farrington, Ttofi et al., 2009; Klahr, McGue, Iacono y Burt, 2011). La negatividad expresada y la frustración, la ira y las críticas hacia el hijo se han asociado con un incremento de la conducta antisocial en éste (Hoeve et al., 2009; Larsson, Viding, Rijdsdijk y Plomin, 2008). Numerosos estudios evidenciaron cierta relación entre el conflicto inter-parental y diferentes síntomas externalizantes, problemas de conducta y delincuencia en los menores (Benson, Buehler y Gerard, 2008; Cummings, Davies, Schermerhorn, Goeke-Morey y Cummings, 2006). Además, los niños y niñas que conviven en familias disfuncionales muestran unos índices mayores de delincuencia que aquellos que pertenecen a familias funcionales (Haas et al., 2004; Juby y Farrington, 2001).

### *Conocimiento parental*

La supervisión ha sido una variable familiar ampliamente relacionada con la conducta antisocial de los adolescentes. Este constructo hace referencia a las estrategias socializadoras por parte de los padres, incluyendo el establecimiento de normas y límites, la aplicación de sanciones, la exigencia de responsabilidades, la monitorización o el conocimiento parental (Kerr y Stattin, 2000; Laird, Marrero y Sentse, 2010; Oliva, 2006). La supervisión estrecha es frecuentemente recomendada como una medida de prevención de los problemas de conducta adolescentes (Simons-Morton et al., 2008). Numerosos estudios han analizado la relación entre la supervisión parental y las conductas problemáticas de los menores, incluyendo violencia y delincuencia, hallando una relación significativa negativa entre ambas variables (Hoeve et al., 2009; Johnson, Giordano, Manning y Longmore, 2011).

Específicamente, el escaso conocimiento que los padres tienen de las actividades y amistades de sus hijos se ha relacionado fuertemente con la manifestación de conductas antisociales y delictivas en la adolescencia (Eaton, Krueger, Johnson, McGue y Iacono, 2009; Johnson et al., 2011; Kerr, Stattin y Burk, 2010). El nivel de conocimiento puede derivarse de tres fuentes de información: la autorrevelación

adolescente, la solicitud parental y el control parental (Kerr y Stattin, 2000; Stattin y Kerr, 2000). No obstante, diversos estudios han indicado que la autorrevelación adolescente es el predictor más robusto del conocimiento parental, en comparación con la petición de información y el control de los padres (Cutrín, Maneiro, Sobral y Gómez-Fraguela, 2019b; Kerr et al., 2010; Racz y McMahon, 2011).

### *Apoyo familiar*

El apoyo familiar, entendido como el comportamiento parental que hace al hijo sentirse cómodo, aceptado y aprobado, puede ser representado en un rango de conductas como aceptación, afecto, apego, calidez, comunicación e intimidad (Hoeve et al., 2009; Huver, Otten, de Vries y Engels, 2010). En general, un estilo parental basado en el apoyo está relacionado con menos problemas de conducta, delincuencia y violencia (Buck y Dix, 2014; Lahlah, van der Knaap, Bogaerts y Lens, 2014; Zheng y Cleveland, 2013). La evidencia ha indicado que la implicación positiva del padre y la madre con los hijos se asocia con un menor índice de problemas de conducta en los menores (Bosmans, Braet, van Leeuwen y Beyers, 2006; Reitz, Deković y Meijer, 2006).

Asimismo, las relaciones afectivas caracterizadas por la calidez emocional se relacionan de forma inversa con el comportamiento antisocial en los menores (Goldstein, Davis-Kean y Eccles, 2005). Por el contrario, la falta de apego hacia el cuidador principal es considerado como un factor de riesgo en la aparición de problemas de conducta en los jóvenes (Levy y Orlans, 2000). El estudio meta-analítico de Hoeve et al. (2012) ha demostrado que la falta de relaciones de apego con los padres, y especialmente con la madre, se relaciona con la presencia de conductas delictivas en la adolescencia. Por otro lado, se ha encontrado que la disciplina parental severa (Benson et al., 2008; Burnette, Oshri, Lax, Richards y Ragbeer, 2012) y el rechazo o falta de aceptación de alguno de los progenitores influyen significativamente sobre la conducta antisocial de los adolescentes (Hoeve et al., 2009; Krishnakumar, Buehler y Barber, 2003).

## **Codificación**

En el VRAI se evalúan las escasas habilidades de los padres para educar, utilizando como indicadores la presencia de conflicto y la ausencia de conocimiento parental y apoyo familiar. La evaluación de este factor se realiza a través de información proporcionada por los técnicos de los centros y por los propios menores mediante autoinforme.

### ***Técnicos***

Para la evaluación de la falta de habilidades parentales para educar, los técnicos han de responder a dos bloques diferenciados de ítems. En el primero se presentan 3 ítems que evalúan la calidad de las relaciones familiares y la capacidad de los padres para controlar el comportamiento de los hijos (“¿Ha tenido o tiene malas relaciones con su padre?”, “¿Ha tenido o tiene malas relaciones con su madre?”, “¿Sus padres han tenido problemas para controlar su comportamiento?”). Los técnicos deben informar de la existencia de estos problemas de forma dicotómica (*no - sí*). El segundo bloque está formado por 10 ítems mediante los cuales los técnicos valoran las habilidades educativas parentales positivas (e.g., “Establecían normas educativas mínimas para el niño/a”, “Dialogaban con el niño”) y las habilidades educativas parentales negativas (e.g., “Le dejaban solo en casa sin que éste tuviese edad para ello”, “Se relacionaban con el niño/a a gritos, amenazas o riñas”). Estos ítems presentan cinco alternativas de respuesta (*no consta - nunca - algo - bastante - siempre*), que se codifican de 0 a 3.

### ***Jóvenes***

Los adolescentes informan de las habilidades educativas parentales a través de tres escalas que evalúan el nivel de conflicto, conocimiento y apoyo en el ambiente familiar. Todas ellas presentan ítems con cuatro alternativas de respuesta (*casi nunca - pocas veces - bastantes veces - muchas veces*), que se codifican de 0 a 3, respectivamente. La escala de conflicto familiar está basada en la versión abreviada del *Conflict Behavior Questionnaire* (CBQ-20; Robin y Foster, 1989) y está constituida por 7 ítems mediante los cuales los adolescentes valoran la

presencia de conflictos en el ámbito familiar (e.g., “Nos cuesta estar de acuerdo”, “Las conversaciones que tenemos me sacan de quicio”). Por otra parte, los adolescentes valoran el nivel de conocimiento parental a través de la versión española de la escala de Kerr y Stattin (2000) (Cutrín et al., 2019b), que está compuesta por 8 ítems (e.g., “Sabes qué haces en tu tiempo libre”, “Sabes a dónde vas cuando sales con tus amigos/as”). Por último, los adolescentes evalúan el nivel de apoyo parental a través de la escala de afecto y comunicación de Oliva, Parra, Sánchez-Queija y López (2007), que está constituida por 8 ítems (e.g., “Me siento apoyado y comprendido por ellos”, “Si tengo algún problema puedo contar con su ayuda”). Los valores bajos en las escalas de conocimiento parental y apoyo parental son indicativos de presencia de riesgo.

- *PSI3. Falta de apoyo social*

La ausencia de apoyo social ha sido identificada como un factor de riesgo de la conducta antisocial adolescente (e.g., Bender y Lösel, 1997). El apoyo social hace referencia a todos aquellos recursos o provisiones de la comunidad y las redes sociales, incluyendo las relaciones íntimas y de confianza, así como la valoración que hace el individuo sobre ellos (e.g., Gottlieb y Bergen, 2010; Lin, 1986). La definición de apoyo social abarca una serie de conceptos referentes a la integración social, la red social o el propio contenido de las interacciones sociales (House, Landis y Umberson, 1988). De este modo, se incluyen dentro de esta denominación diferentes estratos del contexto social que hacen referencia, en líneas generales, a la integración en la comunidad, la vinculación con familia, amigos o compañeros, o las relaciones íntimas que implican un sentimiento de compromiso (Gracia y Herrero, 2006). Sin embargo, es necesario establecer una distinción entre el apoyo social recibido y el apoyo social percibido. El primero hace referencia al conjunto de interacciones y provisiones específicas de apoyo objetivas que se producen entre los diferentes miembros de la red social, mientras que el segundo se refiere a la valoración que el propio individuo realiza sobre estas provisiones e interacciones (e.g., Cohen, Underwood y Gottlieb, 2000; Vangelisti, 2009).

La relación entre la falta de apoyo social y la subsecuente implicación en conductas antisociales o delictivas ha tratado de explicarse en base a la Teoría del apoyo social (Cullen, 1994). Esta teoría sugiere que el riesgo de delincuencia se reduce en aquellos individuos que conviven en entornos que proporcionan más apoyo. En esta línea, se ha planteado que el apoyo tanto de familiares como de amigos amortigua el efecto de determinados factores de riesgo (e.g., Anderson, Donlan, McDermott y Zaff, 2015) y contribuye a la disminución del riesgo de conductas violentas a través del sentimiento de aceptación en el grupo de iguales normativo, la reducción de la frustración y una percepción de apoyo general (e.g., Dodge y Pettit, 2003). Asimismo, se ha comprobado que la vinculación y la percepción de apoyo de un adulto socialmente integrado, como un profesor o un vecino, se relaciona con un menor consumo de sustancias y una menor implicación del joven en conductas delictivas no violentas (Zimmerman, Bingenheimer y Notaro, 2002). Por consiguiente, algunos autores consideran que la falta de figuras de apoyo estables y positivas en el entorno social dificulta un adecuado ajuste y favorece la aparición de conductas antisociales (Chu, Saucier y Hafner, 2010; Makarios y Sams, 2013). No obstante, en ocasiones el apoyo social recibido no ejerce un efecto directo, sino que es la percepción de apoyo social la que influye significativamente sobre la implicación en actividades delictivas, violencia o consumo de sustancias (e.g., Méndez y Barra, 2008; Musitu y Cava, 2003).

### **Codificación**

En el VRAI se evalúa el apoyo social de los adolescentes a través de información proporcionada por los técnicos de los centros y por los propios menores mediante autoinforme. Valores bajos en esta variable son indicativos de presencia de riesgo. Específicamente en este factor, la presencia de puntuaciones extremadamente altas es un indicativo de que la red de apoyo social se puede considerar un factor de protección.

### ***Técnicos***

Para evaluar la red de apoyo social del menor, los técnicos aportan información a través de 3 ítems acerca del apoyo personal que el menor recibe en diferentes contextos: la escuela, la familia y la comunidad (“¿Cuenta el/la adolescente en su entorno con personas adultas socialmente integradas dispuestas a ofrecerle apoyo y soporte emocional?”). Los técnicos deben señalar la calidad de estas relaciones en un rango de 3 alternativas de respuesta (*no - sí, pero superficial - sí, estable e intenso*), que se codifican de 0 a 2. A través de un cuarto ítem (“¿Tiene una relación estable y fuerte al menos con un adulto?”) los técnicos valoran de forma dicotómica la presencia o ausencia de vínculos psicosociales de apoyo (*no - sí*).

### ***Jóvenes***

Los adolescentes informan de su red de apoyo psicosocial a través de una escala basada en la escala de Friberg, Hjemdal, Rosenvinge y Martinussen (2003), compuesta por 7 ítems con cuatro alternativas de respuesta (*nada - algo - bastante - mucho*) (e.g., “Cuento con personas que me apoyan cuando tengo problemas”, “En mi entorno hay personas que realmente se preocupan por mí”). Estas alternativas de respuesta se codifican de 0 a 3, respectivamente.

- ***PS14. Entorno marginal***

El entorno marginal se ha presentado como un factor de riesgo relevante para el desarrollo de problemas conductuales. Los términos empleados para definir la desventaja social presente en una comunidad han sido diversos, tales como marginación, pobreza o estatus socio-económico, dando lugar a multitud de inconsistencias en la literatura (Cutrín, Gómez-Fraguela, Maneiro y Sobral, 2016). Una de las variables contextuales que más interés ha recibido ha sido el estatus socioeconómico. Desde la tradición sociológica clásica se ha hecho referencia a una relación directamente proporcional entre la pobreza o bajo estatus socioeconómico y la manifestación de conductas violentas y antisociales la adolescencia (Farrington, Loeber y Berg, 2012; Murry, Berkel, Gaylord-Harden, Copeland-Linder y

Nation, 2011). En general, se ha encontrado que los adolescentes que viven en barrios de bajo nivel socio-económico, con una elevada desorganización social y con una baja concentración de recursos, son más propensos a manifestar conductas agresivas y violentas y a involucrarse en actividades delictivas más graves (Mason et al., 2010; Molnar, Cerda, Roberts y Buka, 2008; Pardini, Loeber, Farrington y Stouthamer-Loeber, 2012). Algunos estudios han encontrado que mientras los niveles de agresividad y violencia aumentan en barrios desfavorecidos, los niveles de delincuencia no violenta decrecen en este tipo de barrios (Vazsonyi, Cleveland y Wiebe, 2006). Parece, pues, que los efectos de la marginalidad social varían en función del tipo de conducta antisocial, siendo más potentes en el caso de conductas violentas.

Además, se ha encontrado que aquellos delincuentes que regresan a un vecindario desfavorecido reinciden en mayor medida, independientemente de sus características personales (Kubrin y Stewart, 2006). Otros trabajos han encontrado que los efectos del entorno en la reincidencia son más específicos, existiendo relación con delitos de drogas, pero no con delitos violentos o contra la propiedad (Grunwald, Lockwood, Harris y Mennis, 2010). Sin embargo, investigaciones recientes han sugerido que la pobreza no es per se un factor de riesgo suficiente en la explicación de la delincuencia juvenil, sino que ésta podría estar determinada fundamentalmente por la presencia de otros factores relacionados con ambientes empobrecidos (Freedman y Woods, 2013). En este sentido, se ha planteado que la relación observada entre la desventaja social y la delincuencia juvenil puede ser explicada por la falta de recursos, la desorganización social, la presencia de modelos antisociales de conducta en el vecindario, la percepción de deprivación o la facilidad de acceso a las drogas (Mason et al., 2010; Pardini et al., 2012).

### **Codificación**

En el VRAI se evalúa la presencia de marginalidad en el entorno a través de información proporcionada por los técnicos de los centros.

### **Técnicos**

Los técnicos proporcionan información acerca del entorno del menor a través de un ítem que evalúa la presencia de cuatro indicadores de marginalidad en el vecindario: pobreza, violencia, acceso a drogas y delincuencia (“Valore el nivel en el que están presentes en el vecindario o entorno en el que vive el menor las siguientes características”). Los técnicos han de señalar el grado de presencia a través de tres alternativas de respuesta (*poco - algo - mucho*) que se codifican de 1 a 3.

### **Factores de riesgo individuales**

- **115. Actitudes antisociales**

Las actitudes antisociales hacen referencia a todas aquellas actitudes o creencias que están a favor de la agresión o delincuencia como medio de actuación y solución de problemas. La presencia de actitudes favorables a la violencia ha sido considerada como un importante factor de riesgo de conductas infractoras en los adolescentes (Andrews y Bonta, 2010b; Assink et al., 2015; Farrington, Ttofi et al., 2009). Numerosos trabajos han encontrado relaciones significativas entre la presencia de actitudes favorables a la agresión y la implicación en conductas violentas y delictivas en la adolescencia (Engels, Luijpers, Landsheer y Meeus, 2004; Farrington et al., 2012; Hurd, Zimmerman y Reischl, 2011). El meta-análisis llevado a cabo por Derzon (2001) confirmó estos resultados mostrando una asociación significativa entre las actitudes antisociales y el crimen violento contra otras personas. Asimismo, se ha planteado que la presencia de actitudes justificadoras de la violencia se relaciona con un aumento en el riesgo de reincidencia (MacKenzie, Bierie y Mitchell, 2007; Mills, Kroner y Hemmati, 2004).

Algunos trabajos han analizado concretamente el papel de las actitudes antisociales en los delitos sexuales, encontrando un índice mayor de actitudes tolerantes hacia la violencia sexual en los delincuentes reincidentes frente a los no reincidentes (Hanson y Morton-Bourgon,

2005). Al respecto, una revisión reciente ha sugerido que la presencia de actitudes hacia delitos concretos tiene efectos específicos sobre la implicación en tales delitos (Thomas, 2018). Otros estudios han encontrado incluso que las actitudes favorables a la violencia influyen sobre la relación entre la agresividad presente en los contextos familiar y de iguales y la manifestación de conductas delictivas violentas (Brendgen, Vitaro, Tremblay y Wanner, 2002; Vitaro, Brendgen y Tremblay, 2000). Así, se ha encontrado que estar expuesto a diferentes contextos violentos, tanto en la escuela, como en la familia y en la comunidad, se relaciona con las conductas agresivas de los menores a través de la mediación de la justificación de la violencia (Orue y Calvete, 2012). Por el contrario, se ha encontrado que tener actitudes negativas hacia la delincuencia puede actuar como factor de protección de la conducta violenta (Pardini et al., 2012).

### **Codificación**

En el VRAI se evalúa la presencia de actitudes favorables a la agresión a través de información proporcionada por los propios menores mediante autoinforme.

### **Jóvenes**

Los adolescentes informan de la presencia de actitudes favorables a la agresión a través de la *Escala de Actitudes Hacia la Violencia* (Funk, Elliott, Urman, Flores y Mock, 1999). Los jóvenes deben valorar cuestiones relacionadas con la cultura de violencia (7 ítems; e.g., “Me parece adecuado utilizar la violencia para conseguir lo que se quiere”) y la reacción a la violencia (7 ítems; e.g., “Si alguien me golpea tengo derecho a devolverle el golpe”) utilizando cuatro alternativas de respuesta (*nada - algo - bastante - mucho*). Estas alternativas se codifican de 0 a 3, respectivamente. Dos de los ítems se codifican de forma inversa (i.e., “Intento evitar lugares en los que es probable que haya violencia” y “Si alguien intenta pegarme lo mejor es marcharse”).

- *116. Problemas de consumo de sustancias*

El consumo abusivo de sustancias, especialmente de sustancias ilegales, se ha presentado en la literatura como un potente factor de riesgo del desarrollo de conductas violentas y delictivas (Brook et al., 2011; Welte, Barnes, Hoffman, Wiczorek y Zhang, 2005; White, 2015). La evidencia muestra al respecto que gran parte de los delincuentes violentos son consumidores de sustancias (Boles y Miotto, 2003; Torok, Darke, Shand y Kaye, 2014; Wikström y Butterworth, 2006) y que los adolescentes delincuentes que son consumidores reinciden en mayor medida que los no consumidores (Stoolmiller y Blechman, 2005; van der Put, Creemers y Hoeve, 2014). El consumo de sustancias puede estar relacionado con la conducta violenta de diferentes formas, desde la violencia perpetrada bajo los efectos psicofarmacológicos de la sustancia, hasta los patrones de interacción agresivos dentro del propio sistema de distribución de drogas, o la violencia generada con el fin de conseguir dinero para mantener la adicción (Boles y Miotto, 2003).

No obstante, la evidencia de la asociación entre consumo de sustancias y violencia está plagada de inconsistencias. Mientras algunos estudios encuentran relaciones significativas entre el consumo de sustancias y la implicación en conductas delictivas (Bennet, Holloway y Farrington, 2008), otros no han encontrado relación entre ambos factores (Derzon, 2001). Esta heterogeneidad en los resultados encontrados se explica en parte por la sustancia analizada. La sustancia que más frecuentemente se ha estudiado en relación con la conducta violenta ha sido el alcohol. Su consumo abusivo y crónico se ha asociado con la implicación en actividades delictivas graves y violentas (Mason et al., 2010; White, Jackson y Loeber, 2009). Asimismo, el consumo de psicoestimulantes (e.g., cocaína, crack, anfetamina, metanfetamina) se ha asociado de forma positiva con el aumento en conductas violentas y delictivas, especialmente el consumo de crack (Bennet et al., 2008; Macdonald, Erickson, Wells, Hathaway y Pakula, 2008). Con respecto al consumo de opiáceos, éxtasis y cannabis, la evidencia no ha encontrado de forma consistente una asociación entre el consumo habitual y la manifestación

de conductas violentas o delictivas, limitándose ésta mayormente al síndrome de abstinencia de opiáceos (Boles y Miotto, 2003; Hoaken y Stewart, 2003).

### **Codificación**

En el VRAI se evalúa la presencia de problemas relacionados con el consumo de sustancias a través de información proporcionada por los técnicos de los centros y por los propios menores mediante autoinforme.

#### ***Técnicos***

Para la evaluación de problemas relacionados con el uso o abuso de sustancias, los técnicos han de responder a cuestiones referidas a la frecuencia en las pautas de consumo de diversas sustancias, legales e ilegales (i.e., tabaco, alcohol, cannabis, inhalantes, cocaína, anfetaminas/speed, drogas de síntesis/MDMA, heroína, otras drogas), a través de cuatro alternativas de respuesta (*no uso - consumo ocasional - consumo habitual - abuso que interfiere en su vida*). Estas alternativas se codifican de 0 a 3, respectivamente. Además, los técnicos informan de la presencia de problemas de conducta relacionados con el consumo respondiendo a dos ítems de forma dicotómica (*no - sí*): “¿Existe informe diagnóstico de problemas de abuso o adicción a drogas?” y “¿Existen infracciones relacionadas con el consumo de drogas?”.

#### ***Jóvenes***

Los adolescentes han de responder a cuestiones relativas a la frecuencia de consumo que realizan de diversas sustancias, legales e ilegales (i.e., tabaco, alcohol, cannabis, inhalantes, cocaína, anfetaminas/speed, drogas de síntesis/MDMA, heroína, otras drogas), a través de seis alternativas de respuesta (*nunca - lo probé - alguna vez al año - alguna vez al mes - alguna vez a la semana - casi todos los días*). Estas alternativas de respuesta se codifican de 0 a 5, respectivamente. Además, los jóvenes informan de la presencia de conductas problemáticas relacionadas con el consumo inapropiado o abusivo de

sustancias a través de la escala de problemas con las drogas integrada en la versión reducida del CCA (dos Santos et al., 2019; Luengo et al., 1999). Esta escala está formada por 6 ítems en los que se pregunta por la frecuencia de realización de una serie de conductas en los últimos 12 meses [e.g., “Tener problemas legales por conseguir drogas”, “Tener problemas por el uso de drogas (en casa, en la escuela, con los amigos/as)”] Estos ítems presentan cuatro alternativas de respuesta (*nunca - 1 o 2 veces - algunas veces - bastantes veces*) que se codifican de 0 a 3, respectivamente.

- *I17. Ira /Hostilidad y Agresión reactiva-proactiva*

Según el modelo *Ira-Hostilidad-Agresión* planteado por Spielberger, Jacobs, Russell y Crane (1983), la ira es una emoción básica identificada en una etapa primaria del desarrollo de la hostilidad y la agresión (del Barrio, Aluja y Spielberger, 2004). La ira es un estado interno que regula la interacción del individuo con el entorno. Sin embargo, se ha establecido una diferenciación entre los conceptos *Ira-Estado*, considerada como una respuesta reactiva y transitoria ante una situación actual, e *Ira-Rasgo*, que hace referencia a una disposición individual que desencadena emociones intensas de manera frecuente (del Barrio et al., 2004; Spielberger, 1988). Algunos estudios han mostrado efectos significativos de la ira como rasgo sobre la agresión y los impulsos agresivos (e.g., Veenstra, Schneider y Koole, 2017). Además, los niveles elevados de ira se han asociado con multitud de consecuencias negativas en adolescentes (e.g., Kerr y Schneider, 2008). A pesar de que los estudios que evalúan las relaciones causales entre la ira y determinadas conductas como la agresión son escasos, algunos trabajos han documentado asociaciones significativas entre ambos (Kerr y Schneider, 2008; Yeager, Miu, Powers y Dweck, 2013).

La ira parece definir, a su vez, un patrón conductual agresivo específico. La distinción entre las diferentes tipologías agresivas ha sido establecida en base a la consideración de determinadas reacciones emocionales y/o actos instrumentales (e.g., Dodge y Coie, 1987). De este modo, se ha considerado una diferenciación entre la agresión

reactiva, caracterizada por arrebatos de ira y ausencia de control ante un estresor externo o provocación, y la agresión proactiva, definida por una orientación hacia la consecución de objetivos y conductas principalmente instrumentales que no requieren ni provocación ni sentimientos de ira (e.g., Barker, Tremblay, Nagin, Vitaro y Lacourse, 2006).

A pesar de que la agresión reactiva y proactiva están estrechamente relacionadas, diversos estudios han mostrado evidencias en relación a la validez de constructo que sugieren una independencia entre ambas (e.g., Dodge y Coie, 1987; Rieffe et al., 2016). Asimismo, diversas características individuales y de personalidad predicen patrones conductuales reactivos o proactivos de modo diferencial. Específicamente en relación a los Cinco Grandes (i.e., Amabilidad, Responsabilidad, Extraversión, Neuroticismo y Apertura a la experiencia), se ha observado que el predictor más robusto de la agresión reactiva es el relativo a la faceta de Amabilidad en sentido negativo (e.g., Dinić y Wertag, 2018). Esta faceta captura los indicadores de ira e impaciencia y que representa el polo opuesto de la hostilidad (Ashton, Lee y de Vries, 2014). Por tanto, los individuos con altas puntuaciones en hostilidad parecen tener una mayor tendencia hacia conductas agresivas de tipo reactivo, mientras que la agresión proactiva parece estar determinada por la presencia de otros factores.

### **Codificación**

En el VRAI se evalúa la presencia de problemas en el manejo del enfado a través de información proporcionada por los propios menores mediante autoinforme.

### ***Jóvenes***

Para evaluar la presencia de problemas en el manejo de la ira y de atribuciones hostiles, los adolescentes responden a una escala basada en la escala de hostilidad del SCL-90-R (Derogatis, 2002) compuesta por 6 ítems (e.g., “Me irrito o enfado con facilidad”, “Grito o tiro cosas a menudo”). Los adolescentes valoran su capacidad para controlar la ira y manejar el enfado a través de cuatro alternativas

de respuesta (*nada - algo - bastante - mucho*) que se codifican de 0 a 3, respectivamente. Adicionalmente, los jóvenes deben responder a una escala basada en el Cuestionario de agresión reactiva-proactiva de Raine et al. (2006), validado en población adolescente española (Andreu, Peña y Ramírez, 2009). Los adolescentes señalan en qué medida se ven involucrados en conductas agresivas de forma proactiva (12 ítems; e.g., “He destrozado algo para divertirme”, “He usado la fuerza física para conseguir que otros hagan lo que yo quiera”) o reactiva (11 ítems; e.g., “He reaccionado furiosamente cuando otros me han provocado”, “He llegado a pegar a alguien al verme ridiculizado”). Estos ítems presentan cuatro alternativas de respuesta (*nada - algo - bastante - mucho*) que se codifican de 0 a 3, respectivamente.

- ***I18. Asunción de riesgos/impulsividad***

La impulsividad constituye una dimensión de personalidad central en las teorías etiológicas de la criminalidad y la delincuencia (e.g., Gottfredson y Hirschi, 1990; Hare, 1991; Moffitt, 1993). La impulsividad se caracteriza por un déficit en el autocontrol conductual personal, así como por una incapacidad en la demora, inhibición y falta de consideración de las consecuencias futuras (e.g., Ivanov et al., 2011; Lynam, 2011). La investigación al respecto muestra que las dimensiones de personalidad caracterizadas por un déficit en el control de impulsos y la desinhibición conductual influyen significativamente sobre el desarrollo de los problemas de conducta, delincuencia y conducta antisocial adolescente (e.g., Jolliffe y Farrington, 2009; Lynam, 2011; Romero, Luengo y Sobral, 2001; Sobral, Romero y Marzoa, 2000). Estos resultados han sido confirmados en diversos meta-análisis (Jones, Miller y Lynam, 2011; Miller y Lynam, 2001; Pratt y Cullen, 2000). Asimismo, se ha observado una influencia significativa de la impulsividad y la falta de autocontrol sobre el consumo de sustancias y otras conductas de riesgo (Lejuez et al., 2010; Littlefield, Stevens y Sher, 2014).

Un porcentaje cada vez mayor de investigaciones sugiere que la impulsividad no constituye una dimensión unitaria de personalidad, sino que se trata de un constructo de naturaleza multidimensional

(e.g., Cloninger, Przybeck y Svrakic, 1991). Whiteside y Lynam (2001) identificaron cuatro facetas de personalidad asociadas a conductas de tipo impulsivo: Urgencia, (ausencia de) Premeditación, (ausencia de) Perseverancia y Búsqueda de Sensaciones. La urgencia, posteriormente denominada urgencia negativa, hace referencia a la tendencia a experimentar impulsos intensos, generalmente bajo condiciones de afecto negativo. La Premeditación se refiere a la tendencia a pensar o reflexionar sobre las consecuencias de un acto antes de llevar a cabo la acción. La Perseverancia refleja la habilidad de un individuo para permanecer centrado en una tarea que implica dificultad o aburrimiento. Por último, la conceptualización de la Búsqueda de Sensaciones incorpora dos aspectos: por un lado, una tendencia a perseguir y disfrutar de actividades excitantes y, por otro, una apertura a nuevas experiencias que pueden o no ser peligrosas (Whiteside y Lynam, 2001). Posteriormente se incluyó una nueva dimensión denominada Urgencia Positiva que hace referencia a la tendencia a actuar de forma precipitada en estados de afecto positivos (Cyders y Smith, 2007).

Los estudios llevados a cabo con muestras de adolescentes o preadolescentes muestran efectos diferenciales de las distintas facetas de impulsividad sobre la aparición de conductas antisociales o delictivas (e.g., Maneiro, Gómez-Fraguela, Cutrín y Romero, 2017; Pihet, Combremont, Suter y Stephan, 2012; Urban, Suter, Pihet, Straccia y Stephan, 2015). Igualmente, se han observado relaciones significativas de las diferentes facetas sobre el consumo de alcohol y otras drogas (e.g., Coskunpinar, Dir y Cyders, 2013; Fischer, Settles, Collins, Gunn y Smith, 2012), así como sobre la cantidad de alcohol consumida (Robinson, Ladd y Anderson, 2014) y los problemas derivados del consumo de sustancias (Settles et al., 2012).

### **Codificación**

En el VRAI se evalúa el grado de asunción de riesgos y la impulsividad a través de información proporcionada por los técnicos de los centros y por los propios menores mediante autoinforme.

### ***Técnicos***

Los técnicos deben responder a la cuestión “El/la adolescente ¿ha realizado alguna vez locuras o cosas peligrosas para divertirse?” para evaluar la presencia de asunción de riesgos e impulsividad en la personalidad del menor de forma dicotómica (*no - sí*).

### ***Jóvenes***

Los adolescentes informan de la presencia de rasgos de personalidad impulsivos respondiendo a las cinco subescalas integradas en la versión abreviada del UPPS-P (Cándido, Orduña, Perales, Verdejo-García y Billieux, 2012), validado previamente en relación a la conducta antisocial adolescente en contexto español (Maneiro et al., 2017). Los adolescentes deben valorar la presencia de rasgos de urgencia negativa (4 ítems; e.g., “Cuando me siento rechazado, digo cosas de las que luego me arrepiento”), urgencia positiva (4 ítems; e.g., “Cuando estoy muy feliz, veo bien dejarme llevar por mis deseos o darme algún capricho de más”), premeditación (4 ítems; e.g., “Antes de implicarme en un nuevo proyecto me gusta informarme sobre qué puedo esperar de él”), perseverancia (4 ítems; e.g., “Soy una persona que siempre deja el trabajo hecho”) y búsqueda de sensaciones (4 ítems; e.g., “Me gustan las experiencias y sensaciones nuevas y excitantes”). Estas escalas presentan cuatro alternativas de respuesta (*nada - algo - bastante - mucho*) que se codifican de 0 a 3, respectivamente. Las escalas de premeditación y perseverancia se codifican de forma inversa.

- ***119. Falta de empatía***

La empatía es definida como la habilidad para entender y compartir el estado emocional de los otros (Cohen y Strayer, 1996). Esta conceptualización pone de manifiesto la naturaleza multidimensional del constructo, reflejando un componente cognitivo y un componente emocional (e.g., Marshall y Marshall, 2011; van Lagen, Wisink, van Vugt, van der Stouwe y Stams, 2014). La empatía cognitiva es considerada como la habilidad para comprender los sentimientos y emociones de otras personas, mientras que la empatía afectiva es

la capacidad para compartir ese estado emocional y experimentar sentimientos similares a los de la otra persona (e.g., Van Lagen et al., 2014). Los hallazgos al respecto han evidenciado una fuerte asociación entre la empatía cognitiva y la delincuencia, mientras que la empatía afectiva se ha asociado débilmente con las conductas delictivas (e.g., Ferriz, Sobral y Gómez-Fraguela, 2018; Jolliffe y Farrington, 2004; van Langen et al., 2014). En general los individuos caracterizados por bajos niveles de empatía presentan un riesgo mayor de desarrollo de conductas de tipo externalizante, como agresión y delincuencia (Marshall y Marshall, 2011; Mulder et al., 2010).

La empatía constituye, a su vez uno de los componentes fundamentales de la dureza emocional es considerada como el constructo principal de la faceta afectiva de la psicopatía (Frick y White, 2008), que se caracteriza por un afecto superficial y falta de empatía (Hare y Neumann, 2008), así como por insensibilidad emocional, ausencia de sentimientos de culpa y falta de preocupación hacia los demás (Muñoz y Frick, 2012). De este modo, aunque los conceptos relativos a la empatía y la dureza emocional están estrechamente vinculados, pueden también considerarse en términos opuestos (Zych, Ttofi y Farrington, 2016). Es decir, los índices elevados de dureza emocional predicen conducta antisocial y delincuencia mientras que son los niveles bajos de empatía los que se relacionan más fuertemente con estas conductas (e.g., López-Romero, Romero et al., 2015). La dureza emocional se ha considerado, a su vez, como uno de los predictores más robustos de los patrones antisociales de mayor severidad y persistencia (e.g., Frick, Ray, Thornton y Kahn, 2014; López-Romero, Gómez-Fraguela y Romero, 2015), dando lugar a la inclusión de un especificador para los trastornos de conducta -“con emociones pro-sociales limitadas”- en la última versión del DSM (*DSM-5*; American Psychiatric Association, 2013) (Salekin, 2015).

### **Codificación**

En el VRAI se evalúa el nivel de empatía a través de información proporcionada por los técnicos de los centros y por los propios menores mediante autoinforme.

### ***Técnicos***

Para la evaluación del nivel de empatía del menor, los técnicos aportan información a través de 2 ítems: “¿Asume la responsabilidad de sus actos?” y “¿Siente remordimiento o se arrepiente de su mal comportamiento?”. Los técnicos valoran el grado en que el adolescente presenta esos comportamientos utilizando tres alternativas de respuesta (*nada - poco - mucho*) que se codifican de 0 a 2.

### ***Jóvenes***

Los adolescentes informan de su nivel de empatía a través de la versión breve de la *Basic Empathy Scale* (Joliffe y Farrington, 2006), adaptada previamente a contexto español (Oliva et al., 2011). Los jóvenes informan a través un total de 9 ítems de la presencia de rasgos de empatía afectiva (4 ítems; e.g., “Los sentimientos de los demás me afectan con facilidad”, “Me pongo triste cuando veo a gente llorando”) y de empatía cognitiva (5 ítems; e.g., “Cuando alguien está deprimido suelo comprender cómo se siente”, “Puedo notar cuándo están contentos los demás”). Los ítems presentan cuatro alternativas de respuesta (*nada - algo - bastante - mucho*) que se codifican de 0 a 3, respectivamente. Los valores bajos en esta variable son indicativos de presencia de riesgo.

- ***I20. Narcisismo***

Entre las predisposiciones individuales que mayor interés ha generado en relación con la empatía y la dureza emocional se encuentra el narcisismo (Hepper, Hart, Meek, Cisek y Sedikides, 2014; Herrington, Barry y Lofflin, 2014). El narcisismo constituye uno de los determinantes principales de la faceta interpersonal del constructo de psicopatía (Hare y Neumann, 2008), la cual se ha relacionado fuertemente con la conducta antisocial y el consumo de sustancias en adolescentes (e.g., Bergstrom y Farrington, 2018; Colins, Noom y Vanderplassen, 2012; Muñoz, Kimonis, Frick y Aucoin, 2013). Además, tal como han planteado Paulhus y Williams (2002), el narcisismo es uno de los tres componentes principales que definen la denominada tríada oscura de la personalidad, la cual define un

patrón de personalidad socialmente aversivo que se asocia fuertemente con la conducta antisocial (e.g., Maneiro, López-Romero, Gómez-Fraguela, Cutrín y Romero, 2019), criminalidad y delincuencia (e.g., Flexon, Meldrum, Young y Lehman, 2016), agresión (e.g., Vize, Lynam, Collison y Miller, 2018) y consumo de sustancias (e.g., Flexon et al., 2016).

El propio constructo de narcisismo de forma independiente se ha asociado, a su vez, con un amplio rango de consecuencias psicosociales negativas en la adolescencia. Así, los individuos caracterizados por rasgos narcisistas de personalidad han evidenciado índices más elevados de delincuencia (e.g., Barry, Grafeman, Adler y Pickard, 2007; Barry y Wallace, 2010) y agresión proactiva y reactiva (e.g., Barry, Pickard y Ansel, 2009; Thomaes, Bushman, Stegge y Olthof, 2008). Sin embargo, en los últimos años se ha incrementado el interés por el estudio de las diferentes dimensiones de la personalidad narcisista, así como la relación de cada una de ellas con la conducta antisocial y la delincuencia.

De este modo, se establece una diferencia entre el narcisismo grandioso y el narcisismo vulnerable. El narcisismo grandioso hace referencia a los individuos caracterizados por falta de modestia, egocentrismo, autopercepción inflada de valía personal y arrogancia. Por su parte, el narcisismo vulnerable describe a individuos inmersos en sí mismos, desconfiados, ansiosos y frágiles a nivel psicológico (Miller, Lynam, Hyatt y Campbell, 2017). La investigación al respecto evidencia efectos tanto del narcisismo grandioso como del narcisismo vulnerable sobre la agresión reactiva y proactiva (e.g., Lobbestael, Baumeister, Fiebig y Eckel, 2014), aunque sugiere que el narcisismo grandioso puede influir en mayor medida sobre determinadas tipologías agresivas, como agresión conductual global y agresión proactiva (Lobbestael et al., 2014).

### **Codificación**

En el VRAI se evalúa el narcisismo a través de información proporcionada por los propios menores mediante autoinforme.

## *Jóvenes*

Los adolescentes informan de la presencia de rasgos de personalidad narcisistas a través de la versión española abreviada del *Youth Psychopathic traits Inventory* (YPI; Orue y Andershed, 2015). Los jóvenes valoran en qué medida presentan sentimientos de grandiosidad y capacidad para manipular a los demás mediante 6 ítems (e.g., “Puedo engañar a los demás utilizando mi sonrisa y mi encanto personal”, “Estoy destinado a convertirme en una persona conocida, importante e influyente”) utilizando cuatro alternativas de respuesta (*nada - algo - bastante - mucho*). Estas alternativas se codifican de 0 a 3, respectivamente.

- *I21. Problemas de concentración/hiperactividad*

Los problemas de concentración e hiperactividad implican un déficit en el control y mantenimiento de la atención, inquietud motora y conductas impulsivas, interfiriendo habitualmente en las actividades del joven. El DSM-5 (APA, 2013) reconoce dos dominios específicos de Trastorno por Déficit de Atención e Hiperactividad (TDAH) en función de la presencia de diferentes síntomas: por un lado la desatención y, por otro, la hiperactividad-impulsividad. Los hallazgos evidencian índices mayores de delincuencia, incluyendo mayor variedad de conductas delictivas, edades de inicio más tempranas y severidad de la delincuencia, así como una mayor prevalencia de abuso de sustancias, en jóvenes que habían sido diagnosticados de TDAH en la infancia (Lee, Humphreys, Flory, Liu y Glass, 2011; Sibley et al., 2011). Se ha observado que el grupo caracterizado por déficit de atención con hiperactividad se relaciona fuertemente con el riesgo de consumo de sustancias y presenta un índice mayor de conducta antisocial y encarcelamientos en la edad adulta (Bihlar, Jokinen, Bölte y Hirvikoski, 2013; Tam, Adinof, Nakonezny, Winhusen y Riggs, 2012).

Asimismo, se ha encontrado que los delincuentes con TDAH reinciden más rápido y muestran índices más elevados de reincidencia en comparación con los delincuentes que no presentan este trastorno

(Philipp-Wiegmann et al., 2018). Becker y McCloskey (2002) analizaron los problemas de atención de forma aislada encontrando que únicamente los varones con problemas de este tipo tienen una mayor probabilidad de mostrar problemas de conducta y posteriormente delincuencia en la adolescencia. Por su parte, Hawkins et al. (2000) estudiaron la hiperactividad de forma independiente y encontraron relaciones significativas con la conducta antisocial. No obstante, el TDAH presenta una alta comorbilidad con otros trastornos del desarrollo, la personalidad o el comportamiento. Al respecto, los estudios han mostrado que los jóvenes que presentan simultáneamente TDAH y trastorno de conducta muestran niveles más elevados de conducta delictiva y peores consecuencias derivadas de los actos delictivos (Mordre, Groholt, Kjelsberg, Sandstad y Myhre, 2011; Sibley et al., 2011).

### **Codificación**

En el VRAI se evalúa la presencia de problemas de concentración e hiperactividad a través de información proporcionada por los técnicos de los centros y por los propios menores mediante autoinforme.

#### ***Técnicos***

Los técnicos aportan información acerca de la presencia de problemas de conducta derivados de falta de concentración o hiperactividad a través del siguiente ítem: “Actualmente, ¿se han detectado en el/la joven problemas de atención, concentración o inquietud reseñables que le dificulten desempeñar adecuadamente sus obligaciones dentro del centro?”. Los técnicos señalan la presencia de este tipo de problemas utilizando tres alternativas de respuesta (*no me consta - no - sí*).

#### ***Jóvenes***

Los adolescentes informan de la presencia de problemas de concentración e hiperactividad (e.g., “No puedo permanecer quieto mucho tiempo”, “Me distraigo con facilidad, me cuesta concentrarme”) a través de la escala de hiperactividad de la versión española del SDQ (Ortuño-Sierra et al., 2015). Esta escala de 5 ítems presenta cuatro

alternativas de respuesta (*nada - algo - bastante - mucho*) que se codifican de 0 a 3, respectivamente. Dos de los ítems se codifican de forma inversa (i.e., “Tengo buena concentración” y “Pienso las cosas antes de hacerlas”).

- *I22. Baja colaboración con la intervención*

Por colaboración con la intervención se entiende la motivación por participar, el reconocimiento de los riesgos, las expectativas de cambio o la adherencia al programa de tratamiento (Borum et al., 2006). Como se ha planteado en el factor *Fracaso en intervenciones previas*, la manifestación de conductas antisociales durante la intervención o tratamiento asignado a los jóvenes delincuentes se ha presentado como un potente predictor de la reincidencia grave y violenta (Mulder et al., 2010). Se ha encontrado específicamente con muestras de delincuentes sexuales que los reincidentes presentan más problemas conductuales y más dificultades de colaboración durante la supervisión, siendo las actitudes y el comportamiento de los delincuentes durante el periodo de seguimiento los factores más fuertemente relacionados con la reincidencia (Hanson y Harris, 2000). Asimismo, estudios previos han demostrado que la falta de cumplimiento de las normas y las tareas establecidas en la intervención, así como de los objetivos establecidos en la misma, se presentan con mayor frecuencia en los jóvenes que reinciden frente a los que no reinciden (Contreras, Molina y Cano, 2017).

Por otra parte, se ha considerado que mantener una actitud positiva hacia la autoridad y hacia las intervenciones es un factor de protección ante el desarrollo y mantenimiento de los problemas de conducta y la reincidencia en conductas delictivas. Además, se ha encontrado que aquellos jóvenes que nunca han delinquido presentan actitudes hacia padres, profesores y policías más positivas que aquellos jóvenes delincuentes (Levy, 2001). Por tanto, la presencia de actitudes positivas hacia las intervenciones y hacia las figuras de autoridad se asocia con una menor manifestación de problemas de conducta en los jóvenes.

## **Codificación**

En el VRAI se evalúa la falta de colaboración durante las intervenciones a través de información proporcionada por los técnicos de los centros. Los valores bajos en esta variable son indicativos de presencia de riesgo. Específicamente en este factor, la presencia de puntuaciones extremadamente altas es un indicativo de que el grado de implicación en la intervención se puede considerar un factor de protección.

### ***Técnicos***

Los técnicos han de evaluar el grado de colaboración en el tratamiento o la intervención mediante 9 ítems, específicamente desarrollados para el Protocolo VRAI. Los técnicos deben valorar esta escala de forma dicotómica (*no - sí*) para informar acerca de la presencia o ausencia de conductas y actitudes en los menores favorables a la colaboración y al cambio (e.g., “Muestra desgana y poco interés por cumplir con la intervención”, “Se muestra desafiante y/o poco colaborador con las personas proveedoras de la intervención”). Dos de los ítems se codifican de forma inversa (i.e., “Muestra interés y voluntad por cambiar su conducta” y “Muestra signos de querer hacer frente a los problemas de su vida”).

- ***I23. Bajo interés o compromiso escolar/laboral***

Independientemente del nivel de rendimiento que alcance el adolescente en el ámbito escolar o laboral, un aspecto fuertemente relacionado con el desarrollo de problemas de conducta es la vinculación y el compromiso con la institución escolar y/o laboral. Este factor se refiere al grado de absentismo escolar, así como la falta de interés y motivación por los estudios o el trabajo. Se ha planteado que la falta de interés del joven en el proceso educativo y la falta de apego hacia el profesor están relacionados con la manifestación de conductas desviadas (Erickson, Crosnoe y Dornbusch, 2000; Herrenkhol et al., 2012; Hughes, Crothers y Jimerson, 2008). Así, los jóvenes que no establecen una vinculación fuerte y estable con la escuela presentan mayor probabilidad de abandono escolar, de desarrollar

problemas de conducta y de involucrarse en actividades delictivas (Henry, Knight y Thornberry, 2012; Payne y Welch, 2015).

Del mismo modo, los niños que presentan una menor participación activa en clase y una menor implicación en las tareas académicas manifiestan mayores niveles de conductas antisociales (Lösel y Farrington, 2012; Morrison, Robertson, Laurie y Kelly, 2002). Estudios recientes han encontrado que los bajos niveles de compromiso escolar constituyen un factor de riesgo de la pertenencia a una banda criminal (Ang, Huan, Chan, Cheong y Leaw, 2015). En cuanto a la vinculación con el contexto laboral, la evidencia ha mostrado que la falta de vinculación positiva con el trabajo y los compañeros se relaciona con una mayor implicación en conductas desviadas (Shantz, Alfes, Truss y Soane, 2013).

Por otro lado, la presencia de una adecuada y positiva vinculación con el contexto escolar se ha presentado como un factor protector frente a la vinculación en conductas antisociales y delictivas (Fontaine, Brendgen, Vitaro y Tremblay, 2016). Además, la vinculación positiva con el mundo laboral y la asunción de roles adultos se han presentado como dos factores clave en la desistencia delictiva de aquellos jóvenes que presentan una trayectoria antisocial limitada a la adolescencia (Moffitt, 1993, 2018). De esta forma, la implicación en un trabajo remunerado se ha asociado con niveles más bajos de delincuencia en hombres jóvenes a partir de los 24 años (Wensveen, Palmen, Blokland y Meeus, 2017).

### **Codificación**

En el VRAI se evalúa el nivel de interés y compromiso en los contextos escolar y laboral a través de información proporcionada por los técnicos de los centros y por los propios menores. Los valores bajos en esta variable son indicativos de presencia de riesgo. Específicamente en este factor, la presencia de puntuaciones extremadamente altas es un indicativo de que el grado de interés en los contextos escolar o laboral se puede considerar un factor de protección.

### **Técnicos**

Para la evaluación del grado de compromiso escolar y/o laboral de los menores, los técnicos deben valorar 4 ítems para informar de la presencia o ausencia de conductas y actitudes de interés hacia estos contextos (e.g., “¿El/la menor muestra una alta motivación por tener éxito en sus estudios/trabajo?”, “¿El/la menor parece tener interés por sacar buenas notas o hacer bien su trabajo?”) de forma dicotómica (*no - sí*). El ítem “¿El menor presenta problemas de absentismo escolar/laboral?” se codifica de forma inversa.

### **Jóvenes**

Los adolescentes informan de su interés y compromiso con la escuela y/o el trabajo a través de una escala basada en la versión adaptada del IAQ (Berry, Phinney, Sam y Vedder, 2006). Esta escala se conforma por 11 ítems con un formato de respuesta dicotómico (*verdadero - falso*) que evalúa la ausencia de interés y compromiso en el contexto escolar y/o laboral (e.g., “Me gustaría no tener que estudiar/trabajar más”, “Estudiar/trabajar no sirve para nada”), así como la presencia de compromiso en la escuela y/o el trabajo (e.g., “Me gusta ir a clase/al trabajo”, “Me encuentro a gusto con algunos compañeros de la escuela/el trabajo”). Adicionalmente, se presenta a los adolescentes el ítem: “¿Has faltado sin causa justificada a clase/trabajo en el último mes?”, a través del cual valoran la presencia y la frecuencia de su absentismo escolar y/o laboral mediante cinco alternativas de respuesta (*no - una vez - dos veces - 3 o 4 veces - 5 veces o más*). Estas alternativas se codifican de 0 a 4, respectivamente.

- **I24. Intereses de ocio no estructurado**

La socialización no estructurada con iguales se refiere al tiempo que se pasa en compañía de amigos, sin una agenda en particular y sin adultos supervisando (Osgood y Anderson, 2004). La socialización no estructurada así como la falta de intereses y de actividades de ocio socialmente productivos se consideran factores de riesgo del desarrollo de conductas desviadas y antisociales. En este sentido, se ha planteado que la ocupación del tiempo libre en actividades no

productivas (e.g., salidas nocturnas, asistencia repetida a bares) se relaciona significativamente con el desarrollo de conductas problemáticas, como el consumo de sustancias (Muñoz-Rivas y Graña, 2005).

Diversos estudios han encontrado que la falta de implicación en actividades prosociales lúdicas junto con una implicación en actividades no productivas se relaciona significativamente con la manifestación de conductas desviadas (Bonta y Andrews, 2017; Feldman y Matjasko, 2005). Se ha planteado incluso que pasar el tiempo en centros de ocio juveniles o salones recreativos se asocia con un incremento significativo de conducta antisocial, así como de vinculación con iguales antisociales (Mahoney, Stattin y Lord, 2004), y que estos efectos son significativos incluso después de controlar los efectos de variables genéticas y ambientales (Meldrum y Barnes, 2017).

Otros estudios han sugerido que la participación en actividades no estructuradas de ocio aumenta la probabilidad de vincularse con iguales antisociales, mientras que, a la inversa, la participación en actividades extraescolares regladas se relaciona con la vinculación a un grupo de iguales escolarmente aplicados (Fredricks y Eccles, 2008; Loeber et al., 2012; Mahoney y Stattin, 2000). Por otra parte, invertir tiempo libre en realizar actividades de ocio productivo se relaciona con una menor tendencia a consumir drogas (Wooditch, Tang y Taxman, 2014), así como la participación en actividades escolares extracurriculares se asocia a menores niveles de abandono escolar y de detenciones en chicos y chicas de alto riesgo (Mahoney, 2000). En la misma línea, se ha encontrado que la participación en deportes reglados y en actividades físicas se encuentra inversamente asociada con el consumo de sustancias (Duncan, Duncan, Strycker y Chaumeton, 2002).

### **Codificación**

En el VRAI se evalúan los intereses de ocio de los adolescentes a través de información proporcionada por los técnicos de los centros.

### ***Técnicos***

Para la evaluación de los intereses en ocio y diversión de los menores se incorporan 2 ítems a través de los cuales los técnicos valoran la participación y la implicación del joven en actividades socialmente productivas de forma dicotómica (*no - sí*): “¿Participa el menor en actividades de ocio (deportivas, culturales, lúdicas, etc.) organizadas en la comunidad (fuera del centro)?” y “¿Hace cosas positivas y constructivas en su tiempo libre?”.

## Factores de protección

- *P25. Comportamiento prosocial*

El comportamiento prosocial implica todas aquellas conductas o acciones que se dirigen a beneficiar a otras personas. La implicación en conductas prosociales se ha propuesto como un factor de protección ante el desarrollo de conductas problemáticas y la implicación en actividades delictivas. Así, la evidencia ha demostrado que aquellos jóvenes que manifiestan con frecuencia conductas prosociales muestran menores niveles de conducta violenta y delictiva (Carlo et al., 2014) y de consumo de sustancias (Carlo, Crockett, Wilkinson y Beal, 2011). Asimismo, la implicación en actividades prosociales (e.g., ayudar a los demás, colaborar en voluntariado, participar en comunidades religiosas) se ha relacionado con menos problemas de conducta y mejor rendimiento académico en la adolescencia (Eccles y Barber, 1999).

Los jóvenes que presentan valores y creencias prosociales manifiestan mayores niveles de comportamiento prosocial, ya sea público o anónimo, en situaciones emocionales o en situaciones de emergencia (Hardy, Carlo y Roesch, 2010). No obstante, ciertos estudios han indicado que el efecto protector de la conducta prosocial sobre la delincuencia depende del tipo de conducta (Carlo et al., 2014). En este estudio se ha encontrado que, de entre todas las conductas prosociales evaluadas, únicamente la conducta prosocial obediente (i.e., ayudar a otros cuando lo piden) se relaciona de forma negativa con los amigos antisociales, la conducta delictiva y la agresión. Por otra parte la conducta altruista (i.e., ayudar a otros cuando hay poco o ningún potencial percibido para una recompensa directa y explícita para uno mismo) solo se relaciona de forma negativa con la vinculación a un grupo de amigos antisociales. Otros estudios han llegado incluso a proponer que ciertos tipos de conducta prosocial están positivamente asociados a la violencia y la delincuencia (Boxer, Tisak y Goldstein, 2004; McGinley y Carlo, 2007). En estos casos, la conducta prosocial estaba dirigida de forma instrumental, proactiva

y pública a conseguir un objetivo o un beneficio personal y no a ayudar altruistamente a otros.

### **Codificación**

En el VRAI se evalúa el comportamiento prosocial de los adolescentes a través de información proporcionada por los propios menores mediante autoinforme.

### **Jóvenes**

Los adolescentes informan de la presencia de comportamientos prosociales durante los últimos 12 meses a través de una escala basada en la escala de prosocialidad de la versión española del SDQ (Ortuño-Sierra et al., 2015). Esta escala presenta 5 ítems (e.g., “Ayudar a alguien si está enfermo, disgustado o herido”, “Tratar bien a los niños/as más pequeños/as”) y cuatro alternativas de respuesta en las que los adolescentes especifican la frecuencia con que se han implicado en conductas prosociales (*nunca - 1 o 2 veces - algunas veces - bastantes veces*). Estas alternativas de respuesta se codifican, respectivamente, de 0 a 3.

- ***P26. Amistades prosociales***

Los vínculos que se establecen en contextos convencionales prosociales en la infancia y la adolescencia son indispensables para inhibir la aparición o compensar la presencia de conductas desviadas y favorecer la prevención de comportamientos problemáticos (Lösel y Farrington, 2012). Así, estar integrado en un grupo de iguales convencional estable, cohesionado y extenso dificulta la comisión de actividades delictivas, actuando las amistades positivas como modelo de conducta prosocial (Brown et al., 2005; Burt y Klump, 2014). En este sentido, tener amistades positivas duraderas y una red de amistades positivas cohesiva y densa, reduce la participación del sujeto en actividades delictivas (Haynie, 2002), ya que la asociación con compañeros que desapruueban las conductas antisociales disminuye la probabilidad de cometer actos violentos y delictivos (Hawkins et al., 1998).

Por otra parte, la presencia de apoyo positivo y estable en contextos sociales más amplios (e.g., la escuela, el trabajo, el vecindario) se ha asociado con una menor implicación en comportamientos antisociales y delictivos (Shantz et al., 2013; Zimmerman et al., 2002). Asimismo, se ha planteado que tener una amplia red de relaciones prosociales puede incluso atenuar la influencia que la vinculación con un grupo de iguales antisociales ejerce sobre la conducta delictiva del adolescente (Kaufmann, Wyman, Forbes-Jones y Barry, 2007). No obstante, la vinculación con un grupo de iguales prosocial no solo incide en el adolescente a nivel conductual, sino también a nivel socio-cognitivo, ya que la implicación con este tipo de amigos favorece el desarrollo de actitudes y creencias prosociales (Brown et al., 2005) y de habilidades sociales, como la asertividad o la cooperación (Criss, Shaw, Moilanen, Hitchings e Ingoldsby, 2009).

### **Codificación**

En el VRAI se evalúa la implicación prosocial de los adolescentes a través de información proporcionada por los técnicos de los centros y por los propios menores mediante autoinforme.

#### ***Técnicos***

Para evaluar la implicación prosocial, los técnicos responden a dos ítems acerca del tipo de amistades y relaciones que mantienen los menores. Respondiendo de forma dicotómica (*no - sí*) al ítem “¿Tiene amigos que no están involucrados en actividades delictivas?”, los técnicos valoran la existencia de amistades convencionales y prosociales. Además, evalúan la extensión de la red de amigos prosociales a través de siete alternativas de respuesta (*ninguno - casi ninguno - algunos - la mitad - bastantes - casi todos - todos*) que se codifican de 0 a 6, respectivamente.

#### ***Jóvenes***

Los adolescentes informan de su implicación con amigos prosociales a través de una escala 8 ítems utilizada en estudios previos (Cutrín et al., 2019c). Los adolescentes evalúan la frecuencia con la que sus

mejores amigos muestran conductas o actitudes prosociales (e.g., “Van bien en sus estudios”, “Respetan la opinión de otras personas aunque sea diferente a la suya”) mediante cuatro alternativas de respuesta (*nada - algo - bastante - mucho*). Estas alternativas se codifican de 0 a 3, respectivamente.

- *P27. Habilidades de afrontamiento*

La exposición a eventos vitales estresantes contribuye a la aparición de numerosos problemas en los adolescentes, entre los que se encuentra la conducta antisocial y la delincuencia (Eitle y Turner, 2002; Kim, Conger, Elder y Lorenz, 2003; Seiffge-Krenke, 2000). Sin embargo, se ha planteado que no son los eventos vitales estresantes, sino la percepción de los menores y la capacidad de afrontamiento ante tales circunstancias, los que predicen un mejor o peor ajuste. La capacidad de adaptación al estrés se refiere a la forma en que los individuos regulan sus emociones, piensan de modo constructivo, modulan su repertorio conductual, controlan su activación y actúan en diferentes contextos para afrontar las fuentes de estrés (Compas, Connor-Smith, Saltzman, Thomsen y Wadsworth, 2001; Seiffge-Krenke, 2013). La evidencia al respecto ha encontrado que el estrés percibido se relaciona de forma positiva con los problemas de conducta y violencia en los adolescentes (Hampel y Petermann, 2006; Shek y Tang, 2003). Por otro lado, se ha puesto de manifiesto una relación negativa entre los estilos de afrontamiento adaptativos y la conducta antisocial en la infancia y adolescencia, así como una asociación positiva entre un estilo de afrontamiento desadaptativo-avoidante y los problemas de conducta en los jóvenes (Carlo et al., 2012; Gómez-Fraguela, Luengo, Romero, Villar y Sobral, 2006).

Las características de personalidad resilientes se encuentran estrechamente relacionadas con las habilidades y estilos de afrontamiento. Así, la resiliencia implica procesos de superación y afrontamiento positivo adaptados a las dificultades del entorno que ayudan a reducir el riesgo de consecuencias negativas asociadas a las actividades y conductas de riesgo (Fergus y Zimmerman, 2005; Olsson, Bond, Burns, Vella-Brodrick y Sawyer, 2003). Se ha encontrado que los

jóvenes con altos niveles de resiliencia no suelen involucrarse en actividades antisociales o delictivas y disminuyen la probabilidad de desarrollo de conductas problemáticas en la adultez (Bartol, 2006; Glowacz y Born, 2015; Lee et al., 2013). Además, los jóvenes delincuentes institucionalizados que presentan características resilientes son menos propensos a manifestar cualquier tipo de psicopatología y son más capaces de adaptarse a la vida en la institución (Born, Chevalier y Humblet, 1997).

### **Codificación**

En el VRAI se evalúan las habilidades de afrontamiento de los adolescentes a través de información proporcionada por los técnicos de los centros y por los propios menores mediante autoinforme.

#### ***Técnicos***

Los técnicos deben responder de forma dicotómica (*no - sí*) a dos ítems acerca de la presencia de ciertas características individuales de los menores: “¿Presenta un alto sentido de auto-eficacia (ej. Que él puede hacer algo para cambiar cosas en su vida)?” y “¿Presenta una personalidad resiliente (afrontar positivamente las dificultades, saber dónde buscar ayuda profesional o apoyo)?”.

#### ***Jóvenes***

Los adolescentes informan de su capacidad para enfrentarse a las dificultades y al estrés percibido a través de las Escalas de Afrontamiento para Adolescentes (ACS; Frydenberg y Lewis, 1996), validadas previamente en contexto español en relación al consumo de sustancias adolescente (Gómez-Fraguela et al., 2006). Los adolescentes evalúan su capacidad para utilizar estrategias de afrontamiento para resolver problemas (5 ítems; e.g., “Cuando tengo un problema me concentro en resolverlo”, “Cuando me enfrento a un problema intento considerar distintos puntos de vista”), estrategias de afrontamiento positivo (4 ítems; e.g., “Me fijo en los aspectos positivos de la vida”, “Suelo estar contento de cómo me van las cosas”) y estrategias de no afrontamiento (5 ítems; e.g., “Ante los problemas me quedo

paralizado”, “Con frecuencia pienso que no tengo forma de hacer frente a mis problemas”). Estas escalas presentan cuatro alternativas de respuesta (*nada - algo - bastante - mucho*) que se codifican de 0 a 3, respectivamente.

## Otros factores relevantes

- *O28. Ideación suicida/Intentos de suicidio*

La evidencia ha propuesto que resulta relevante para la gestión del riesgo de los adolescentes infractores tener en cuenta si en su historia existen intentos de suicidio o conductas autolesivas. Dado que los intentos de suicidio y las conductas autolesivas están fuertemente vinculados en jóvenes delincuentes (Acero, Escobar-Córdoba y Castellanos, 2007; Kenny, Lennings y Munn, 2008), ambas conductas de riesgo han de tenerse especialmente en cuenta en estos jóvenes. Un estudio reciente ha indicado que aquellos adolescentes delincuentes enviados a casas de acogida incrementan por diez sus conductas de intentos de suicidio (Mallett, DeRigne, Quinn y Stoddard-Dare, 2012). Por tanto, en este tipo de contextos se debe tener especial cuidado con la gestión de estas conductas. La historia de intentos de suicidio se ha asociado específicamente con la manifestación de conductas de agresividad reactiva, no estando relacionada, sin embargo, con la agresividad proactiva (Swogger, Walsh, Maisto y Conner, 2014).

Hallazgos de estudios previos sugieren que dicha relación está modulada por las características de personalidad y la historia previa de salud mental del joven. Así, se ha encontrado que aquellos adolescentes delincuentes que presentan problemas clínicos de ansiedad o depresión, presentan mayores niveles de conductas autolesivas o suicidas (Mallett et al., 2012; Taylor, Kemper, Loney y Kistner, 2006). Asimismo, se ha encontrado que la presencia de ciertas características del estilo de vida (como la falta de preocupación o la rebeldía) se relacionan con una mayor ideación suicida e intentos de suicidio en jóvenes delincuentes institucionalizados en centros de menores (Heirigs, DeLisi, Fox, Dhingra y Vaughn, 2018). Este estudio también ha mostrado que la presencia de inmunidad ante el estrés como característica de personalidad se asocia con menores niveles de ideación suicida e intentos de suicidio. Por tanto, la presencia de ideación autolesiva o suicida, así como de conductas

autolesivas e intentos de suicidio, debe ser tenida en cuenta en este tipo de población juvenil.

### **Codificación**

En el VRAI se evalúan los intentos de autolesión o suicidio a través de información proporcionada por los técnicos de los centros y por los propios menores mediante autoinforme.

### ***Técnicos***

Los técnicos deben informar de la existencia de intentos previos de suicidio o autolesión de forma dicotómica (*no - sí*): “¿Tiene el/la joven antecedentes de autolesión o intento de suicidio?”. De existir intentos previos, los técnicos deben valorar la gravedad de dichos comportamientos a través de dos ítems, usando el mismo formato de codificación (*no - sí*): “Los antecedentes podrían definirse como autolesiones leves (que no requirieron atención médica) o gestos de suicidio para llamar la atención pero sin la intención clara de suicidarse” y “Los antecedentes podrían definirse como autolesiones graves o intentos reales de suicidio”.

### ***Jóvenes***

Los adolescentes deben responder a una escala de 7 ítems, específicamente desarrollada para el Protocolo VRAI, para valorar la presencia de ideaciones autolesivas o suicidas (e.g., “A veces me gustaría estar muerto”, “Algunas veces he pensado que no vale la pena vivir”). Los adolescentes valoran la presencia de dichos pensamientos y sentimientos en una escala de cuatro alternativas de respuesta (*nada - algo - bastante - mucho*) que se codifica de 0 a 3, respectivamente. Por otra parte, los adolescentes informan de la presencia general de problemas emocionales (e.g., “A menudo estoy preocupado/a”, “A menudo me siento triste, desanimado o con ganas de llorar”) a través de la escala de 5 ítems de la versión española del SDQ (Ortuño-Sierra et al., 2015). Esta escala presenta cuatro alternativas de respuesta (*nada - algo - bastante - mucho*) que se codifican de 0 a 3, respectivamente.

- *O29. Falta de expectativas de futuro*

La orientación de futuro se refiere a la representación cognitiva que los individuos realizan de su futuro como una aproximación multi-componente de lo que serán sus contextos vitales más relevantes. En el caso de los adolescentes estos contextos son la educación superior, la carrera laboral y la formación de una familia (Seginer, 2008). El proceso de formación de la perspectiva de futuro engloba tres componentes: el motivacional, con valores, expectativas y autocontrol para el cumplimiento de objetivos; el cognitivo, con esperanzas y miedos; y el conductual, con conductas de exploración y de compromiso con la opción de futuro. La evidencia ha planteado que, si bien los jóvenes infractores institucionalizados son capaces de articular expectativas simples con respecto a su futuro, la mayoría de ellos tienen dificultades para relacionar el aspecto cognitivo (i.e., esperanzas y miedos) con estrategias concretas para alcanzar los objetivos futuros (Clinkinbeard y Zohra, 2011). La adecuada adaptación del adolescente en la edad adulta depende, en parte, de una perspectiva global de futuro orientada hacia objetivos instrumentales de crecimiento en los contextos vitales (Clinkinbeard, 2014; Seginer, 2008).

La evidencia ha mostrado al respecto que la falta de expectativas positivas de futuro parece ser un factor de riesgo para el mantenimiento de este tipo de conductas problemáticas y, a la inversa, la existencia de una orientación positiva de futuro parece ser un factor de protección. En este sentido, Monahan et al. (2009) han encontrado que aquellos adolescentes con bajo nivel de comportamiento antisocial, así como los adolescentes que desisten de su carrera delictiva, muestran significativamente una mayor orientación de futuro, en comparación con los delincuentes persistentes. En la misma línea, Benda (2001) ha encontrado que la presencia de expectativas de éxito en el futuro distingue entre los no reincidentes y los reincidentes, mostrando una relación positiva con la desistencia en las carreras delictivas de los jóvenes. Otros estudios han relacionado la orientación positiva de futuro con una significativa disminución en la manifestación de conductas violentas (Stoddard, Zimmerman y Bauermeister, 2011), y con una disminución de la participación en

conductas delictivas, tanto violentas como no violentas (Herrenkohl, Tajima, Whitney y Huang, 2005).

### **Codificación**

En el VRAI se evalúan las expectativas de futuro de los adolescentes a través de información proporcionada por los técnicos de los centros y por los propios menores mediante autoinforme.

### **Técnicos**

Los técnicos deben responder a 4 ítems relacionados con las perspectivas de futuro de los menores (e.g., “¿Está motivado para prepararse para ganarse la vida fuera del centro?”, “¿Se esfuerza por dar los pasos necesarios para capacitarse para realizar ese trabajo?”). Los técnicos señalan si están presentes motivaciones, cogniciones y conductas relacionadas con una orientación positiva de futuro mediante un formato de respuesta dicotómico (*no - sí*).

### **Jóvenes**

Los adolescentes informan de las expectativas que poseen de futuro a través de una escala de 14 ítems basada en el factor Trabajo y educación de la escala *Future Expectations Scale for Adolescents* (McWhirter y McWhirter, 2008) y en la escala de Iovu, Hărăguș y Roth (2018). Los jóvenes deben valorar a través de cuatro alternativas de respuesta (*nada - algo - bastante - mucho*) 10 ítems referidos a expectativas realistas y positivas de futuro (e.g., “Lograré lo que quiero hacer con mi vida”, “Mi trabajo me dará la oportunidad de sentirme orgulloso de mí mismo”) y 4 ítems referidos a expectativas negativas de futuro (e.g., “Me veré involucrado en problemas o actividades delictivas”, “Probablemente tendré problemas económicos y financieros”). Las alternativas de respuesta se codifican de 0 a 3, respectivamente.

- **O30. Deseabilidad social**

Las medidas autoinformadas para evaluar los factores relacionados con la conducta antisocial y delictiva han sido ampliamente utilizadas en este campo de investigación. Los datos no oficiales proporcionados

por los propios jóvenes a través de autoinformes pueden representar con mayor precisión el comportamiento problemático real de los adolescentes en comparación con otras fuentes de información (Me-nard, Bowman-Bowen y Lu, 2016). Especialmente en aquellos casos en los que el comportamiento antisocial de los adolescentes no es grave y no se detecta por el sistema judicial u otros observadores, los autoinformes pueden ser la única forma de obtener información sobre la conducta (Burt, 2012; Krohn, Thornberry, Gibson y Baldwin, 2010). No obstante, a pesar de que la utilidad, fiabilidad y validez de las medidas autoinformadas se ha verificado empíricamente (Auty, Farrington y Coid, 2015; Emmert, Carlock, Lizotte y Krohn, 2017), los autoinformes plantean ciertos problemas derivados de los sesgos de respuesta e imagen que deben ser controlados.

Uno de los sesgos más comunes y estudiados en el campo de la investigación del comportamiento es el relacionado con la deseabilidad social (Podsakoff, MacKenzie, Lee y Podsakoff, 2003). Esto es, los individuos desean ser socialmente aceptados y por ello pueden mostrar una tendencia a contestar a las preguntas seleccionando aquellas respuestas que son socialmente consideradas positivas o deseables en su contexto, independientemente de sus creencias, emociones o comportamientos reales (Ferrando y Chico, 2000). De este modo, la información aportada puede no ser del todo fiable y, como consecuencia, los resultados pueden verse alterados y mostrar relaciones espurias u ocultar relaciones significativas (Podsakoff et al., 2003). Concretamente, la evidencia ha mostrado que los delincuentes que presentan puntuaciones más bajas en deseabilidad social presentan significativamente una mayor probabilidad de reincidencia, especialmente de reincidencia violenta (Mills, Loza y Kroner, 2003). Por todo ello, la deseabilidad social es una variable que debe ser evaluada y controlada cuando se utilizan medidas autoinformadas.

### **Codificación**

En el VRAI se han introducido diversos ítems entre las escalas de autoinforme respondidas por los jóvenes para evaluar y controlar el efecto de la deseabilidad social.

### **Jóvenes**

Los adolescentes han de responder a 6 ítems, elaborados específicamente para el Protocolo VRAI, que presentan situaciones que normalmente pueden ocurrir aunque no sean socialmente deseables. Estos ítems presentan igual formato de respuesta que la escala en la que se encuentran integrados. Cinco de ellos presentan cuatro alternativas de respuesta (*nada - algo - bastante - mucho*) que se codifican de 0 a 3, respectivamente (e.g., “En el juego prefiero ganar a perder”, “A veces me enfado”). Los otros dos ítems presentan cuatro alternativas de respuesta (*nunca - 1 o 2 veces - algunas veces - bastantes veces*) que igualmente se codifican de 0 a 3, respectivamente (i.e., “Contar alguna mentira”, “Desear algo que pertenece a otra persona”).

## CONCLUSIONES

Los estudios sobre la eficacia de los programas de intervención con delincuentes han demostrado que los programas orientados al castigo y al control tienen efectos negativos, mientras que otros programas logran reducciones sustanciales, disminuyendo aproximadamente un 25% la probabilidad de reincidencia (Andrews y Bonta, 2010b). Esta variación en el nivel de éxito de los programas ha llevado a la búsqueda de aquellos principios que diferencian los tratamientos eficaces de los no eficaces. En este sentido, existe apoyo teórico y empírico para concluir que los programas que logran las reducciones más sustanciales en la reincidencia emplean tratamientos cognitivo-conductuales, centran sus esfuerzos en cambiar las variables criminógenas predictoras de la delincuencia y se destinan principalmente a los delincuentes de alto riesgo (Lipsey, 2009).

El conocimiento aportado por la investigación sobre la eficacia de los programas de tratamiento con delincuentes evidencia la importancia de disponer de instrumentos de evaluación y de recogida de información que sirvan a los profesionales que trabajan con los menores en el sistema de justicia o protección para identificar a quienes tienen mayor riesgo de delinquir. Asimismo, estos instrumentos deben ser útiles para conocer sus características personales así como los factores sociales y contextuales que le han llevado a cometer actos antisociales, planificar intervenciones de modo individualizado y hacer un seguimiento de su eficacia. Un instrumento que responda a tales características permitiría a los profesionales afinar en lo acertado de sus predicciones y de su labor diaria de gestión de los casos. De esta manera se garantizaría la optimización de todos los recursos

puestos a disposición de la reinserción de los menores en situación de conflicto social.

En este sentido, contar con un protocolo de predicción informatizado para la gestión de los menores como el Protocolo VRAI constituye, sin duda, un salto cualitativo en la eficacia del sistema de justicia de menores en nuestro país. De su disponibilidad se beneficiarán los equipos de menores que asesoran a los jueces en cuanto a la decisión sobre las medidas a tomar (internamiento en centros o medidas en la comunidad), quienes, en la actualidad, no usan ninguna medida de predicción del riesgo. De igual forma, podrán sacar provecho los técnicos educativos de los centros encargados de elaborar los protocolos educativos individualizados (PEI) y realizar su seguimiento, así como cualquier profesional que deba hacer frente a la reevaluación de la medida judicial.

## REFERENCIAS

- Ægisdóttir, S., White, M. J., Spengler, P. M., Maugherman, A. S., Anderson, L. A., Cook, R. S., ... Rush, J. D. (2006). The meta-analysis of clinical judgment project: Fifty-six years of accumulated research on clinical versus statistical prediction. *The Counseling Psychologist*, 34, 341-382.
- Acero, Á. R., Escobar-Córdoba, F. y Castellanos, G. (2007). Factores de riesgo para violencia y homicidio juvenil. *Revista Colombiana De Psiquiatría*, 36, 78-97.
- Alleyne, E. y Wood, J. L. (2010). Gang involvement: Psychological and behavioral characteristics of gang members, peripheral youth, and non-gang youth. *Aggressive Behavior*, 36, 423-436.
- Alleyne, E., Wood, J. L., Mozova, K. y James, M. (2016). Psychological and behavioural characteristics that distinguish street gang members in custody. *Legal and Criminological Psychology*, 21, 266-285.
- American Psychiatric Association (2013). *Diagnostic and statistical manual of mental disorders: DSM-5* (5th ed.). Washington, DC: American Psychiatric Association
- Anderson, S., Donlan, A. E., McDermott, E. R. y Zaff, J. F. (2015). Ecology matters: Neighborhood differences in the protective role of self-control and social support for adolescent antisocial behavior. *American Journal of Orthopsychiatry*, 85, 536-549.
- Andrés-Pueyo, A. y Redondo, S. (2007). Predicción de la violencia: Entre la peligrosidad y la valoración del riesgo de violencia. *Papeles del Psicólogo*, 28, 157-173.
- Andrés-Pueyo, A. y Echeburúa, E. (2010). Valoración del riesgo de violencia: instrumentos disponibles e indicaciones de aplicación. *Psicothema*, 22, 403-409.
- Andreu, J. M., Peña, M. E. y Ramírez, J. M. (2009). Cuestionario de agresión reactiva y proactiva: Un instrumento de medida de la agresión en adolescentes. *Revista De Psicopatología Y Psicología Clínica*, 14, 37-49.
- Andrews, D. A. y Bonta, J. (1995). *The Level of Service Inventory-Revised*. Toronto, Ontario, Canada: Multi-Health Systems.
- Andrews, D. A. y Bonta, J. (2003). *The LSI-R: Level of Service Inventory-Revised: U.S. norms manual supplement*. Toronto, Ontario, Canada: Multi-Health Systems.
- Andrews, D. A. y Bonta, J. (2010a). Rehabilitating criminal justice policy and practice. *Psychology, Public Policy, and Law*, 16, 39-55.
- Andrews, D. A. y Bonta, J. (2010b). *The Psychology of Criminal Conduct* (5ª ed.). Cincinnati, OH: Anderson Publishing Co.
- Andrews, D. A., Bonta, J. y Hoge, R. D. (1990). Classification for effective rehabilitation: Rediscovering psychology. *Criminal Justice and Behavior*, 17, 19-52.
- Andrews, D. A., Bonta, J. y Wormith, J. S. (2006). The recent past and near future of risk and/or need assessment. *Crime & Delinquency*, 52, 7-27.

- Andrews, D. A., Bonta, J. y Wormith, J. S. (2011). The risk-need-responsivity (RNR) model: Does adding the good lives model contribute to effective crime prevention?. *Criminal Justice and Behavior*, 38, 735-755.
- Ang, R. P., Huan, V. S., Chan, W. T., Cheong, S. A. y Leaw, J. N. (2015). The role of delinquency, proactive aggression, psychopathy and behavioral school engagement in reported youth gang membership. *Journal of Adolescence*, 41, 148-156.
- Ashton, M. C., Lee, K. y de Vries, R. E. (2014). The HEXACO Honesty-Humility, Agreeableness, and Emotionality factors: A review of research and theory. *Personality and Social Psychology Review*, 18, 139-152.
- Assink, M., van der Put, C. E., Hoeve, M., de Vries, S. L. A., Stams, G. J. J. M. y Oort, F. J. (2015). Risk factors for persistent delinquent behavior among juveniles: A meta-analytic review. *Clinical Psychology Review*, 42, 47-61.
- Auty, K. M., Farrington, D. P. y Coid, J. W. (2015). The validity of self-reported convictions in a community sample: Findings from the Cambridge study in delinquent development. *European Journal of Criminology*, 12, 562-580.
- Baglivio, M. T., Wolff, K. T., Piquero, A. R., Bilchik, S., Jackowski, K., Greenwald, M. A. y Epps, N. (2016). Maltreatment, child welfare, and recidivism in a sample of deep-end crossover youth. *Journal of Youth and Adolescence*, 45, 625-654.
- Barker, E. D., Tremblay, R. E., Nagin, D. S., Vitaro, F. y Lacourse, E. (2006). Development of male proactive and reactive physical aggression during adolescence. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 47, 783-790.
- Barry, C. T., Grafeman, S. J., Adler, K. K. y Pickard, J. D. (2007). The relations among narcissism, self-esteem, and delinquency in a sample of at-risk adolescents. *Journal of Adolescence*, 30, 933-942.
- Barry, C. T., Pickard, J. D. y Ansel, L. L. (2009). The associations of adolescent invulnerability and narcissism with problem behaviors. *Personality and Individual Differences*, 47, 577-582.
- Barry, C. T. y Wallace, M. T. (2010). Current considerations in the assessment of youth narcissism: Indicators of pathological and normative development. *Journal of Psychopathology and Behavioral Assessment*, 32, 479-489.
- Bartol, C. R. (2006). Resilience and antisocial behavior. En C. R. Bartol y A. M. Bartol (Eds.), *Current perspectives in forensic psychology and criminal justice* (pp. 79-92). Thousand Oaks, CA: Sage Publications.
- Becker, K. B. y McCloskey, L. A. (2002). Attention and conduct problems in children exposed to family violence. *American Journal of Orthopsychiatry*, 72, 83-91.
- Beerthuisen, M. G. C. J., Brugman, D. y Basinger, K. S. (2013). Oppositional defiance, moral reasoning and moral value evaluation as predictors of self-reported juvenile delinquency. *Journal of Moral Education*, 42, 460-474.
- Benda, B. B. (2001). Factors that discriminate between recidivists, parole violators, and nonrecidivists in a 3-year follow-up of boot camp graduates. *International Journal of Offender Therapy and Comparative Criminology*, 45, 711-729.
- Bender, D. y Lösel, F. (1997). Protective and risk effects of peer relations and social support on antisocial behaviour in adolescents from multi-problem milieus. *Journal of Adolescence*, 20, 661- 678.
- Bennett, T., Holloway, K. y Farrington, D. P. (2008). The statistical association between drug misuse and crime: A meta-analysis. *Aggression and Violent Behavior*, 13, 107-118.

- Benson, M. J., Buehler, C. y Gerard, J. M. (2008). Interparental hostility and early adolescent problem behavior spillover via maternal acceptance, harshness, inconsistency, and intrusiveness. *The Journal of Early Adolescence*, 28, 428-454.
- Bergström, H. y Farrington, D. P. (2018). Grandiose-manipulative, callous-unemotional, and daring-impulsive: the prediction of psychopathic traits in adolescence and their outcomes in adulthood. *Journal of Psychopathology and Behavioral Assessment*, 40, 149-158.
- Bernstein, D. P., Stein, J. A., Newcomb, M. D., Walker, E., Pogge, D., Ahluvalia, T., ... Zule, W. (2003). Development and validation of a brief screening version of the Childhood Trauma Questionnaire. *Child Abuse & Neglect*, 27, 169-190.
- Berry, J. W., Phinney, J. S., Sam, D. L. y Vedder, P. (Eds.) (2006). *Immigrant youth in cultural transition: Acculturation, identity and adaptation across national contexts*. Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.
- Besemer, S. (2014). The impact of timing and frequency of parental criminal behaviour and risk factors on offspring offending. *Psychology, Crime & Law*, 20, 78-99.
- Besemer, S. y Farrington, D. P. (2012). Intergenerational transmission of criminal behaviour: Conviction trajectories of fathers and their children. *European Journal of Criminology*, 9, 120-141.
- Bihlar, B., Jokinen, J., Bölte, S. y Hirvikoski, T. (2013). Attention deficit/hyperactivity disorders with co-existing substance use disorder is characterized by early antisocial behaviour and poor cognitive skills. *BMC Psychiatry*, 13, 336-347.
- Boles, S. M. y Miotto, K. (2003). Substance abuse and violence: A review of the literature. *Aggression and Violent Behavior*, 8, 155-174.
- Bonta, J. y Andrews, D. A. (2017). *The psychology of criminal conduct* (6.<sup>a</sup> ed.). New York, NY: Routledge.
- Born, M., Chevalier, V. y Humblet, I. (1997). Resilience, desistance and delinquent career of adolescent offenders. *Journal of Adolescence*, 20, 679-694.
- Borum, R. (1996). Improving the clinical practice of violence risk assessment: Technology, guidelines, and training. *American Psychologist*, 51, 945-956.
- Borum, R. (2017). Evaluating violence risk in children and adolescents. En P. M. Kleespies (Ed), *The Oxford Handbook of Behavioral Emergencies and Crises*, (pp. 60-72). New York: Oxford University Press.
- Borum, R., Bartel, P. y Forth, A. (2006). *SAVRY: Structured assessment of violence risk in youth: Professional manual*. Lutz, FL: Psychological Assessment Resources.
- Borum, R., Lodewijks, H., Bartel, P. y Forth, A. (2010). Structured Assessment of Violence Risk in Youth (SAVRY). En R. K. Otto y K. S. Douglas (Eds.), *Handbook of violence risk assessment* (pp. 63-79). New York, NY: Routledge.
- Borum, R. y Verhaagen, D. (2006). *Assessing and managing violence risk in juveniles*. New York, NY: Guilford Press.
- Bosmans, G., Braet, C., van Leeuwen, K. y Beyers, W. (2006). Do parenting behaviors predict externalizing behavior in adolescence, or is attachment the neglected 3rd factor? *Journal of Youth and Adolescence*, 35, 354-364.
- Bowlby, J. (2012). *Attachment and loss: Vol. I. Attachment*. New York: Basic Books.
- Boxer, P., Tisak, M. S. y Goldstein, S. E. (2004). Is it bad to be good? An exploration of aggressive and prosocial behavior subtypes in adolescence. *Journal of Youth and Adolescence*, 33, 91-100.

- Braga, T., Gonçalves, L. C., Basto-Pereira, M. y Maia, Â. (2017). Unraveling the link between maltreatment and juvenile antisocial behavior: a meta-analysis of prospective longitudinal studies. *Aggression and Violent Behavior, 33*, 37-50.
- Brendgen, M., Vitaro, F., Tremblay, R. E. y Wanner, B. (2002). Parent and peer effects on delinquency-related violence and dating violence: A test of two mediational models. *Social Development, 11*, 225-244.
- Broidy, L. M., Nagin, D. S., Tremblay, R. E., Bates, J. E., Brame, B., Dodge, K. A., . . . Laird, R. (2003). Developmental trajectories of childhood disruptive behaviors and adolescent delinquency: A six-site, cross-national study. *Developmental Psychology, 39*, 222-245.
- Bronfenbrenner, U. y Morris, P. A. (2006). The bioecological model of human development. En R. M. Lerner y W. Damon (Eds.), *Handbook of child psychology: Vol. 1. Theoretical models of human development* (pp. 793-828). Hoboken, NJ, US: John Wiley & Sons Inc.
- Brook, D. W., Brook, J. S., Rubenstone, E., Zhang, C. y Saar, N. S. (2011). Developmental associations between externalizing behaviors, peer delinquency, drug use, perceived neighborhood crime, and violent behavior in urban communities. *Aggressive Behavior, 37*, 349-361.
- Brown, E. C., Catalano, R. F., Fleming, C. B., Haggerty, K. P., Abbott, R. D., Cortes, R. R. y Park, J. (2005). Mediator effects in the social development model: An examination of constituent theories. *Criminal Behaviour and Mental Health, 15*, 221-235.
- Buck, K. A. y Dix, T. (2014). Parenting and naturally occurring declines in the antisocial behavior of children and adolescents: A process model. *Journal of Family Theory & Review, 6*, 257-277.
- Burgess, E. W. (1928). Is prediction feasible in social work? An inquiry based upon a sociological study of parole records. *Social Forces, 7*, 533-545.
- Burk, W. J., van der Vorst, H., Kerr, M. y Stattin, H. (2012). Alcohol use and friendship dynamics: Selection and socialization in early-, middle-, and late-adolescent peer networks. *Journal of Studies on Alcohol and Drugs, 73*, 89-98.
- Burnette, M. L., Oshri, A., Lax, R., Richards, D. y Ragbeer, S. N. (2012). Pathways from harsh parenting to adolescent antisocial behavior: A multidomain test of gender moderation. *Development and Psychopathology, 24*, 857-870.
- Burt, S. A. (2012). How do we optimally conceptualize the heterogeneity within antisocial behavior? An argument for aggressive versus non-aggressive behavioral dimensions. *Clinical Psychology Review, 32*, 263-279.
- Burt, S. A. y Klump, K. L. (2009). The etiological moderation of aggressive and nonaggressive antisocial behavior by age. *Twin Research and Human Genetics, 12*, 343-350.
- Burt, S. A. y Klump, K. L. (2014). Prosocial peer affiliation suppresses genetic influences on non-aggressive antisocial behaviors during childhood. *Psychological Medicine, 44*, 821-830.
- Burt, S. A., McGue, M., Krueger, R. F. e Iacono, W. G. (2005). How are parent-child conflict and childhood externalizing symptoms related over time? Results from a genetically informative cross-lagged study. *Development and Psychopathology, 17*, 145-165.
- Cándido, A., Orduña, E., Perales, J., Verdejo-García, A. y Billieux, J. (2012). Validation of a short Spanish version of the UPPSP impulsive behaviour scale. *Trastornos Adictivos, 14*, 73-78.

- Carlo, G., Crockett, L. J., Wilkinson, J. L. y Beal, S. J. (2011). The longitudinal relationships between rural adolescents' prosocial behaviors and young adult substance use. *Journal of Youth and Adolescence*, 40, 1192-1202.
- Carlo, G., Mestre, M. V., McGinley, M. M., Tur-Porcar, A., Samper, P. y Opal, D. (2014). The protective role of prosocial behaviors on antisocial behaviors: The mediating effects of deviant peer affiliation. *Journal of Adolescence*, 37, 359-366.
- Cauffman, E. y Steinberg, L. (2012). Emerging findings from research on adolescent development and juvenile justice. *Victims & Offenders*, 7, 428-449.
- Centro Reina Sofía (2011). *Maltrato infantil en la familia en España*. Ministerio de Sanidad, Política Social e Igualdad.
- Chen, D., Drabick, D. A. y Burgers, D. E. (2015). A developmental perspective on peer rejection, deviant peer affiliation, and conduct problems among youth. *Child Psychiatry & Human Development*, 46, 823-838.
- Chu, P. S., Saucier, D. A. y Hafner, E. (2010). Meta-analysis of the relationships between social support and well-being in children and adolescents. *Journal of Social and Clinical Psychology*, 29, 624-645.
- Cicchetti, D. (2013). Annual research review: Resilient functioning in maltreated children-past, present, and future perspectives. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 54, 402-422.
- Clinkinbeard, S. S. (2014). What lies ahead: An exploration of future orientation, self-control, and delinquency. *Criminal Justice Review*, 39, 19-36.
- Clinkinbeard, S. S. y Zohra, T. (2012). Expectations, fears, and strategies: Juvenile offender thoughts on a future outside of incarceration. *Youth & Society*, 44, 236-257.
- Cloninger, C. R., Przybeck, T. R. y Svrakic, D. M. (1991). The tridimensional personality questionnaire: US normative data. *Psychological Reports*, 69, 1047-1057.
- Cohen, D. y Strayer, J. (1996). Empathy in conduct-disordered and comparison youth. *Developmental Psychology*, 32, 988-998.
- Cohen, S., Underwood, L.G. y Gottlieb, B.H. (2000). *Social support measurement and intervention: A guide for health and social scientist*. New York: Oxford University Press.
- Coie, J. D., Lochman, J., Terry, R. y Hyman, C. (1992). Predicting early adolescent disorder from childhood aggression and peer rejection. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 60, 783-792.
- Colins, O. F., Noom, M. y Vanderplasschen, W. (2012). Youth Psychopathic Traits Inventory-Short Version: A further test of the internal consistency and criterion validity. *Journal of Psychopathology and Behavioral Assessment*, 34, 476-486.
- Collins, W. A. y Laursen, B. (2004). Parent-adolescent relationships and influences. En R. M. Lerner y L. Steinberg (Eds.), *Handbook of Adolescent Psychology* (2.<sup>a</sup> ed., pp. 331-361). Hoboken, NJ, US: John Wiley & Sons Inc.
- Collins, W. A. y Steinberg, L. (2008). Adolescent development in interpersonal context. En W. Damon, R. M. Lerner, D. Kuhn, R. S. Siegler y N. Eisenberg (Eds.), *Child and adolescent development: An advanced course* (pp. 551-590). Hoboken, NJ, US: John Wiley & Sons Inc.
- Compas, B. E., Connor-Smith, J. K., Saltzman, H., Thomsen, A. H. y Wadsworth, M. E. (2001). Coping with stress during childhood and adolescence: Problems, progress, and potential in theory and research. *Psychological Bulletin*, 127, 87-127.
- Contreras, L., Molina, V. y Cano, M. C. (2017). In search of psychosocial variables linked to the recidivism in young offenders. *The European Journal of Psychology Applied to Legal Context*, 3, 77-88.

- Coskunpinar, A., Dir, A. L. y Cyders, M. A. (2013). Multidimensionality in impulsivity and alcohol use: A meta-analysis using the UPPS model of impulsivity. *Alcoholism: Clinical and Experimental Research*, 37, 1441-1450.
- Criss, M. M., Shaw, D. S., Moilanen, K. L., Hitchings, J. E. e Ingoldsby, E. M. (2009). Family, neighborhood, and peer characteristics as predictors of child adjustment: A longitudinal analysis of additive and mediation models. *Social Development*, 18, 511-535.
- Cui, M., Durtschi, J. A., Donnellan, M. B., Lorenz, F. O. y Conger, R. D. (2010). Inter-generational transmission of relationship aggression: a prospective longitudinal study. *Journal of Family Psychology*, 24, 688-697.
- Cullen, F. T. (1994). Social support as an organizing concept for criminology: Presidential address to the Academy of Criminal Justice Sciences. *Justice Quarterly*, 11, 527-559.
- Cummings, E. M., Davies, P. T., Schermerhorn, A. C., Goeke-Morey, M. C. y Cummings, J. S. (2006). Interparental Discord and Child Adjustment: Prospective Investigations of Emotional Security as an Explanatory Mechanism. *Child Development*, 77, 132-152.
- Cutrín, O., Gómez-Fraguela, J. A., Maneiro, L., Sobral, J. y Luengo, M. A. (2016). Psychopathic traits mediate the effects of neighbourhood risk on juvenile antisocial behaviour. *Psicothema*, 28, 428-434.
- Cutrín, O., Maneiro, L., Sobral, J. y Gómez-Fraguela, J. A. (2019a). Longitudinal effects of parenting mediated deviant peers on violent and non-violent antisocial behaviour and substance use in adolescence. *The European Journal of Psychology Applied to Legal Context*, 11, 23-32.
- Cutrín, O., Maneiro, L., Sobral, J. y Gómez-Fraguela, J. A. (2019b). Longitudinal validation of a new measure to assess parental knowledge and its sources in Spanish adolescents. *Journal of Child and Family Studies*. Advance online publication. 28, 1220-1235.
- Cutrín, O., Maneiro, L., Sobral, J. y Gómez-Fraguela, J. A. (2019c). Validation of the Deviant Peers Scale in Spanish adolescents: a new measure to assess antisocial behaviour in peers. *Journal of Psychopathology and Behavioral Assessment*. 41, 185-197.
- Cyders, M. A. y Smith, G. T. (2007). Mood-based rash action and its components: Positive and negative urgency. *Personality and Individual Differences*, 43, 839-850.
- Del Barrio, V., Aluja, A. y Spielberger, C. (2004). Anger assessment with the STAXI-CA: Psychometric properties of a new instrument for children and adolescents. *Personality and Individual Differences*, 37, 227-244.
- Derogatis, L. R. (2002). *SCL-90-R. Cuestionario de 90 síntomas*. Madrid: TEA Ediciones.
- Derzon, J. H. (2001). Antisocial behavior and the prediction of violence: A meta-analysis. *Psychology in the Schools*, 38, 93-106.
- Derzon, J. H. (2010). The correspondence of family features with problem, aggressive, criminal, and violent behavior: A meta-analysis. *Journal of Experimental Criminology*, 6, 263-292.
- Dinić, B. M. y Wertag, A. (2018). Effects of Dark Triad and HEXACO traits on reactive/proactive aggression: Exploring the gender differences. *Personality and Individual Differences*, 123, 44-49.
- Dishion, T. J., Ha, T. y Véronneau, M. (2012). An ecological analysis of the effects of deviant peer clustering on sexual promiscuity, problem behavior, and childbearing from early adolescence to adulthood: An enhancement of the life history framework. *Developmental Psychology*, 48, 703-717.
- Dishion, T. J. y Tipsord, J. M. (2011). Peer contagion in child and adolescent social and emotional development. *Annual Review of Psychology*, 62, 189-214.

- Dishion, T. J., Véronneau, M. y Myers, M. W. (2010). Cascading peer dynamics underlying the progression from problem behavior to violence in early to late adolescence. *Development and Psychopathology*, 22, 603-619.
- Dodge, K. A. y Coie, J. D. (1987). Social-information-processing factors in reactive and proactive aggression in children's peer groups. *Journal of Personality and Social Psychology*, 53, 1146-1158.
- Dodge, K. A., Lansford, J. E., Burks, V. S., Bates, J. E., Pettit, G. S., Fontaine, R. y Price, J. M. (2003). Peer rejection and social information processing factors in the development of aggressive behavior problems in children. *Child Development*, 74, 374-393.
- Dodge, K. A. y Pettit, G. S. (2003). A biopsychosocial model of the development of chronic conduct problems in adolescence. *Developmental Psychology*, 39, 349-371.
- Dos Santos, W., Luengo, A., Gómez-Fraguela, J. A., Holanda, L. y Meneses, G. (2019). Antisocial behaviour: A unidimensional or multidimensional construct? *Avances En Psicología Latinoamericana*, 37, 25-39.
- Drapela, L. A. (2006). Investigating the effects of family, peer, and school domains on postdropout drug use. *Youth & Society*, 37, 316-347.
- Duncan, S. C., Duncan, T. E., Strycker, L. A. y Chaumeton, N. R. (2002). Relations between youth antisocial and prosocial activities. *Journal of Behavioral Medicine*, 25, 425-438.
- Eassey, J. M. y Buchanan, M. (2015). Fleas and Feathers: The role of peers in the study of juvenile delinquency. En M. D. Krohn y J. Lane (Eds.), *The Handbook of Juvenile Delinquency and Juvenile Justice* (pp. 199-216). West Sussex, UK: John Wiley & Sons Inc.
- Eaton, N. R., Krueger, R. F., Johnson, W., McGue, M. e Iacono, W. G. (2009). Parental monitoring, personality, and delinquency: Further support for a reconceptualization of monitoring. *Journal of Research in Personality*, 43, 49-59.
- Eccles, J. S. y Barber, B. L. (1999). Student council, volunteering, basketball, or marching band: What kind of extracurricular involvement matters?. *Journal of Adolescent Research*, 14, 10-43.
- Edleson, J. L. (1999). Children's witnessing of adult domestic violence. *Journal of Interpersonal Violence*, 14, 839-870.
- Eitle, D. y Turner, R.J. (2002). Exposure to community violence and young adult crime: the effects of witnessing violence, traumatic victimization, and other stressful life events. *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 39, 214-237.
- Emmert, A. D., Carlock, A. L., Lizotte, A. J. y Krohn, M. D. (2017). Predicting adult under- and over-reporting of self-reported arrests from discrepancies in adolescent self-reports of arrests. *Crime and Delinquency*, 63, 412-428.
- Engels, R. C. M. E., Luijpers, E., Landsheer, J. y Meeus, W. (2004). A longitudinal study of relations between attitudes and delinquent behaviour in adolescents. *Criminal Justice and Behavior*, 31, 244-260.
- Erickson, K. G., Crosnoe, R. y Dornbusch, S. M. (2000). A social process model of adolescent deviance: Combining social control and differential association perspectives. *Journal of Youth and Adolescence*, 29, 395-425.
- Evans, S. E., Davies, C. y DiLillo, D. (2008). Exposure to domestic violence: A meta-analysis of child and adolescent outcomes. *Aggression and Violent Behavior*, 13, 131-140.
- Fairbairn, C. E., Briley, D. A., Kang, D., Fraley, R. C., Hankin, B. L. y Ariss, T. (2018). A meta-analysis of longitudinal associations between substance use and interpersonal attachment security. *Psychological Bulletin*, 144, 532-555.

- Farrington, D. P. (2005). Childhood origins of antisocial behavior. *Clinical Psychology & Psychotherapy*, 12, 177-190.
- Farrington, D. P. (2011). Families and crime. En J. Q. Wilson y J. Petersiglia (Eds.), *Crime and public policy* (pp. 130-157). Oxford University Press.
- Farrington, D. P., Coid, J. W. y Murray, J. (2009). Family factors in the intergenerational transmission of offending. *Criminal Behaviour and Mental Health*, 19, 109-124.
- Farrington, D. P., Jolliffe, D., Loeber, R., Stouthamer-Loeber, M. y Kalb, L. M. (2001). The concentration of offenders in families, and family criminality in the prediction of boys' delinquency. *Journal of Adolescence*, 24, 579-596.
- Farrington, D. P., Loeber, R. y Berg, M. T. (2012). Young men who kill: A prospective longitudinal examination from childhood. *Homicide Studies: An Interdisciplinary & International Journal*, 16, 99-128.
- Farrington, D. P. y Ttofi, M. M. (2015). Developmental and life-course theories of offending. En J. Morizot y L. Kazemian (Eds.), *The development of criminal and antisocial behavior: Theory, research and practical applications* (pp. 19-38). Cham, Switzerland: Springer International Publishing.
- Farrington, D. P., Ttofi, M. M. y Coid, J. W. (2009). Development of adolescence-limited, late-onset, and persistent offenders from age 8 to age 48. *Aggressive Behavior*, 35, 150-163.
- Farrington, D. P., Ttofi, M. M. y Piquero, A. R. (2016). Risk, promotive, and protective factors in youth offending: Results from the Cambridge study in delinquent development. *Journal of Criminal Justice*, 45, 63-70.
- Fazel, S., Singh, J. P., Doll, H. y Grann, M. (2012). Use of risk assessment instruments to predict violence and antisocial behaviour in 73 samples involving 24827 people: systematic review and meta-analysis. *Bmj*, 345, e4692.
- Feigelson, M. E. y Dwight, S. A. (2000). Can asking questions by computer improve the candidness of responding? A meta-analytic perspective. *Consulting Psychology Journal: Practice and Research*, 52, 248-255.
- Feldman, A. F. y Matjasko, J. L. (2005). The role of school-based extracurricular activities in adolescent development: A comprehensive review and future directions. *Review of Educational Research*, 75, 159-210.
- Fergus, S. y Zimmerman, M. A. (2005). Adolescent resilience: A framework for understanding healthy development in the face of risk. *Annual Review of Public Health*, 26, 399-419.
- Fernández-González, M. (1999). Los tribunales para niños. Creación y desarrollo. *Historia De La Educación*, 18, 111-125.
- Ferrando, P. J. y Chico, E. (2000). Adaptación y análisis psicométrico de la escala de deseabilidad social de Marlowe y Crowne. *Psicothema*, 12, 383-389.
- Férriz, L., Sobral, J. y Gómez-Fraguela, J. A. (2018). Empatía y delincuencia juvenil: Un meta-análisis sobre la relación. *Revista Iberoamericana de Psicología y Salud*, 9, 1-16.
- Fischer, S., Settles, R., Collins, B., Gunn, R. y Smith, G. T. (2012). The role of negative urgency and expectancies in problem drinking and disordered eating: testing a model of comorbidity in pathological and at-risk samples. *Psychology of Addictive Behaviors*, 26, 112-123.
- Fitton, L., Yu, R. y Fazel, S. (2018). Childhood Maltreatment and Violent Outcomes: A Systematic Review and Meta-Analysis of Prospective Studies. *Trauma, Violence, & Abuse*, 1-15.

- Flexon, J. L., Meldrum, R. C., Young, J. T. y Lehmann, P. S. (2016). Low self-control and the Dark Triad: Disentangling the predictive power of personality traits on young adult substance use, offending and victimization. *Journal of Criminal Justice*, 46, 159-169.
- Fontaine, N. M., Brendgen, M., Vitaro, F. y Tremblay, R. E. (2016). Compensatory and protective factors against violent delinquency in late adolescence: Results from the Montreal longitudinal and experimental study. *Journal of Criminal Justice*, 45, 54-62.
- Forth, A. E., Kosson, D. S. y Hare, R. D. (2003). *Psychopathy Checklist: Youth Version (PCL:YV)*. Toronto: Multi-Health Systems.
- Fredricks, J. A. y Eccles, J. S. (2008). Participation in extracurricular activities in the middle school years: Are there developmental benefits for African-american and European-american youth? *Journal of Youth and Adolescence*, 37, 1029-1043.
- Freedman, D. y Woods, G. W. (2013). Neighborhood effects, mental illness and criminal behavior: A review. *Journal of Politics and Law*, 6, 1-16.
- Friborg, O., Hjemdal, O., Rosenvinge, J. H. y Martinussen, M. (2003). A new rating scale for adult resilience: What are the central protective resources behind healthy adjustment? *International Journal of Methods in Psychiatric Research*, 12, 65-76.
- Frick, P. J., Ray, J., Thornton, L. y Kahn, R. (2014). Can callous-unemotional traits enhance the understanding, diagnosis, and treatment of serious conduct problems in children and adolescents? A comprehensive review. *Psychological Bulletin*, 140, 1-57.
- Frick, P. J. y White, S. F. (2008). Research review: The importance of callous-unemotional traits for developmental models of aggressive and antisocial behavior. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 49, 359-375.
- Frisell, T., Lichtenstein, P. y Långström, N. (2011). Violent crime runs in families: A total population study of 12.5 million individuals. *Psychological Medicine*, 41, 97-105.
- Frydenberg, E. y Lewis, R. (1996). *Escala de afrontamiento para adolescentes*. Madrid: TEA.
- Funk, J. B., Elliott, R., Urman, M. L., Flores, G. T. y Mock, R. M. (1999). The attitudes towards violence scale: A measure for adolescents. *Journal of Interpersonal Violence*, 14, 1123-1136.
- Garrido, V., López, E. y Silva, T. (2006). La predicción de la conducta delictiva en el marco de la Ley Penal del Menor. En V. Garrido, E. López, T. Silva, M. J. López y P. Molina (Eds.), *El modelo de la competencia social de la Ley de Menores. Cómo predecir y evaluar para la intervención educativa* (pp. 61-130). Valencia: Tirant Lo Blanch.
- Gendreau, P., Little, T. y Goggin, C. (1996). A meta-analysis of the predictors of adult recidivism: What works!. *Criminology*, 34, 575-607.
- Gendreau, P. y Ross, R. R. (1987). Revivification of rehabilitation: Evidence from the 1980's. *Justice Quarterly*, 4, 349-408.
- Glowacz, F. y Born, M. (2015). Away from delinquency and crime: Resilience and protective factors. En J. Morizot y L. Kazemian (Eds.), *The development of criminal and antisocial behavior: Theory, research and practical applications* (pp. 283-294). Cham, Switzerland: Springer International Publishing.
- Goldstein, S. E., Davies-Kean, P. E. y Eccles, J. (2005). Parents, peers, and problem behavior: A longitudinal investigation of the impact of relationships perceptions and characteristics on the development of adolescent problem behavior. *Developmental Psychology*, 41, 401-413.
- Gómez-Fraguela, J. A., Luengo, M. A., Romero, E., Villar, P. y Sobral, J. (2006). Estrategias de afrontamiento en el inicio de la adolescencia y su relación con el consumo de drogas y la conducta problemática. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 6, 581-597.

- Gottfredson, M. R. y Hirschi, T. (1990). *A general theory of crime*. Stanford University Press.
- Gottlieb, B. H. y Bergen, A. E. (2010). Social support concepts and measures. *Journal of Psychosomatic Research*, 69, 511-520.
- Gracia, E. y Herrero, J. (2006). La comunidad como fuente de apoyo social: evaluación e implicaciones en los ámbitos individual y comunitario. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 38, 327-342.
- Granic, I. y Patterson, G. R. (2006). Toward a comprehensive model of antisocial development: A dynamic systems approach. *Psychological Review*, 113, 101-131.
- Grove, W. M., Zald, D. H., Lebow, B. S., Snitz, B. E. y Nelson, C. (2000). Clinical Versus Mechanical Prediction: A Meta-Analysis. *Psychological Assessment*, 12, 19-30
- Grunwald, H. E., Lockwood, B., Harris, P. W. y Mennis, J. (2010). Influences of neighborhood context, individual history and parenting behavior on recidivism among juvenile offenders. *Journal of Youth and Adolescence*, 39, 1067-1079.
- Haas, H., Farrington, D. P., Killias, M. y Sattar, G. (2004). The impact of different family configurations on delinquency. *British Journal of Criminology*, 44, 520-532.
- Hampel, P. y Petermann, F. (2006). Perceived stress, coping, and adjustment in adolescents. *Journal of Adolescent Health*, 38, 409-415.
- Hanson, R. K., Bourgon, G., Helmus, L. y Hodgson, S. (2009). The principles of effective correctional treatment also apply to sexual offenders: A meta-analysis. *Criminal Justice and Behavior*, 36, 865-891.
- Hanson, R. K. y Harris, A. J. R. (2000). Where should we intervene? Dynamic predictors of sexual assault recidivism. *Criminal Justice and Behavior*, 27, 6-35.
- Hanson, R. K. y Morton-Bourgon, K. E. (2005). The characteristics of persistent sexual offenders: A meta-analysis of recidivism studies. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 73, 1154-1163.
- Hanson, R. K. y Morton-Bourgon, K. E. (2009). The accuracy of recidivism risk assessments for sexual offenders: a meta-analysis of 118 prediction studies. *Psychological Assessment*, 21, 1-21.
- Hanson, R. K. y Thornton, D. (2000). Improving risk assessments for sex offenders: A comparison of three actuarial scales. *Law and Human behavior*, 24, 119-136.
- Hardy, S. A., Carlo, G. y Roesch, S. C. (2010). Links between adolescents' expected parental reactions and prosocial behavioral tendencies: The mediating role of prosocial values. *Journal of Youth and Adolescence*, 39, 84-95.
- Hare, R.D. (1991). *The Hare Psychopathy Checklist-Revised*. Toronto: Multi-Health Systems.
- Hare, R. D. y Neumann, C. S. (2008). Psychopathy as a clinical and empirical construct. *Annual Review of Clinical Psychology*, 4, 217-246.
- Harper, C. C. y McLanahan, S. S. (2004). Father absence and youth incarceration. *Journal of Research on Adolescence*, 14, 369-397.
- Harris, G. T., Rice, M. E., Quinsey, V. L. y Cormier, C. A. (2015). *Violent offenders. Appraising and managing risk* (3ª ed.). Washington DC: American Psychological Association.
- Hart, H. (1923). Predicting parole success. *Journal of the American Institute of Criminal Law and Criminology*, 14, 405-413.
- Hawkins, J. D., Herrenkohl, T. I., Farrington, D. P., Brewer, D., Catalano, R. F. y Harachi, T. W. (1998). A review of predictors of youth violence. En R. Loeber y D. P. Farrington (Eds.), *Serious and violent juvenile offenders: Risks factors and successful interventions* (pp. 106-146). Thousand Oaks, CA: Sage Publications.

- Hawkins, J. D., Herrenkohl, T. I., Farrington, D. P., Brewer, D., Catalano, R. F., Harachi, T. W. y Cothorn, L. (2000). Predictors of youth violence. *Juvenile Justice Bulletin*. Washington, DC: U.S. Department of Justice, Office of Justice Programs, Office of Juvenile Justice and Delinquency Prevention.
- Haynie, D. L. (2002). Friendship networks and delinquency: The relative nature of peer delinquency. *Journal of Quantitative Criminology*, 18, 99-134.
- Heilbrun, K., Yasuhara, K. y Shah, S. (2010). Violence risk assessment tools: Overview and critical analysis. En R. K. Otto y K. S. Douglas (Eds.). *Handbook of violence risk assessment* (pp. 1-17). New York, NY: Routledge.
- Heirigs, M. H., DeLisi, M., Fox, B., Dhingra, K. y Vaughn, M. G. (2019). Psychopathy and suicidal thoughts and behaviors revisited: results from a statewide population of institutionalized youth. *International Journal of Offender Therapy and Comparative Criminology*, 63, 874-895.
- Hemphill, S. A., Toumbourou, J. W., Herrenkohl, T. I., McMorris, B. J. y Catalano, R. F. (2006). The effect of school suspensions and arrests on subsequent adolescent antisocial behavior in Australia and the United States. *Journal of Adolescent Health*, 39, 736-744.
- Henry, D. B., Tolan, P. H., Gorman-Smith, D. y Schoeny, M. E. (2012). Risk and direct protective factors for youth violence: results from the Centers for Disease Control and Prevention's Multisite Violence Prevention Project. *American Journal of Preventive Medicine*, 43, S67-S75.
- Henry, K. L., Knight, K. E. y Thornberry, T. P. (2012). School disengagement as a predictor of dropout, delinquency, and problem substance use during adolescence and early adulthood. *Journal of Youth and Adolescence*, 41, 156-166.
- Hepper, E. G., Hart, C. M., Meek, R., Cisek, S. y Sedikides, C. (2014). Narcissism and empathy in young offenders and non-offenders. *European Journal of Personality*, 28, 201-210.
- Herrenkohl, T. I., Catalano, R. F., Hemphill, S. A. y Toumbourou, J. W. (2009). Longitudinal examination of physical and relational aggression as precursors to later problem behaviors in adolescents. *Violence and Victims*, 24, 3-19.
- Herrenkohl, T. I., Lee, J. y Hawkins, J. D. (2012). Risk versus direct protective factors and youth violence: Seattle social development project. *American Journal of Preventive Medicine*, 43, S41-S56.
- Herrenkohl, T. I., Tajima, E. A., Whitney, S. D. y Huang, B. (2005). Protection against antisocial behavior in children exposed to physically abusive discipline. *Journal of Adolescent Health*, 36, 457-465.
- Herrington, L. L., Barry, C. T. y Loffin, D. C. (2014). Callous-unemotional traits, narcissism, and behavioral history as predictors of discipline problems in an adolescent residential program. *Residential Treatment for Children & Youth*, 31, 253-265.
- Hilterman, E. L. B. y Andrés-Pueyo, A. (2008) *SAVRY: Manual para la valoración estructurada de riesgo de violencia en los jóvenes*. Departamento de Justicia. Generalitat de Catalunya.
- Hilterman, E. L. B., Nicholls, T. L. y van Nieuwenhuizen, C. (2014). Predictive validity of risk assessments in juvenile offenders: Comparing the SAVRY, PCL: YV, and YLS/CMI with unstructured clinical assessments. *Assessment*, 21, 324-339.
- Hoaken, P. N. S. y Stewart, S. H. (2003). Drugs of abuse and the elicitation of human aggressive behavior. *Addictive Behaviors*, 28, 1533-1554.

- Hoeve, M., Dubas, J. S., Eichelsheim, V. I., van der Laan, P. H., Smeenk, W. y Gerris, J. R. M. (2009). The relationship between parenting and delinquency: A meta-analysis. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 37, 749-775.
- Hoeve, M., Stams, G. J. J. M., van der Put, C. E., Dubas, J. S., van der Laan, P. H. y Gerris, J. R. M. (2012). A meta-analysis of attachment to parents and delinquency. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 40, 771-785.
- Hoge, R. D. y Andrews, D. A. (2002). *Youth Level of Service/Case Management Inventory (YLS/CMI)*. Toronto, Canada: Multi-Health Systems.
- House, J. S., Landis, K. R. y Umberson, D. (1988). Social relationships and health. *Science*, 241, 540-545.
- Howell, J. C. (2003). *Preventing and reducing juvenile delinquency: A comprehensive framework*. Sage.
- Howell, K. H., Barnes, S. E., Miller, L. E. y Graham-Bermann, S. A. (2016). Developmental variations in the impact of intimate partner violence exposure during childhood. *Journal of Injury and Violence Research*, 8, 43-57.
- Huang, C. C., Vikse, J. H., Lu, S. y Yi, S. (2015). Children's exposure to intimate partner violence and early delinquency. *Journal of Family Violence*, 30, 953-965.
- Huesmann, L. R., Dubow, E. F. y Boxer, P. (2009). Continuity of aggression from childhood to early adulthood as a predictor of life outcomes: Implications for the adolescence-limited and life-course-persistent models. *Aggressive Behavior*, 35, 136-149.
- Hughes, T. M., Crothers, L. M. y Jimerson, S. R. (2008). *Identifying, assessing and treating conduct disorder at school*. New York, NY: Springer.
- Hurd, N. M., Zimmerman, M. A. y Reischl, T. M. (2011). Role model behavior and youth violence: A study of positive and negative effects. *The Journal of Early Adolescence*, 31, 323-354.
- Huver, R. M. E., Otten, R., de Vries, H. y Engels, R. C. M. E. (2010). Personality and parenting style in parents of adolescents. *Journal of Adolescence*, 33, 395-402.
- Iovu, M. B., Hărăguș, P. T. y Roth, M. (2018). Constructing future expectations in adolescence: relation to individual characteristics and ecological assets in family and friends. *International Journal of Adolescence and Youth*, 23, 1-10.
- Ivanov, I., Newcorn, J., Morton, K. y Tricamo, M. (2011). Inhibitory control deficits in childhood: Definition, measurement, and clinical risk for substance use disorders. En M. T. Bardo, D. H. Fishbein, y R. Milich (Eds.), *Inhibitory Control and Drug Abuse Prevention* (pp. 125-144). Springer, New York, NY.
- Johnson, W. L., Giordano, P. C., Manning, W. D. y Longmore, M. A. (2011). Parent-child relations and offending during young adulthood. *Journal of Youth and Adolescence*, 40, 786-799.
- Jolliffe, D. y Farrington, D. P. (2004). Empathy and offending: A systematic review and meta-analysis. *Aggression and Violent Behavior*, 9, 441-476.
- Jolliffe, D. y Farrington, D. P. (2006). Examining the relationship between low empathy and bullying. *Aggressive Behavior*, 32, 540-550.
- Jolliffe, D. y Farrington, D. P. (2009). A systematic review of the relationship between childhood impulsiveness and later violence. En M. McMurrin y R. Howard (Eds.), *Personality, personality disorder and violence* (pp. 41-61). John Wiley & Sons.
- Jolliffe, D., Farrington, D. P., Piquero, A. R., Loeber, R. y Hill, K. G. (2017). Systematic review of early risk factors for life-course-persistent, adolescence-limited, and late-onset offenders in prospective longitudinal studies. *Aggression and Violent Behavior*, 33, 15-23.

- Jones, S. E., Miller, J. D. y Lynam, D. R. (2011). Personality, antisocial behavior, and aggression: A meta-analytic review. *Journal of Criminal Justice*, 39, 329-337.
- Juby, H. y Farrington, D. P. (2001). Disentangling the link between disrupted families and delinquency. *British Journal of Criminology*, 41, 22-40.
- Kassis, W., Artz, S., Scambor, C., Scambor, E. y Moldenhauer, S. (2013). Finding the way out: A non-dichotomous understanding of violence and depression resilience of adolescents who are exposed to family violence. *Child Abuse & Neglect*, 37, 181-199.
- Kaufmann, D. R., Wyman, P. A., Forbes-Jones, E. L. y Barry, J. (2007). Prosocial involvement and antisocial peer affiliations as predictors of behavior problems in urban adolescents: Main effects and moderating effects. *Journal of Community Psychology*, 35, 417-434.
- Kenny, D.T., Lennings, C.J. y Munn, O. (2008). Risk factors for self-harm and suicide in incarcerated young offenders: Implications for policy and practice. *Journal of Forensic Psychology Practice*, 8, 358-382.
- Kerr, M. A. y Schneider, B. H. (2008). Anger expression in children and adolescents: A review of the empirical literature. *Clinical Psychology Review*, 28, 559-577.
- Kerr, M., Stattin, H. y Burk, W.J. (2010). A reinterpretation of parental monitoring in longitudinal perspective. *Journal of Research on Adolescence*, 20, 39-64.
- Kerr, M. y Stattin, H. (2000). What parents know, how they know it, and several forms of adolescent adjustment: Further support for a reinterpretation of monitoring. *Developmental Psychology*, 36, 366-380.
- Kim, K. J., Conger, R. D., Elder, G. H. y Lorenz, F. O. (2003). Reciprocal influences between stressful life events and adolescent internalizing and externalizing problems. *Child Development*, 74, 127-143.
- Kitzmann, K. M., Gaylord, N. K., Holt, A. R. y Kenny, E. D. (2003). Child witnesses to domestic violence: A meta-analytic review. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 71, 339-352.
- Kjellstrand, J., Yu, G., Eddy, J. M. y Martinez, C. R. (2018). Children of Incarcerated Parents: Developmental Trajectories of Externalizing Behavior Across Adolescence. *Criminal Justice and Behavior*, 45, 1742-1761.
- Klahr, A. M., McGue, M., Iacono, W. G. y Burt, S. A. (2011). The association between parent-child conflict and adolescent conduct problems over time: Results from a longitudinal adoption study. *Journal of Abnormal Psychology*, 120, 46-56.
- Kreager, D. A., Rulison, K. L. y Moody, J. (2011). Delinquency and the structure of adolescent peer groups. *Criminology: An Interdisciplinary Journal*, 49, 95-127.
- Krishnakumar, A. y Buehler, C. (2000). Interparental conflict and parenting behaviors: A meta-analytic review. *Family Relations*, 49, 25-44.
- Krishnakumar, A., Buehler, C. y Barber, B. K. (2003). Youth perceptions of interparental conflict, ineffective parenting, and youth problem behaviors in european-american and african-american families. *Journal of Social and Personal Relationships*, 20, 239-260.
- Krohn, M. D., Thornberry, T. P., Gibson, C. L. y Baldwin, J. M. (2010). The development and impact of self-report measures of crime and delinquency. *Journal of Quantitative Criminology*, 26, 509-525.
- Kubrin, C. E. y Stewart, E. A. (2006). Predicting who reoffends: The neglected role of neighborhood context in recidivism studies. *Criminology*, 44, 165-197.
- Lacourse, E., Coté, S., Nagin, D. S., Vitaro, F., Brendgen, M. y Tremblay, R. E. (2002). A longitudinal experimental approach to testing theories of antisocial behavior development. *Development and Psychopathology*, 14, 909-924.

- Lacourse, E., Nagin, D. S., Vitaro, F., Côté, S., Arseneault, L. y Tremblay, R. E. (2006). Prediction of early-onset deviant peer group affiliation: A 12-year longitudinal study. *Archives of General Psychiatry*, 63, 562-568.
- Lahlah, E., van der Knaap, L. M., Bogaerts, S. y Lens, K. M. (2014). Ethnic differences in the effect of perceived parenting on juvenile violent delinquency of Dutch and Moroccan-Dutch boys. *Journal of Child and Family Studies*, 23, 333-346.
- Laird, R. D., Jordan, K. Y., Dodge, K. A., Pettit, G. S. y Bates, J. E. (2001). Peer rejection in childhood, involvement with antisocial peers in early adolescence, and the development of externalizing behavior problems. *Development and Psychopathology*, 13, 337-354.
- Laird, R. D., Marrero, M. D. y Sentse, M. (2010). Revisiting parental monitoring: Evidence that parental solicitation can be effective when needed most. *Journal of Youth and Adolescence*, 39, 1431-1441.
- Laird, R. D., Pettit, G. S., Dodge, K. A. y Bates, J. E. (2005). Peer relationship antecedents of delinquent behavior in late adolescence: Is there evidence of demographic group differences in developmental processes? *Development and Psychopathology*, 17, 127-144.
- Landenberger, N. A. y Lipsey, M. W. (2005). The positive effects of cognitive-behavioral programs for offenders: A meta-analysis of factors associated with effective treatment. *Journal of Experimental Criminology*, 1, 451-476.
- Lansford, J. E., Dodge, K. A., Fontaine, R. G., Bates, J. E. y Pettit, G. S. (2014). Peer rejection, affiliation with deviant peers, delinquency, and risky sexual behavior. *Journal of Youth and Adolescence*, 43, 1742-1751.
- Larsson, H., Viding, E., Rijdsdijk, F. V. y Plomin, R. (2008). Relationships between parental negativity and childhood antisocial behavior over time: A bidirectional effects model in a longitudinal genetically informative design. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 36, 633-645.
- Latvala, A., Rose, R. J., Pulkkinen, L., Dick, D. M., Korhonen, T. y Kaprio, J. (2014). Drinking, smoking, and educational achievement: Cross-lagged associations from adolescence to adulthood. *Drug and Alcohol Dependence*, 137, 106-113.
- Laursen, B., Hafen, C. A., Kerr, M. y Stattin, H. (2012). Friend influence over adolescent problem behaviors as a function of relative peer acceptance: To be liked is to be emulated. *Journal of Abnormal Psychology*, 121, 88-94.
- Lee, J. H., Nam, S. K., Kim, A., Kim, B., Lee, M. Y. y Lee, S. M. (2013). Resilience: A meta-analytic approach. *Journal of Counseling & Development*, 91, 269-279.
- Lee, S. S., Humphreys, K. L., Flory, K., Liu, R. y Glass, K. (2011). Prospective association of childhood attention-deficit/hyperactivity disorder (ADHD) and substance use and abuse/dependence: a meta-analytic review. *Clinical Psychology Review*, 31, 328-341.
- Lejuez, C. W., Magidson, J. F., Mitchell, S. H., Sinha, R., Stevens, M. C. y De Wit, H. (2010). Behavioral and biological indicators of impulsivity in the development of alcohol use, problems, and disorders. *Alcoholism: Clinical and Experimental Research*, 34, 1334-1345.
- Levy, K. S. C. (2001). The relationship between adolescent attitudes toward authority, self-concept, and delinquency. *Adolescence*, 36, 333-346.
- Levy, T. M. y Orlans, M. (2000). Attachment disorder as an antecedent to violence and antisocial patterns in children. En T. M. Levy (Ed.), *Handbook of attachment interventions* (pp. 1-26). San Diego, CA: Academic Press.
- Ley Orgánica 5/2000, de 12 de enero, reguladora de la responsabilidad penal de los menores. *Boletín Oficial del Estado*. Madrid, 13 de enero de 2000, núm. 11, 1422-1441.

- Lichtenberger, E. O. (2006). Computer utilization and clinical judgment in psychological assessment reports. *Journal of Clinical Psychology*, 62, 19-32.
- Light, J. M. y Dishion, T. J. (2007). Early adolescent antisocial behavior and peer rejection: A dynamic test of a developmental process. *New Directions for Child and Adolescent Development*, 118, 77-89.
- Lin, N. (1986). Conceptualizing social support. En N. Lin, A. Dean y W. Ensel (Eds.), *Social support, life events, and depression* (pp. 17-30). New York: Academic Press.
- Lipsey, M. W. (1995). What do we learn from 400 research studies on the effectiveness of treatment with juvenile delinquents? En J. McGuire (Ed.), *What works: Reducing reoffending: Guidelines from research and practice* (pp. 63-78). Oxford, England: John Wiley & Sons.
- Lipsey, M. W. (2009). The primary factors that characterize effective interventions with juvenile offenders: A meta-analytic overview. *Victims and Offenders*, 4, 124-147.
- Lipsey, M. W. y Derzon, J. H. (1998). Predictors of violent or serious delinquency in adolescence and early adulthood: A synthesis of longitudinal research. En R. Loeber y D. P. Farrington (Eds.), *Serious and violent juvenile offenders: Risks factors and successful interventions* (pp. 86-105). Thousand Oaks, CA: Sage Publications.
- Littlefield, A. K., Stevens, A. K. y Sher, K. J. (2014). Impulsivity and alcohol involvement: Multiple, distinct constructs and processes. *Current Addiction Reports*, 1, 33-40.
- Lobbestael, J., Baumeister, R. F., Fiebig, T. y Eckel, L. A. (2014). The role of grandiose and vulnerable narcissism in self-reported and laboratory aggression and testosterone reactivity. *Personality and Individual Differences*, 69, 22-27.
- Loeber, R., Burke, J. D. y Pardini, D. A. (2009). Development and etiology of disruptive and delinquent behavior. *Annual Review of Clinical Psychology*, 5, 291-310.
- Loeber, R., Hoeve, M., Farrington, D. P., Howell, J. C., Slot, N. W. y van der Laan, P. H. (2012). Overview, conclusions, and policy and research recommendations. En R. Loeber, M. Hoeve, N. W. Slot y P. H. van der Laan (Eds.), *Persisters and desisters in crime from adolescence into adulthood: Explanation, prevention and punishment* (pp. 335-413). Surrey, UK: Ashgate.
- Loeber, R. y Stouthamer-Loeber, M. (1986). Family factors as correlates and predictors of juvenile conduct problems and delinquency. *Crime & Justice*, 7, 29-149.
- Logan-Greene, P. y Jones, A. S. (2015). Chronic neglect and aggression/delinquency: A longitudinal examination. *Child Abuse & Neglect*, 45, 9-20.
- Logan-Greene, P., Nurius, P. S., Hooven, C. y Thompson, E. A. (2015). Life course associations between victimization and aggression: distinct and cumulative contributions. *Child and Adolescent Social Work Journal*, 32, 269-279.
- Loinaz, I. (2017). *Manual de evaluación del riesgo de violencia. Metodología y ámbitos de aplicación*. Madrid: Pirámide.
- López-Romero, L., Gómez-Fraguela, J. A. y Romero, E. (2015). Assessing callous unemotional traits in a Spanish sample of institutionalized youths: The Inventory of Callous-Unemotional traits. *Journal of Psychopathology & Behavioral Assessment*, 37, 392-406.
- López-Romero, L., Romero, E. y Andershed, H. (2015). Conduct problems in childhood and adolescence: Developmental trajectories, predictors and outcomes in a six-year follow up. *Child Psychiatry & Human Development*, 46, 762-773.
- Lösel, F. (1995). The efficacy of correctional treatment: A review and synthesis of meta-evaluations. En J. McGuire (Ed.), *What works: Reducing reoffending: Guidelines from research and practice* (pp. 79-111). Chichester, England: Wiley.

- Lösel, F. y Farrington, D. P. (2012). Direct protective and buffering protective factors in the development of youth violence. *American Journal of Preventive Medicine*, 43, 8-23.
- Luengo, M. A., Cutrín, O. y Maneiro, L. (2015). Protocolo de Valoración del Riesgo en Adolescentes Infractores: una herramienta informatizada para la gestión del riesgo. *Infancia, Juventud y Ley*, 6, 51-58.
- Luengo, M. A., Gómez-Fraguela, J. A., Sobral, J., Romero, E., Villar, P., López-Romero, L., . . . Maneiro, L. (2014). *Protocolo VRAI-Perú: Valoración del riesgo en adolescentes infractores*. Documento científico no publicado. Universidad de Santiago de Compostela.
- Luengo, M. A., Kulis, S., Marsiglia, F. F., Romero, E., Gómez-Fraguela, J. A., Villar Torres, P. y Nieri, T. (2008). A cross-national study of preadolescent substance use: Exploring differences between youth in Spain and Arizona. *Substance Use & Misuse*, 43, 1574-1596.
- Luengo, M. A., Otero, J. M., Romero, E., Gómez-Fraguela, J. A. y Tavares-Filho, E. T. (1999). Análisis de ítems para la evaluación de la conducta antisocial: un estudio transcultural. [Item analysis in the assessment of antisocial behavior: a cross-cultural study] *Revista Iberoamericana de Diagnóstico y Evaluación Psicológica*, 1, 21-36.
- Lynam, D. R. (2011). Impulsivity and deviance. En M. T. Bardo, R. Milch y D. H. Fishbein (Eds.), *Inhibitory control and drug abuse prevention: From research to translation* (pp. 145-160). New York, NY: Springer.
- Macdonald, S., Erickson, P., Wells, S., Hathaway, A. y Pakula, B. (2008). Predicting violence among cocaine, cannabis, and alcohol treatment clients. *Addictive Behaviors*, 33, 201-205.
- MacKenzie, D. L., Bierie, D. y Mitchell, O. (2007). An experimental study of a therapeutic boot camp: Impact on impulses, attitudes and recidivism. *Journal of Experimental Criminology*, 3, 221-246.
- Mahoney, J. L. (2000). School extracurricular activity participation as a moderator in the development of antisocial patterns. *Child Development*, 71, 502-516.
- Mahoney, J. L. y Stattin, H. (2000). Leisure activities and adolescent antisocial behavior: The role of structure and social context. *Journal of Adolescence*, 23, 113-127.
- Mahoney, J. L., Stattin, H. y Lord, H. (2004). Unstructured youth recreation centre participation and antisocial behaviour development: Selection influences and the moderating role of antisocial peers. *International Journal of Behavioral Development*, 28, 553-560.
- Makarios, M. D. y Sams, T. L. (2013). Social support and crime. En F. T. Cullen y P. Wilcox (Eds.), *The Oxford handbook of criminological theory* (pp. 160-188). Oxford University Press: New York
- Mallett, C., DeRigne, L. A., Quinn, L. y Stoddard-Dare, P. (2012). Discerning reported suicide attempts within a youthful offender population. *Suicide and Life-Threatening Behavior*, 42, 67-77.
- Malvaso, C. G., Delfabbro, P. y Day, A. (2015). The maltreatment-offending association: A systematic review of the methodological features of prospective and longitudinal studies. *Trauma, Violence, & Abuse*, 19, 20-34.
- Maneiro, L., Gómez-Fraguela, J. A., Cutrín, O. y Romero, E. (2017). Impulsivity traits as correlates of antisocial behaviour in adolescents. *Personality and Individual Differences*, 104, 417-422.
- Maneiro, L., Gómez-Fraguela, J. A. y Sobral, J. (2016). Maltrato infantil y violencia familiar: Exposición dual y efectos en la transgresión adolescente. *Revista mexicana de psicología*, 33, 111-120.

- Maneiro, L., López-Romero, L., Gómez-Fraguela, J. A., Cutrín, O. y Romero, E. (2019). Pursuing the Dark Triad: Psychometric properties of the Spanish version of the Dirty Dozen. *Journal of Individual Differences*, 40, 36-44.
- Manly, J. T., Cicchetti, D. y Barnett, D. (1994). The impact of subtype, frequency, chronicity, and severity of child maltreatment on social competence and behavior problems. *Development and Psychopathology*, 6, 121-143.
- Marshall, L. y Marshall, W. (2011). Empathy and antisocial behaviour. *Journal of Forensic Psychiatry & Psychology*, 22, 742-759.
- Martinson, R. (1974). What works?—Questions and answers about prison reform. *The Public Interest*, 35, 22-54.
- Mason, A. W., Hitch, J. E., Kosterman, R., McCarty, C. A., Herrenkohl, T. I. y Hawkins, D. J. (2010). Growth in adolescent delinquency and alcohol use in relation to young adult crime, alcohol use disorders, and risky sex: A comparison of youth from low versus middle income backgrounds. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 51, 1377-1385.
- McGinley, M. y Carlo, G. (2007). Two sides of the same coin? The relations between prosocial and physically aggressive behaviors. *Journal of Youth and Adolescence*, 36, 337-349.
- McGrath, S. A., Nilsen, A. A. y Kerley, K. R. (2011). Sexual victimization in childhood and the propensity for juvenile delinquency and adult criminal behavior: A systematic review. *Aggression and Violent Behavior*, 16, 485-492.
- McWhirter, E. H. y McWhirter, B. T. (2008). Adolescent future expectations of work, education, family, and community development of a new measure. *Youth & Society*, 40, 182-202.
- Meldrum, R. C. y Barnes, J. C. (2017). Unstructured socializing with peers and delinquent behavior: A genetically informed analysis. *Journal of Youth and Adolescence*, 46, 1968-1981.
- Menard, S., Bowman-Bowen, L. C. y Lu, Y. (2016). Self-reported crime and delinquency. En B. M. Huebner y T. S. Bynum (Eds.), *The handbook of measurement issues in criminology and criminal justice* (pp. 475-495). Chichester, UK: John Wiley & Sons.
- Méndez, P. y Barra, E. (2008). Apoyo social percibido en adolescentes infractores de ley y no infractores. *Psykhé*, 17, 59-64.
- Miller, J. D. y Lynam, D. (2001). Structural models of personality and their relation to antisocial behavior: a meta-analytic review. *Criminology*, 39, 765-798.
- Miller, J. D., Lynam, D. R., Hyatt, C. S. y Campbell, W. K. (2017). Controversies in narcissism. *Annual Review of Clinical Psychology*, 13, 291-315.
- Mills, J. F., Kroner, D. G. y Hemmati, T. (2004). The measures of criminal attitudes and associates (MCAA): The prediction of general and violent recidivism. *Criminal Justice and Behavior*, 31, 717-733.
- Mills, J. F., Loza, W. y Kroner, D. G. (2003). Predictive validity despite social desirability: Evidence for the robustness of self-report among offenders. *Criminal Behaviour and Mental Health*, 13, 140-150.
- Moffitt, T. E. (1993). Adolescence-limited and life-course-persistent antisocial behavior: A developmental taxonomy. *Psychological Review*, 100, 674-701.
- Moffitt, T. E. (2005). The new look of behavioral genetics in developmental psychopathology: Gene-environment interplay in antisocial behaviors. *Psychological Bulletin*, 131, 533-554.
- Moffitt, T. E. (2006). Life-course-persistent versus adolescence-limited antisocial behavior. En D. Cicchetti y D. J. Cohen (Eds.), *Handbook of developmental psychopathology: Vol.*

3. *Risk, disorder, and adaptation* (2a ed., pp. 570-598). Hoboken, NJ, US: John Wiley & Sons Inc.
- Moffitt, T. E. (2018). Male antisocial behavior in adolescence and beyond. *Nature Human Behavior*, 2, 177-186.
- Moffitt, T. E., Caspi, A., Harrington, H. y Milne, B. J. (2002). Males on the life-course-persistent and adolescence-limited antisocial pathways: Follow-up at age 26 years. *Development and Psychopathology*, 14, 179-207.
- Molnar, B. E., Cerda, M., Roberts, A. L. y Buka, S. L. (2008). Effects of neighborhood resources on aggressive and delinquent behaviors among urban youths. *American Journal of Public Health*, 98, 1086-1093.
- Monahan (1981). *Predicting violent behavior: An assessment of clinical techniques*. Beverly Hills, CA: Sage.
- Monahan, K. C., Rhew, I. C., Hawkins, J. D. y Brown, E. C. (2014). Adolescent pathways to co-occurring problem behavior: The effects of peer delinquency and peer substance use. *Journal of Research on Adolescence*, 24, 630-645.
- Monahan, K. C., Steinberg, L. y Cauffman, E. (2009). Affiliation with antisocial peers, susceptibility to peer influence, and antisocial behavior during the transition to adulthood. *Developmental Psychology*, 45, 1520-1530.
- Mordre, M., Groholt, B., Kjelsberg, E., Sandstad, B. y Myhre, A. M. (2011). The impact of ADHD and conduct disorder in childhood on adult delinquency: A 30 years follow-up study using official crime records. *BMC Psychiatry*, 11, 57-67.
- Morrison, G. M., Robertson, L., Laurie, B. y Kelly, J. (2002). Protective factors related to antisocial behavior trajectories. *Journal of Clinical Psychology*, 58, 277-290.
- Mulder, E., Brand, E., Bullens, R. y van Marle, H. (2010). A classification of risk factors in serious juvenile offenders and the relation between patterns of risk factors and recidivism. *Criminal Behaviour and Mental Health*, 20, 23-28.
- Muñoz, L. C. y Frick, P. J. (2012). Callous-unemotional traits and their implication for understanding and treating aggressive and violent youths. *Criminal Justice and Behavior*, 39, 794-813.
- Muñoz, L. C., Kimonis, E. R., Frick, P. J. y Aucoin, K. J. (2013). Emotional reactivity and the association between psychopathy-linked narcissism and aggression in detained adolescent boys. *Development and Psychopathology*, 25, 473-485.
- Muñoz-Rivas, M. y Graña, J. L. (2005). Influencia del grupo de iguales y satisfacción con la ocupación del tiempo libre. En L. Ezpeleta (Ed.), *Factores de riesgo en psicopatología del desarrollo* (pp. 389-409). Barcelona: Masson.
- Murray, J. y Farrington, D. P. (2005). Parental imprisonment: Effects on boys' antisocial behaviour and delinquency through the life-course. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 46, 1269-1278.
- Murray, J., Farrington, D. P. y Sekol, I. (2012). Children's antisocial behavior, mental health, drug use, and educational performance after parental incarceration: A systematic review and meta-analysis. *Psychological Bulletin*, 138, 175-210.
- Murray, J. y Murray, L. (2010). Parental incarceration, attachment and child psychopathology. *Attachment & Human Development*, 12, 289-309.
- Murry, V. M., Berkel, C., Gaylord-Harden, N. K., Copeland-Linder, N. y Nation, M. (2011). Neighborhood poverty and adolescent development. *Journal of Research on Adolescence*, 21, 114-128.
- Musitu, G. y Cava, M. J. (2003). El rol del apoyo social en el ajuste de los adolescentes. *Intervención Psicosocial*, 12, 179-192.

- Narayan, A. J., Englund, M. M. y Egeland, B. (2013). Developmental timing and continuity of exposure to interparental violence and externalizing behavior as prospective predictors of dating violence. *Development and Psychopathology*, 25, 973-990.
- Nelson, R. J. y Vincent, G. M. (2018). Matching services to criminogenic needs following comprehensive risk assessment implementation in juvenile probation. *Criminal Justice and Behavior*, 45, 1136-1153.
- Norman, R. E., Byambaa, M., De, R., Butchart, A., Scott, J. y Vos, T. (2012). The long-term health consequences of child physical abuse, emotional abuse, and neglect: a systematic review and meta-analysis. *PLoS Medicine*, 9, e1001349.
- Oliva, A. (2006). Relaciones familiares y desarrollo adolescente. *Anuario de Psicología*, 37, 209-223.
- Oliva, A., Antolín, L., Pertegal, M. Á, Ríos, M., Parra, Á, Hernando, Á. y Reina, M. (2011). *Instrumentos para la evaluación de la salud mental y el desarrollo positivo adolescente y los activos que lo promueven*. Consejería de Salud. Junta de Andalucía.
- Oliva, A., Parra, Á., Sánchez-Queija, I. y López, F. (2007). Estilos educativos materno y paterno: evaluación y relación con el ajuste adolescente. *Anales de Psicología*, 23, 49-56.
- Olsson, C. A., Bond, L., Burns, J. M., Vella-Brodrick, D. A. y Sawyer, S. M. (2003). Adolescent resilience: A concept analysis. *Journal of Adolescence*, 26, 1-11.
- Olver, M. E., Stockdale, K. C. y Wormith, J. S. (2009). Risk assessment with young offenders: A meta-analysis of three assessment measures. *Criminal Justice and Behavior*, 36, 329-353.
- Organización Mundial de la Salud (2012). Adverse Childhood Experiences International Questionnaire (ACE-IQ). *Violence and Injury Prevention*. Recuperado de [https://www.who.int/violence\\_injury\\_prevention/violence/activities/adverse\\_childhood\\_experiences/en/](https://www.who.int/violence_injury_prevention/violence/activities/adverse_childhood_experiences/en/)
- Ortuño-Sierra, J., Chocarro, E., Fonseca-Pedrero, E., Riba, S. y Muñoz, J. (2015). The assessment of emotional and behavioural problems: Internal structure of the strengths and difficulties questionnaire. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 15, 265-273.
- Orue, I. y Andershed, H. (2015). The youth psychopathic traits inventory-short version in spanish adolescents—Factor structure, reliability, and relation with aggression, bullying, and cyber bullying. *Journal of Psychopathology and Behavioral Assessment*, 37, 563-575.
- Orue, I. y Calvete, E. (2012). La justificación de la violencia como mediador de la relación entre la exposición a la violencia y la conducta agresiva en infancia. *Psicothema*, 24, 42-47.
- Osgood, D. W. y Anderson, A. L. (2004). Unstructured socializing and rates of delinquency. *Criminology*, 42, 519-550.
- Pardini, D. A., Loeber, R., Farrington, D. P. y Stouthamer-Loeber, M. (2012). Identifying direct protective factors for nonviolence. *American Journal of Preventive Medicine*, 43, S28-S40.
- Pardini, D. A., Waller, R. y Hawes, S. W. (2015). Familial influences on the development of serious conduct problems and delinquency. En J. Morizot y L. Kazemian (Eds.), *The development of criminal and antisocial behavior: Theory, research and practical applications* (pp. 201-220). Cham, Switzerland: Springer International Publishing.
- Payne, A. A. y Welch, K. (2015). How school and education impact the development of criminal and antisocial behavior. En J. Morizot y L. Kazemian (Eds.), *The development*

- of criminal and antisocial behavior: Theory, research and practical applications (pp. 237-251). Cham, Switzerland: Springer International Publishing.
- Pedersen, S., Vitaro, F., Barker, E. D. y Borge, A. I. (2007). The timing of Middle-Childhood peer rejection and friendship: Linking early behavior to Early-Adolescent adjustment. *Child Development*, 78, 1037-1051.
- Philipp-Wiegmann, F., Rösler, M., Clasen, O., Zinnow, T., Retz-Junginger, P. y Retz, W. (2018). ADHD modulates the course of delinquency: a 15-year follow-up study of young incarcerated man. *European Archives of Psychiatry and Clinical Neuroscience*, 268, 391-399.
- Pihet, S., Combremont, M., Suter, M. y Stephan, P. (2012). Cognitive and emotional deficits associated with minor and serious delinquency in high-risk adolescents. *Psychiatry, Psychology and Law*, 19, 427-438.
- Podsakoff, P. M., MacKenzie, S. B., Lee, J. Y. y Podsakoff, N. P. (2003). Common method biases in behavioral research: A critical review of the literature and recommended remedies. *Journal of Applied Psychology*, 88, 879-903.
- Pratt, T. C. y Cullen, F. T. (2000). The empirical status of Gottfredson and Hirschi's general theory of crime: A meta-analysis. *Criminology*, 38, 931-964.
- Racz, S. J. y McMahon, R. J. (2011). The relationship between parental knowledge and monitoring and child and adolescent conduct problems: A 10-year update. *Clinical Child and Family Psychology Review*, 14, 377-398.
- Raine, A., Dodge, K., Loeber, R., Gatzke-Kopp, L., Lynam, D., Reynolds, C., ... Liu, J. (2006). The reactive-proactive aggression questionnaire: Differential correlates of reactive and proactive aggression in adolescent boys. *Aggressive Behavior*, 32, 159-171.
- Reid, R., González, J. E., Nordness, P. D., Trout, A. y Epstein, M. H. (2004). A meta-analysis of the academic status of students with emotional/behavioral disturbance. *The Journal of Special Education*, 38, 130-143.
- Reijntjes, A., Kamphuis, J. H., Prinzie, P., Boelen, P. A., van der Schoot, M. y Telch, M. J. (2011). Prospective linkages between peer victimization and externalizing problems in children: A meta-analysis. *Aggressive Behavior*, 37, 215-222.
- Reitz, E., Deković, M. y Meijer, A. (2006). Relations between parenting and externalizing and internalizing problem behaviour in early adolescence: Child behaviour as moderator and predictor. *Journal of Adolescence*, 29, 419-436.
- Rieffe, C., Broekhof, E., Kouwenberg, M., Faber, J., Tsutsui, M. M. y Güroğlu, B. (2016). Disentangling proactive and reactive aggression in children using self-report. *European Journal of Developmental Psychology*, 13, 439-451.
- Robin A. L. y Foster, S. L. (1989). *Negotiating parent-adolescent conflict: A behavioral-family systems approach*. New York, NY: Guilford Press.
- Robinson, J. M., Ladd, B. O. y Anderson, K. G. (2014). When you see it, let it be: Urgency, mindfulness and adolescent substance use. *Addictive Behaviors*, 39, 1038-1041.
- Romero, E., Luengo, M. A. y Sobral, J. (2001). Personality and antisocial behaviour: Study of temperamental dimensions. *Personality and Individual Differences*, 31, 329-348.
- Rowe, D. C. y Farrington, D. P. (1997). The familial transmission of criminal convictions. *Criminology*, 35, 177-202.
- Ryan, J. P., Williams, A. B. y Courtney, M. E. (2013). Adolescent neglect, juvenile delinquency and the risk of recidivism. *Journal of Youth and Adolescence*, 42, 454-465.
- Salekin, R. T. (2015). Psychopathy in childhood: Toward better informing the DSM-5 and ICD-11 conduct disorder specifiers. *Personality Disorders: Theory, Research, and Treatment*, 7, 180-191.

- Savage, J., Ferguson, C. J. y Flores, L. (2017). The effect of academic achievement on aggression and violent behavior: A meta-analysis. *Aggression and Violent Behavior, 37*, 91-101.
- Savolainen, J., Hughes, L. A., Mason, W. A., Hurtig, T. M., Taanila, A. M., Ebeling, H., ... Kivivuori, J. (2012). Antisocial propensity, adolescent school outcomes, and the risk of criminal conviction. *Journal of Research on Adolescence, 22*, 54-64.
- Schubert, C. A., Mulvey, E. P. y Pitzer, L. (2016). Differentiating serious adolescent offenders who exit the justice system from those who do not. *Criminology, 54*, 56-85.
- Schwalbe, C. S. (2007). Risk assessment for juvenile justice: A meta-analysis. *Law and Human Behavior, 31*, 449-462.
- Scurich, N. (2016). An introduction to the assessment of violence risk. En J.P. Singh, S. Bjorkly y S. Fazel (Eds.), *International perspectives on violence risk assessment* (3-15). Oxford University Press.
- Seginer, R. (2008). Future orientation in times of threat and challenge: How resilient adolescents construct their future. *International Journal of Behavioral Development, 32*, 272-282.
- Seiffge-Krenke, I. (2000). Causal links between stressful events, coping style, and adolescent symptomatology. *Journal of Adolescence, 23*, 675-691.
- Seiffge-Krenke, I. (2013). *Stress, coping, and relationships in adolescence*. New York, NY: Psychology Press.
- Sentse, M., Kretschmer, T., Haan, A. y Prinzie, P. (2017). Conduct problem trajectories between age 4 and 17 and their association with behavioral adjustment in emerging adulthood. *Journal of Youth and Adolescence, 46*, 1633-1642.
- Settles, R. E., Fischer, S., Cyders, M. A., Combs, J. L., Gunn, R. L. y Smith, G. T. (2012). Negative urgency: A personality predictor of externalizing behavior characterized by neuroticism, low conscientiousness, and disagreeableness. *Journal of Abnormal Psychology, 121*, 160-172.
- Shantz, A., Alfes, K., Truss, C. y Soane, E. (2013). The role of employee engagement in the relationship between job design and task performance, citizenship and deviant behaviours. *The International Journal of Human Resource Management, 24*, 2608-2627.
- Shek, D. T. L. y Tang, V. (2003). Violent behavior in chinese adolescents with an economic disadvantage. Psychological, family and interpersonal correlates. *International Journal of Adolescent Medicine and Health, 15*, 219-233.
- Sibley, M. H., Pelham, W. E., Molina, B. S., Gnagy, E. M., Waschbusch, D. A., Biswas, A., ... Karch, K. M. (2011). The delinquency outcomes of boys with ADHD with and without comorbidity. *Journal of Abnormal Child Psychology, 39*, 21-32.
- Silva, T. C., Graña, J. L. y González-Cieza, L. (2014). Self-reported physical and emotional abuse among youth offenders and their association with internalizing and externalizing psychopathology: A preliminary study. *International Journal of Offender Therapy and Comparative Criminology, 58*, 590-606.
- Simons-Morton, B., Chen, R., Hand, L. S. y Haynie, D. L. (2008). Parenting behavior and adolescent conduct problems: Reciprocal and mediational effects. *Journal of School Violence, 7*, 3-25.
- Singh, J. P. y Fazel, S. (2010). Forensic risk assessment: A metareview. *Criminal Justice and Behavior, 37*, 965-988.
- Singh, J. P., Grann, M. y Fazel, S. (2011). A comparative study of violence risk assessment tools: A systematic review and meta-regression analysis of 68 studies involving 25,980 participants. *Clinical Psychology Review, 31*, 499-513.

- Snyder, J. J., Schrepferman, L. P., Bullard, L., McEachern, A. D. y Patterson, G. R. (2012). Covert antisocial behavior, peer deviancy training, parenting processes, and sex-differences in the development of antisocial behavior during childhood. *Development and Psychopathology*, 24, 1117-1138.
- Sobral, J., Romero, E. y Marzoa, J. (2000). Personalidad y conducta antisocial: Amplificadores individuales de los efectos contextuales. *Psicothema*, 12, 661-670.
- Spanjaard, H. J. M., van der Knaap, L. M., van der Put, C. E. y Stams, G. J. J. M. (2016). Risk assessment and the impact of risk and protective factors. En R. Loeber, M. Hoeve, N. W. Slot y P. H. van der Laan (Eds.), *Persists and desisters in crime from adolescence into adulthood. Explanation, prevention and punishment* (pp. 127-158). Routledge.
- Spielberger, C. D. (1988). Manual for the state-trait anger expression scale (STAXI). *Odessa, FL: Psychological Assessment Resources*.
- Spielberger, C. D., Jacobs, G., Russell, S. y Crane, R. S. (1983). Assessment of anger: The state-trait anger scale. *Advances in Personality Assessment*, 2, 159-187.
- Stattin, H. y Kerr, M. (2000). Parental monitoring: A reinterpretation. *Child Development*, 71, 1072-1085.
- Steinberg, L. (2008). A social neuroscience perspective on adolescent risk-taking. *Developmental Review*, 28, 78-106.
- Stoddard, S. A., Zimmerman, M. A. y Bauermeister, J. A. (2011). Thinking about the future as a way to succeed in the present: A longitudinal study of future orientation and violent behaviors among African American youth. *American Journal of Community Psychology*, 48, 238-246.
- Stoolmiller, M. y Blechman, E. A. (2005). Substance use is a robust predictor of adolescent recidivism. *Criminal Justice and Behavior*, 32, 302-328.
- Stouthamer-Loeber, M., Loeber, R., Wei, E., Farrington, D. P. y Wikström, P. H. (2002). Risk and promotive effects in the explanation of persistent serious delinquency in boys. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 70, 111-123.
- Swogger, M. T., Walsh, Z., Maisto, S. A. y Conner, K. R. (2014). Reactive and proactive aggression and suicide attempts among criminal offenders. *Criminal Justice and Behavior*, 41, 337-344.
- Tam, L., Adinoff, B., Nakonezny, P. A., Winhusen, T. y Riggs, P. (2012). Attention-Deficit/Hyperactivity Disorder Subtypes in Adolescents with Comorbid Substance-Use Disorder. *The American Journal of Drug and Alcohol Abuse*, 38, 93-100.
- Tarry, H. y Emler, N. (2007). Attitude, values and moral reasoning as predictors of delinquency. *British Journal of Developmental Psychology*, 25, 169-183.
- Taylor, J., Kemper, T. S., Loney, B. R. y Kistner, J. A. (2006). Classification of Severe Male Juvenile Offenders Using the MACI Clinical and Personality Scales. *Journal of Clinical Child and Adolescent Psychology*, 35, 90-102.
- Thomaes, S., Bushman, B. J., Stegge, H. y Olthof, T. (2008). Trumping shame by blasts of noise: narcissism, self-esteem, shame, and aggression in young adolescents. *Child Development*, 79, 1792-1801.
- Thomas, K. J. (2018). Revisiting delinquent attitudes: Measurement, dimensionality and behavioral effects. *Journal of Quantitative Criminology*, 34, 313-341.
- Tibbetts, S. G. (2009). Perinatal and developmental determinants of early onset of offending: A biosocial approach for explaining the two peaks of early antisocial behavior. En J. Savage (Ed.), *The development of persistent criminality* (pp. 179-201). New York, NY, US: Oxford University Press.

- Tompsett, C. J., Domoff, S. E. y Toro, P. A. (2013). Peer substance use and homelessness predicting substance abuse from adolescence through early adulthood. *American Journal of Community Psychology*, 51, 520-529.
- Torok, M., Darke, S., Shand, F. y Kaye, S. (2014). Violent offending severity among injecting drug users: Examining risk factors and issues around classification. *Addictive Behaviors*, 39, 1773-1778.
- Trentacosta, C. J. y Shaw, D. S. (2009). Emotional self-regulation, peer rejection, and antisocial behavior: Developmental associations from early childhood to early adolescence. *Journal of Applied Developmental Psychology*, 30, 356-365.
- Trout, A. L., Nordness, P. D., Pierce, C. D. y Epstein, M. H. (2003). Research on the academic status of children with emotional and behavioral disorders: A review of the literature from 1961 to 2000. *Journal of Emotional and Behavioral Disorders*, 11, 198-210.
- Urban, S., Suter, M., Pihet, S., Straccia, C. y Stéphan, P. (2015). Constructive Thinking Skills and Impulsivity Dimensions in Conduct and Substance Use Disorders: Differences and Relationships in an Adolescents' Sample. *Psychiatric Quarterly*, 86, 207-218.
- Van de Rakt, M., Murray, J. y Nieuwebeerta, P. (2012). The long-term effects of paternal imprisonment on criminal trajectories of children. *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 49, 81-108.
- Van de Rakt, M., Nieuwebeerta, P. y Apel, R. (2009). Association of criminal convictions between family members: Effects of siblings, fathers and mothers. *Criminal Behaviour and Mental Health*, 19, 94-108.
- Van der Put, C. E., Creemers, H. E. y Hoeve, M. (2014). Differences between juvenile offenders with and without substance use problems in the prevalence and impact of risk and protective factors for criminal recidivism. *Drug and Alcohol Dependence*, 134, 267-274.
- Van Langen, M. A. M., Wissink, I. B., van Vugt, E. S., van der Stouwe, T. y Stams, G. J. J. M. (2014). The relation between empathy and offending: A meta-analysis. *Aggression and Violent Behavior*, 19, 179-189.
- Van Ryzin, M. J. y Dishion, T. J. (2013). From antisocial behavior to violence: A model for the amplifying role of coercive joining in adolescent friendships. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 54, 661-669.
- Vangelisti, A. L. (2009). Challenges in conceptualizing social support. *Journal of Social and Personal Relationships*, 26, 39-51.
- Vazsonyi, A. T., Cleveland, H. H. y Wiebe, R. P. (2006). Does the effect of impulsivity on delinquency vary by level of neighborhood disadvantage? *Criminal Justice and Behavior*, 33, 511-541.
- Veenstra, L., Schneider, I. K. y Koole, S. L. (2017). The effects of motivational training on state anger and aggressive impulses among people varying in trait anger. *Motivation Science*, 3, 354-368.
- Vidal, S., Prince, D., Connell, C. M., Caron, C. M., Kaufman, J. S. y Tebes, J. K. (2017). Maltreatment, family environment, and social risk factors: Determinants of the child welfare to juvenile justice transition among maltreated children and adolescents. *Child Abuse & Neglect*, 63, 7-18.
- Villar, P., Luengo, M. A., Gómez-Fraguela, J. A., Sobral, J. y Romero, E. (2010). *El protocolo VRAIG: un instrumento prometedor para la valoración del riesgo en menores infractores*. Comunicación presentada en el VII Congreso Español de Criminología, Elche.

- Vitaro, F., Brendgen, M. y Tremblay, R. E. (2000). Influence of deviant friends on delinquency: Searching for moderator variables. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 28, 313-325.
- Vitaro, F., Pedersen, S. y Brendgen, M. (2007). Children's disruptiveness, peer rejection, friends' deviance, and delinquent behaviors: A process-oriented approach. *Development and Psychopathology*, 19, 433-453.
- Vize, C. E., Lynam, D. R., Collison, K. L. y Miller, J. D. (2018). Differences among dark triad components: A meta-analytic investigation. *Personality Disorders: Theory, Research, and Treatment*, 9, 101-111.
- Wallace, P. H. y Roberson, C. (2015). *Family violence: Legal, medical, and social perspectives*. London, New York: Routledge
- Watts, S. J. y McNulty, T. L. (2013). Childhood abuse and criminal behavior: Testing a general strain theory model. *Journal of Interpersonal Violence*, 28, 3023-3040.
- Welsh, W. N. y Harding, C. (2015). School Effects on Delinquency and School-Based Prevention. En M. D. Krohn y J. Lane (Eds.), *The Handbook of Juvenile Delinquency and Juvenile Justice* (pp. 181-198). West Sussex, UK: John Wiley & Sons Inc.
- Welte, J. W., Barnes, G. M., Hoffman, J. H., Wieczorek, W. F. y Zhang, L. (2005). Substance involvement and the trajectory of criminal offending in young males. *The American Journal of Drug and Alcohol Abuse*, 31, 267-284.
- Wensveen, M., Palmén, H., Blokland, A. y Meeus, W. (2017). Examining the work-crime association in emerging adulthood: A longitudinal analysis based on a Dutch population sample. *European Journal of Criminology*, 14, 467-484.
- White, H. R. (2015). A developmental approach to understanding the substance use-crime connection. En J. Morizot y L. Kazemian (Eds.), *The development of criminal and anti-social behavior: Theory, research and practical applications* (pp. 379-397). Cham, Switzerland: Springer International Publishing.
- White, H. R., Jackson, K. M. y Loeber, R. (2009). Developmental sequences and comorbidity of substance use and violence. En M. Krohn, A. Lizotte y G. P. Hall (Eds.), *Handbook on crime and deviance* (pp. 433-468). New York, NY, US: Springer.
- Whiteside, S. P. y Lynam, D. R. (2001). The five factor model and impulsivity: Using a structural model of personality to understand impulsivity. *Personality and Individual Differences*, 30, 669-689.
- Widom, C. S. (2014). Varieties of violent behavior. *Criminology*, 52, 313-344.
- Widom, C. S. y Wilson, H. W. (2015). Intergenerational transmission of violence. En J. Lindert e I. Levav (Eds.), *Violence and Mental Health* (pp. 27-45). New York, London: Springer.
- Wikström, P. O. H. y Butterworth, D. A. (2006). *Adolescent Crime: Individual differences and lifestyles*. Devon, UK: Willan Publishing.
- Wolfe, D. A., Crooks, C. V., Lee, V., McIntyre-Smith, A. y Jaffe, P. G. (2003). The effects of children's exposure to domestic violence: A meta-analysis and critique. *Clinical Child and Family Psychology Review*, 6, 171-187.
- Wooditch, A., Tang, L. L. y Taxman, F. S. (2014). Which Criminogenic Need Changes Are Most Important in Promoting Desistance From Crime and Substance Use? *Criminal Justice and Behavior*, 41, 276-299.
- Yang, M., Wong, S. C. y Coid, J. (2010). The efficacy of violence prediction: a meta-analytic comparison of nine risk assessment tools. *Psychological Bulletin*, 136, 740-767.

- Yeager, D. S., Miu, A. S., Powers, J. y Dweck, C. S. (2013). Implicit theories of personality and attributions of hostile intent: A meta-analysis, an experiment, and a longitudinal intervention. *Child Development, 84*, 1651-1667.
- Zheng, Y. y Cleveland, H. H. (2013). Identifying gender-specific developmental trajectories of nonviolent and violent delinquency from adolescence to young adulthood. *Journal of Adolescence, 36*, 371-381.
- Zimmerman, M. A., Bingenheimer, J. B. y Notaro, P. C. (2002). Natural mentors and adolescent resiliency: A study with urban youth. *American Journal of Community Psychology, 30*, 221-243.
- Zych, I., Ttofi, M. M. y Farrington, D. P. (2016). Empathy and callous-unemotional traits in different bullying roles: A systematic review and meta-analysis. *Trauma, Violence, & Abuse, 20*, 3-21.



## APÉNDICE

Informe tipo resumen de los niveles de riesgo.

	<b>Técnicos</b>	<b>Jóvenes</b>
<i>FACTORES HISTÓRICOS</i>		
Historia previa de actos antisociales violentos	Riesgo moderado	Alto riesgo
Historia previa de actos antisociales no violentos	Alto riesgo	Alto riesgo
Inicio precoz de violencia	Bajo riesgo	
Fracaso en intervenciones previas	Riesgo moderado	
Historia de violencia en el hogar	Bajo riesgo	Bajo riesgo
Maltrato infantil	Bajo riesgo	Riesgo moderado
Historia delictiva de padres o cuidadores	Bajo riesgo	
Separación temprana de los padres o cuidadores	Riesgo moderado	
Bajo rendimiento escolar	Alto riesgo	Alto riesgo
Rechazo del grupo de iguales normativo	Bajo riesgo	Bajo riesgo
<i>FACTORES PSICOSOCIALES</i>		
Delincuencia en el grupo de iguales	Alto riesgo	Alto riesgo
Escasas habilidades parentales	Bajo riesgo	Riesgo moderado
Falta de apoyo social	Bajo riesgo	Factor protector
Entorno marginal	Alto riesgo	

	<b>Técnicos</b>	<b>Jóvenes</b>
<i>FACTORES INDIVIDUALES</i>		
Actitudes antisociales		Alto riesgo
Consumo de sustancias	Bajo riesgo	Bajo riesgo
Ira / Hostilidad		Bajo riesgo
Asunción de riesgos / impulsividad	Alto riesgo	Bajo riesgo
Falta de empatía	Riesgo moderado	Bajo riesgo
Narcisismo		Bajo riesgo
Problemas de concentración / hiperactividad	Bajo riesgo	Riesgo moderado
Baja colaboración con la intervención	Factor protector	
Bajo interés o compromiso escolar / laboral	Bajo riesgo	Bajo riesgo
Intereses de ocio no estructurado	Bajo riesgo	
<i>FACTORES DE PROTECCIÓN</i>		
Comportamiento prosocial		Presente
Amistades prosociales	Ausente	Presente
Habilidades de afrontamiento	Ausente	Ausente
<i>OTROS FACTORES RELEVANTES</i>		
Ideación suicida / intentos de suicidio	Bajo riesgo	Bajo riesgo
Falta de expectativas de futuro	Riesgo moderado	Alto riesgo
Deseabilidad social		Bajo riesgo

